

elipsis

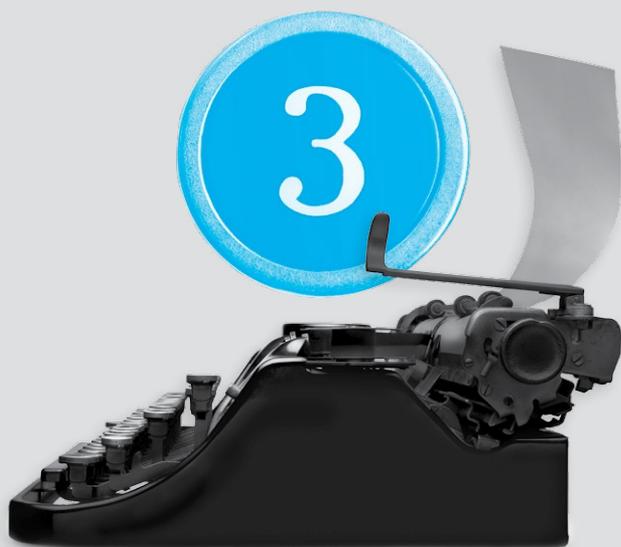
2018

Autores

Sebastián Castro
Laura Vargas
Ricardo Tello
Marlly Ocampo
Solange Rodríguez

Editores

Kimberly Díaz
Paola Moreno
Andrés Felipe Pérez
Andrea Sánchez
Camila Palacios



elipsis

2018

Autores

Sebastián Castro
Laura Vargas
Ricardo Tello
Marlly Ocampo
Solange Rodríguez

Editores

Kimberly Díaz
Paola Moreno
Andrés Felipe Pérez
Andrea Sánchez
Camila Palacios



elipsis

2018

BRITISH COUNCIL COLOMBIA
www.britishcouncil.co

DIRECTOR BRITISH COUNCIL COLOMBIA
Tom Miscioscia

DIRECTORA DE ARTES
Sylvia Ospina

GERENTE DE ARTES E INDUSTRIAS CREATIVAS
Paula Silva

GERENTE DE ARTES
María Juliana Tamayo

AUTORES – CONVOCATORIA 2018
Sebastián Castro
Laura Vargas
Ricardo Tello
Marlly Ocampo
Solange Rodríguez

EDITORES – CONVOCATORIA 2018
Kimberly Díaz
Paola Moreno
Andrés Felipe Pérez
Andrea Sánchez
Camila Palacios

COORDINADORES ACADÉMICOS
Marta Orrantía – Edición
Roberto Rubiano – Escritura

FOTOGRAFÍAS
Portada: Shutterstock.com
Cuentos: Ricardo Tello, Solange Rodríguez, Laura Vargas, Marlly Ocampo, Sebastián Castro, Kimberly Díaz, Paola Moreno, Andrés Felipe Pérez, Andrea Sánchez, Camila Palacios



Puntoaparte
bookvertising

www.puntoaparte.com.co

DIRECTOR DE ARTE
Mateo L. Zúñiga

DISEÑADOR DE MARCA
Andrés Álvarez

COORDINACIÓN EDITORIAL
Andrés Barragán
Juan Mikán
Juan Carlos Rueda

DIAGRAMACIÓN
Sara Vergara
Daniela Mesa Barco
Cristine Villamil

TRADUCCIÓN
Katharine H. West

PUNTOAPARTE BOOKVERTISING
www.puntoaparte.com.co

IMPRESIÓN
Zetta Comunicadores S.A.

TABLA DE CONTENIDO

Prefacio	Sylvia Ospina	4
Aguacata Bey	Sebastián Castro	6
El hombre más ridículo del mundo	Laura Vargas	44
Metástasis	Ricardo Tello	68
Un hombre de afirmaciones	Marlly Ocampo	100
Vuelta a la página	Solange Rodríguez	134

PREFACIO

Por Sylvia Ospina

Directora de Artes, British Council

Es un motivo de orgullo para nosotros presentar esta tercera antología de Elipsis, resultado del trabajo de un fenomenal grupo de diez estudiantes de literatura durante todo el 2018.

Su travesía inició en Enero de 2018, cuando cinco jóvenes aspirantes a convertirse en escritores se encontraron en el Hay Festival en Cartagena con cinco jóvenes que desean convertirse en editores literarios. En Cartagena tuvieron la oportunidad de hablar personalmente con Geoff Dyer, Gabrielle Walker, Fiona Mozley, Jenny Valentine y Michael Bhaskar; pero más allá de esas conversaciones sobre el oficio de escribir y el proceso de editar, en ese momento inició para ellos el acompañamiento que durante un año tendrían de las manos de Marta Orrantia y Roberto Rubiano. En Cartagena también inició el proceso de escritura de esas cinco promesas; un proceso que los obligaría a volver a la página una y otra vez en un diálogo constante no solamente con sus tutores sino además con sus compañeros de Elipsis.

Se volvieron a encontrar en Abril en el marco de FILBO, donde tuvieron la oportunidad de hablar sobre las intersecciones entre escritura e ilustración con William Grill y David Lloyd, y sobre la intersección entre escritura, cine y música con Irvine Welsh. Fue en este momento cuando el trabajo de los escritores empezó a hacerse más ligero, pues le entregaron el resultado de su escritura

a los jóvenes editores que se encargaron, a partir de ese momento, de retarlos y estudiarlos y escucharlos con el fin de ayudarles a los textos a crecer y florecer, preparándolos para que llegaran a ser incluidos en este volumen.

No hay en Colombia otro programa como Elipsis. No existe otra iniciativa que no solamente acompañe de manera detallada a un grupo de estudiantes de literatura en un proceso de escritura y edición colectiva durante todo un año. Tampoco existe otro programa que les ofrezca el acceso exclusivo a algunos de los escritores más sobresalientes de las letras británicas. Nuestro esfuerzo se enfoca en crear una experiencia literaria que tenga un impacto muy profundo en la vida de los participantes, además de fomentar en ellos un proceso de experimentación creativa de largo aliento.

Es por eso que Elipsis no solamente se convirtió en la columna vertebral de nuestro trabajo en literatura en Colombia sino que desde 2018 se mudó también a México donde inició su primera edición en el Hay Festival de Querétaro. De hecho, Elipsis es una de las iniciativas más relevantes en nuestro trabajo en literatura a nivel global, y se desarrolla sobre los cimientos de nuestra misión en artes: la de fomentar un entendimiento profundo entre personas y empoderar a jóvenes talentos a través de experiencias y oportunidades únicas.

“AGUACATA BEY”



Autor
Sebastián Castro



Editor
Kimberly Díaz

Hace años no veía nubes así de negras. Parece que van a caer maridos con plata. Apurale con ese hueco, antes de que nos coja el agua. Rápido, mijo, que oiga esos truenos y el mar bramando. Más te vale que haya quedado bien fino ese techo; si no, me toca cambiar de marido. Bueno, ¿listo?, nada de rezos. ¿Cómo iba a saber mi mamá que iba a volver a su terruño como abono para un palo? Poné el retoño sobre las cenizas y pisá bien esa tierra para que no lo tumbe el viento, porque con esta lluvia que va a caer o se pega o se muere. Movete pues. Y no me mirés con pesar que estas lágrimas son de alegría... Ya está mi mamá en su tierra, en el primer aguacate de la Bahía, y cuando suba la marea la va a abrazar su negro. Vea, ya tengo toda mojada la cara, vamos pa' dentro, más bien.

¿Que qué paso con mi papá? Abrí esa botella y serví. ¿No te había contado? Todo se lo llevó el verraco en un aguacero de estos. No seás amarrado que hay una garrafa, servilo doble. El mar, un aguacero y un vivo, vas a ver, nos echaron al destierro... ¡Salud, pues!

Todos se habían enterado primero que nosotras. Esa mañana nos despertó el grito de un niño al otro lado de la puerta: “¡Oiga, seño, que se ahogó su marido!”. Cuando saltamos de la cama y mi mamá se asomó, el niño ya había salido corriendo del hotel, sin decir nada más. A los quince minutos estábamos en la calle preguntando por mi papá.

Al cruzar la puerta del hotel y desfilas por las calles buscando la estación de policía, los murmullos empezaron a escucharse cada vez más fuertes. Entre el ruido se iban distinguiendo las palabras.

¡Hasta los zancudos tenían su propia versión de lo que había pasado! Susurraban cuando estábamos cerca y gritaban cuando nos alejábamos. La gente quiere que la escuchen, pero no que le vean la cara. Escupían su verdad sin vergüenza, como si fuera el mismísimo Evangelio. Todas las voces concordaban en que alguien había encontrado la caña de pescar del negro Juan en una playa entre Acaandí y Capurganá. Y la caña del negro Juan era la caña del negro Juan, no había otra igual. Mi mamá se la había mandado a traer de Estados Unidos y todos los pescadores la envidiaban, aunque todos prefirieran pescar con atarraya. De ahí para allá, los chismosos se dividían entre los que apostaban a que estaba durmiendo con los peces y los que decían que seguro había aprovechado el aguacero para perderse, que debía tener cuentas pendientes, que esas cabañas que mis papás estaban haciendo debían tener su guardado, etcétera. La gente es miserable, goza la pena ajena y aprovecha la desgracia para dejar salir los rencores. Como dice el dicho: “al caído, caerle”. Y lo que nos decían de mi papá teníamos que filtrarlo entre el veneno. ¡Pura envidia!, porque mi papá había salido de pobre y ellos no... decían que era un pobre negro hijueputa que se había enriquecido de la noche a la mañana no se sabía cómo. Que mi mamá era una puta y los gringos no hacían sino comprar y comprar tierra para venirse a pasear y fumar marihuana, que por culpa de ellos la tierra se ponía cara. Algo de verdad cogíamos entre tanta paja.

Imaginate yo bien niña entre esa confusión, desfilando por el pueblo. Miraba angustiada a mi mamá que me halaba del brazo sin hacerle caso a nadie, aguantándose los rumores y las miradas. Yo iba tratando de esquivar los charcos para no ensuciarme el vestido, y mi mamá levantaba el barro con sus botas sin importarle nada. A veces los miraba, a los ganosos, como si quisiera aplastarlos, como si fueran cucarachas. A las chismosas que escupían su veneno, como si fuera a arrancarles la cabeza con los dientes. Los policías nos dijeron que no estaban informados de ningún otro naufragio aparte del de la tarde en que llegamos, dos días atrás, donde se habían ahogado como veinte, sin contar gallinas y marranos. Llamaron a la Armada y allá desestimaban completamente los chismes de otro

naufragio. No iban a salir a buscar a nadie. ¡Por Dios, era domingo y seguía lunes festivo! Entonces nos dijeron que volviéramos el martes, que hasta ese día estaban impedidos, que nada que hacer. Vos sabés cómo son las cosas por aquí.

Esa fue una temporada de tormentas terribles. Peores que estas. Los ventarrones destechaban las casas y fue la época de la lluvia de bananos, porque las plataneras volaban por los aires. Y era posible que mi papá hubiera naufragado. Lo único de lo que estábamos seguras era de que mi papá tuvo que haber estado en la terminal de buses el viernes que llegamos, pero no, no estuvo, y cuando preguntamos por él nos dijeron que en medio de una falsa calma de la tormenta se había venido para acá, sin nosotras. Al rato fue que se reportó ese naufragio bravo de una panga grande, cuando el cielo se volvió a caer. Y así estuvimos dos días encerradas en un hotel esperando a que volviera y comiéndonos las uñas de los nervios de que le hubiera pasado algo. ¡Dos días sin dejar de llover! Esperábamos nerviosas pero confiadas de que mi papá iba a llegar por nosotras apenas escampara, y el sábado por la noche el agua había amainado. Esa era la esperanza, hasta que se apareció ese mocosito con la mala noticia. Y luego de que la Policía y la Armada, como siempre, no sirvieran para nada, dijo mi mamá que no quedaba de otra que ir al muelle y conseguir quién nos llevara por la ruta hacia la Bahía, para buscar a mi papá. Tocaba ir a buscarlo, ya que ni llegaba ni otros lo iban a buscar por nosotras. Cogimos pueblo abajo hacia el Waffe. Mi mamá caminaba confiada en su idea de ir a buscar a su hombre, pero yo tenía miedo del cielo que se veía traicionero, ni se despejaba ni llovía, era un gris sospechoso.

En el muelle las mujeres lavaban y vendían pescado junto a las aguas negras del puerto y las calles de tierra vueltas pantano. Los lancharos mamaban ron en una cantina al otro lado de la calle que daba al río, afuera del negocio unos jugaban dominó, otros parecían vigilarlo todo. Mi mamá se paró al frente del negocio, los interrumpió a todos con un “buenas” y le ofreció un fajo de dólares al que nos llevara donde dijéramos. Las miradas arrancaron por los pies embotados, subieron por las piernas forradas por

EN EL MUELLE LAS MUJERES LAVABAN Y VENDÍAN PESCADO JUNTO A LAS AGUAS NEGRAS DEL PUERTO Y LAS CALLES DE TIERRA VUELTAS PANTANO.

el pantalón y se posaron unos segundos sobre las caderas anchas inocultables; luego se curvaron por la cintura y subieron por el abdomen hasta las tetas que surgían como frutos maduros, coronando un palo de ciruelas, pequeñas pero firmes, que le daban vuelo a la camisa de botones; y llegaron, pasando por el cuello de garza, de alcatraz, de animal que caza, a los ojos azules que resaltaban entre los cabellos rubios y la piel enrojecida por el sol. Sobra decir qué dijeron, vos te lo podés imaginar. Estaba buena mi mamá, y no porque fuera mi mamá. Ante las risas burlonas, morbosas, repitió la oferta. Una voz común respondió: “¡Erdal, mona, le toca esperar a que San Juan agache el dedo, porque de aquí yo no me muevo. ¿No ve que el mar está verraco? Muy maretiado. Y con estos aguaceros y la mareta se despegan de las orillas esos troncos grandes, járboles enteros!, que bajan por el Atrato ¡Y déjeme decirle! ¿Quiere que nos matemos?”. Pero una voz con un acento distinto nos preguntó:

—¿Y pa dónde es que va, monita?

—Para el Aguacate Bay.

—“Aguacata bey” — remedó la voz en tono infantil, exagerando el hablado de mi mamá. Se cagó de la risa y todos los otros hombres

lo imitaron. Mi mamá dominaba el español desde hacía años, pero el acento gringo no lo perdía y le gustaba cómo sonaba *Aguacate Bay*. Hablaba poco, mi madre, pero no era tímida, sino discreta, inteligente. Ella me enseñó que el callado lleva la ventaja. No aprendí mucho de eso, pero bueno. Yo le halé la mano para que nos fuéramos, tenía miedo. Pero mi mamá me miró verraca y me hizo quedar quieta. La necesidad tiene cara de perro y nosotras necesitábamos transporte.

Cuando las risas pararon el tipo apareció entre la negramenta y nos echó por primera vez esa mirada desafiante que tenía un *no sé qué* misterioso, intrigante, en los ojos verdes. Peló el diente de oro y sopló una calada del cigarrillo hacia nosotras.

—¿Pa’ la Bahía del Aguacate?, ¿y es que vos sos la hembra del negro Juan? Me habían hablado de vos, monita, pero no había tenido el placer. ¿Y esta es la pelaita? ¡Jal, pero será hija del lechero, porque al Juancho no se parece ni en el rabillo del ojo.

Se cagó de la risa otra vez y con él todos los demás. En la montadera todos son amigos.

—Puede ofrecer toda la plata del mundo pero nadie las lleva, vale más la vida. Si acaso se las llevará el putas —dijo un viejo terciando un trago de ron.

—Pues yo soy el mismísimo putas de Aguadas, Caldas, y las voy a llevar. Además, tengo unos negocios pendientes con el Juan.

—Se enloqueció este paisa.

—No hay paisa cuerdo. Ahora se cree lanchero. Como si trabajara en esto...

—Pero tengo lancha, ¿o no tengo lancha? Y es la mejor. No hay tormenta que pueda con esos motores. Ni la Armada me alcanzaría. Yo las llevo, pa que vean que soy macho... y venga le recibo esos billetes que la veo como encartada, con eso me compro aunque sea un fresquito. —Le arrebató el fajo a mi mamá y se lo metió en el bolsillo de la camisa.

—Vean a este tan regalado, ni la madre Teresa de Calcuta... ¡Puro cuento! Cuídense de este y sus guardados, que es un aparecido y se anda con negocios raros... tiene delirios de patrón el paisa este —nos advirtió un negro malacaroso que estaba recostado contra la entrada del local.

—¿Entonces por qué no las llevás vos? ¡Ah!, verdad, porque sos un pobre güevón. El de los negocios raros debés ser vos, con esa pinta de guerrillero... Si querés cuando vuelva arreglamos. Vamos

—le respondió el paisa y empezó a caminar hacia el muelle. Nosotras lo seguimos bajo la mirada del negro, que se quedó murmurando quién sabe qué y calándole al cigarrillo con un ánimo sombrío.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó mi mamá.

—Por aquí todos me dicen Paisa. Dejemos así por ahora.

El Paisa comenzó a caminar con pasos largos hacia la panga más bonita que había visto en mi vida. Toda azul, profundamente azul. Azul el calado y azul un pequeño techo que había en el centro. Azul contra el gris que se iba oscureciendo.

—Oíste, monita, ¿y qué ibas a hacer si no conseguías quién te llevara?

—Nadar.

—¿Sí?, ¿y dejar a la niña sola? Yo que vos no dejaba solo ese murrápito, van y se lo roban, y si se lo roban... pues se lo comen.

No sé si me sonrojé, pero sentí caliente la cara. No pude sostenerle la mirada, nunca pude sostenérsela, y él se dio cuenta, sonrió maliciosamente y se subió a la lancha. Sacó una petaca plateada del pantalón y se metió un trago, ahogando la risa. La petaca se reflejaba en las aguas negras del Waffe, a donde fijé los ojos para escondérselos.

En ese día, al lado de esas aguas, mi mamá y yo nos veíamos como el único color del día. Ahí estábamos para contraste de ese cuadro gris tan tropical. Yo con un vestidito amarillo y unos zapatos blancos que me gustaban mucho. Al lado, nuestras maletas de viaje verdes como algunas cosas podridas que flotaban. Y aunque

había llovido tanto, ese calor sofocante de Turbo, que nunca se va, hacía que mi mamá mantuviera roja y que el muelle tuviera ese olor a mortecina que se siente en la lengua y es el placer de los gallinazos. La lancha tenía dos motores y se manejaba con manubrio y palanca de potencia, no como la de mi papá y otros pescadores, que se tenían que sentar al pie del motor fuera de borda. El tipo nos echaba carreta mientras alistaba la panga. Soltó las amarras y se puso a trabajar en los motores. Los llenó de gasolina y, sin sacarse el cigarrillo de la boca, metió las hélices en el agua y los arrancó.

—Bueno, bien pueda pasen, siéntanse como en su casa— nos dijo el Paisa extendiendo una mano que mi mamá rechazó.

Ante el rechazo de su gesto el Paisa sacó una peinilla, se quitó el sombrero y se la pasó por el pelo, peinándose después el bigote. Siempre estaba peinándose el bigote canoso, siempre estaba tramando algo.

Nos sentamos en el centro, bajo el techo azul. Mi mamá no soltaba su maleta.

—Mona, pongan esas maletas adelante, que hay que distribuir el peso.

Ella no respondió nada. Yo puse mi maleta adelante, obedeciendo la orden del Paisa, pero mi mamá siguió abrazando su maleta junto a la borda con una mano, mientras me agarraba con la otra. Nada más le dijo el Paisa. Alrededor de la panga había un gentío, murmurando como moscas que rodean la carroña. Niños con el buche inflado por los parásitos y las putas que apenas se despertaban, todos fueron a enterarse.

—Ya llegó el combustible del conductor —dijo uno acercándose con una garrafa de aguardiente que el Paisa había mandado a pedir—, ojo se mata, hermano. Aunque si se mata pues ya no le tengo que pagar más intereses.

—Vaya con ese manto a misa, güevón. Hierba mala nunca muere. Más bien vaya empeñando esa nalga, que no me demoro en volver y necesito mi platica.

Se rieron, bebieron un trago y luego el Paisa puso en marcha la panga.

Salimos lentamente por las aguas negras del puerto y nos liberamos de las malas lenguas a medida que la panga avanzaba por la cloaca de Turbo, ese caldo hirviente con su podredumbre que se mete en las narices y ya no se va nunca. Un olor pesado, si pueden tener peso los olores, que tumba al desprevenido. Es el olor de la gente, por debajo del olor del pescado, lo que lo hace insoportable. Al lado de los ranchos de madera montados sobre los manglares, cerca de nosotros, los niños nadaban entre el agua aceitosa y las mujeres lavaban la ropa en las mismas aguas donde, al lado, los tubos de sus casas echaban la mierda al caño. La mierda... esa sí es el patrimonio mundial de los miserables. ¿Otro roncito? ¡Oiga!, y pasan los años y esos ranchos se multiplican.

El Paisa silbaba las melodías que salían de un radiecito. Una mezcla de porro, vallenato y parrandera, puro Gildardo Montoya, si mal no recuerdo. Era un hombre con gracia, para qué, la verdad sea dicha. Era un blanco tostado por el sol. Yo miraba de vez en cuando al Paisa y lo veía tararear y pasear la mirada entre nosotras. Era barrigón, el Paisa, no había nada que le desagradara más a mi mamá. Pero a mí no me molestaba; es más, el Paisa me gustaba... fue el primer hombre que me gustó. ¡Pero no me mirés así! Yo era casi una niña pero siempre he crecido rápido. Tendría unos trece años en esto que te cuento. Los niños de mi edad no me gustaban y ese fue el primer hombre del que disfruté la mirada. Igual, es solo un recuerdo vago de la primera vez que gocé del vértigo del deseo, de ese vacío en el estómago combinado con la vergüenza y el miedo... sí, miedo, porque el deseo es violento e intimidante, ¿no? Solo te cuento una de esas impresiones que no se borran, porque en todo caso el tipo era el diablo, y el diablo tienta, no es mi culpa. Finalmente mi mamá se dio cuenta de la miradera.

**NO SÉ SI ME SONROJÉ,
PERO SENTÍ CALIENTE
LA CARA. NO PUDE
SOSTENERLE LA
MIRADA, NUNCA PUDE
SOSTENÉRSELA, Y ÉL SE
DIO CUENTA, SONRIÓ
MALICIOSAMENTE Y SE
SUBIÓ A LA LANCHA.**

—No la mire mucho —le dijo.

—No te preocupés, que si querés no vuelvo a mirar a nadie más en la vida —respondió—, pero es que esa niña tiene tus ojos azules, bien bonitos. Te creo que sea hija tuya. Del Juancho no creo. —Yo me sonrojé y mi mamá me hizo sentar derecha.

—Tonto —susurró ella sin que el Paisa escuchara, entretenido como estaba con la música y los motores.

Vos sabés que son y no son los ojos de mi mamá. Son parecidos, claro, y no por azar. Ella me adoptó cuando era bien niña, porque se vio en mis ojos. Los que eran mis papás tenían hijos de más y a la gringa le dio por quitarles un peso de encima. Algo más bien irregular, pero no importa, yo tenía los ojos de mi mamá y la melamina de mi papá, yo les pude haber nacido a ellos. Y es que por mí, finalmente, resultó ella por acá, pues vino a que le hicieran el hijo que no le habían hecho en el Norte. Y no encontró lo que buscaba, pues a la final resultó que no se trataba del macho sino de que ella

era estéril, pero conoció al negro que era, encontró su debilidad en ese pescador de sonrisa amplia.

Eso fue en Sapzurro. Ella iba subiendo del sur con un par de amigos y se sentaron a mamar ron y a escuchar vallenato, como debe ser. Servilo, por cierto. De una mesa se paró un negro y la sacó a bailar. El negro le hablaba cerquita del oído y la miraba con ganas mientras la agarraba de la cadera. Ella no le entendía mucho, pero sonreía, se dejaba cortejar. ¡Ah, bueno que se sienten unas manos firmes en la cadera! Se terminó la canción y ambos se sentaron. Luego sonó otro vallenato y de ese sí le tengo el dato. Sonó Matilde Lina, esa canción donde las sabanas sonríen, y entonces la sacó a bailar otro negro. Ese también la apretó bien de la cintura, la amacizó, como debe ser, y se deslizó con ella por el piso de tierra danzando el paseo de Leandro Díaz. Pero imagínate pues la sorpresa de mi mamá cuando el negro le habló en inglés. Mi papá había navegado cuando pelao en barcos comerciales y aprendió a parlotear y negociar en esa lengua. Y el amor es el negocio vital, fundamental, papá. Pero ahí no se acaba la vaina. El otro se paró furioso y se casó la disputa. Entonces se sentaron los dos negros en una mesa y se echaron la mujer en una partida de dominó, porque eran compadres y no había que pelear por amores. Había que dejar que la suerte decidiera, hembra como es, y mi papá ganó la partida. Ahí debió quedar saldado el asunto. Mi mamá no tenía idea de lo que ese juego significaba, y tampoco le importaba. Simplemente la suerte jugó a favor de ambos, porque entre dos negros con sabor que saben mover los pies, ¿cuál gana? Si tiene sabor y sabe usar la lengua... ese es, decía la vieja. Le hubieras caído bien. Mi papá se sentó en la mesa con ella y los monos a mamar ron. Cuando mi mamá y los monos decidieron irse, pues él salió con ellos para acompañarlos. El otro, que había quedado ardidó, salió detrás de ellos y fue a buscar problema. Mi mamá contaba que ese se había sentado a beber solo en una mesa después de perder en el dominó y desde ahí los veía bailar con los ojos rojos de la rabia y de la borrachera. Llamó a mi papá cuando ya estaban en la calle y sin mediar palabra se le tiró encima. ¡Pero hubiera sido mejor que no

lo hubiera parido su madre! Los dos gringos intentaron separarlos y como todo metido sale... vos sabés, se ganaron sus golpes en el intento pero no pudieron hacer nada. Después de unos minutos de cascarlo mi papá lo dejó parar del piso y le dijo que se fuera. Y más se demoró el tipo ese en sacar el machete que mi papá en cortar-le la mano con el suyo. Mi mamá había encontrado al macho más fuerte, uno que estaba dispuesto a matar por ella. Eso fue lo que la impresionó, no la sangre.

—A mi amigo Blanco Herrera le pagaron su salario y, sin pensarlo dos veces, salió para malgastarlo —cantaba el Paisa bastante afinado, hay que reconocerlo, a pesar de ir fumando—. Hay que tener mujer para dejarle la plata del mercado antes de cualquier cosa. Uno no puede ser tan irresponsable como muchos. Yo ando buscando a quién dejarle la plata antes de irme a parrandiar. Oíste, mona, ¿no te suena?

Mi mamá se hizo la que no entendía y miró hacia la orilla. Debíamos ir por el muelle de la Armada.

—¿Que usted conoce a Juan? —preguntó mi mamá esquivando el comentario. El Paisa se rió de nuevo y antes de responder empujó la botella de aguardiente y le ofreció un trago a mi mamá. Ella bebió.

—Ole, pues sí, fuimos amigos cuando éramos pelaitos. Los dos estudiamos en la escuela aquí en Turbo.

Hizo una pausa para echarse otro trago. Prendió otro cigarrillo y le ofreció aguardiente de nuevo a mi mamá. Ella bebió. Yo estiré la mano como si estuviera incluida en la ronda. Pero mi mamá me miró con una risa condescendiente y me pasó de largo. *"This is not for kids"*, me dijo. Así dijo y así digo, porque yo le hablo la lengua que quiera. Serví a ver. Mientras rotaban el aguardiente noté que el agua ya no era del color negro del puerto de Turbo y sus alrededores, sino algo más parecido al mar. Bueno, a esa mezcla de mar y río que se ve en el lado antioqueño del Golfo. El Atrato pintaba el mar. Lo llenaba de

la tierra que le había arrancado a las orillas durante su paso por el Chocó, de los desperdicios de las empresas y de la gente.

El viento se sentía cada vez más fuerte y a medida que nos alejábamos de las orillas se empezaba a ver lo que nos esperaba. Como temía, las nubes pasaron del gris al negro. Ni por el verraco se iba a despejar el día. El pelo me pegaba en la cara y tanto el Paisa como mi mamá se quitaron los sombreros. Mi mamá se hizo una cola de pelo mono y el Paisa mostró un cabello negro engominado, perfectamente peinado. Se peinó el bozo, de nuevo, mientras tapaba la botella y nos miraba. Después siguió hablando, o, mejor, gritando, sin que nadie le hubiera preguntado nada. Ese hablaba hasta por los codos.

—Lo que pasa es que yo me fui de Turbo cuando todavía estaba pelao, me fui a buscar suerte y la encontré. Volví hará qué, ¿un año?, que vine al entierro de mi papá y me quedé a hacer platica. Dentro de poco todos esos negocios junto al Waffe van a ser míos y de mis socios. Pero bueno, yo he escuchado hablar mucho de vos y de Juan desde que volví y no habíamos tenido el gusto de cruzarnos, monita. Ve, contame, ¿Y ustedes dónde andaban? ¿Viajando?, claro. ¿Pero por placer o por negocios? Mala cosa eso de dejar al Juancho solo en la Bahía trabajando. Por ahí me han contado que andan construyendo unas cabañas para turistas, eso es pérdida de plata.

Mi mamá esquivó la conversación mostrándome unas gaviotas que volaban hacia la orilla, junto a la panga. Ellas buscaban refugio de la lluvia y mi mamá de la pregunta sobre el viaje. Agarró la botella, que ya iba por la mitad, sin que el Paisa le ofreciera, y se metió un trago largo cerrando los ojos.

—Eso a usted no le importa.

—No seás arisca, contá. Que los secretos pesan y de pronto me hacen voltear la panga.

—Estaba buscando trabajo en Medellín y haciendo contactos.

—Yo que no te creo...

—Si no cree es su problema.

—Bueno, bueno. Pa' que no arrugués esa carita tan bonita, digamos que te creo —puntualizó y dio la última calada al cigarrillo que se había mojado por el chingleteo del mar. Comenzaba a llover.

¡Por supuesto que mi mamá le estaba mamando gallo! Después de enamorarse de mi papá, mi mamá había vendido todo lo que tenía en Estados Unidos y había reunido su plata. Con eso compraron la tierra y construyeron la casa en la Bahía, compraron una lancha para mi papá, e invirtieron en vainas. De esas ganancias, los trabajos de mi papá como pescador, cazador, constructor de techos de palma y de muros revocados con conchas que recogíamos juntos por la playa, guía para inmigrantes ilegales en las selvas del Darién, entre otros de los que tengo vagos recuerdos, habíamos vivido y se habían empezado a construir esas cabañas para turistas que tanta envidia despertaron. Pero la plata escaseó mucho y para no abandonar la construcción de esas cabañas mi mamá y yo nos fuimos pa'l Norte a buscar plata. Y la conseguimos, lo necesario para pagar lo que debíamos y que las cabañas comenzaran a funcionar. Y toda esa plata iba ahí en efectivo, en esa maleta verde de la que mi mamá no se desprendía.

El Paisa había acelerado. Turbo empezaba a perderse de vista, con sus ranchos, su bullicio y sus manglares. Los truenos, de rayos todavía lejanos, no dejaban hablar. Pero había algo que al Paisa lo mataba de la curiosidad y que, vas a ver, tenía que ver con su amabilidad, porque después de un largo silencio se rasgó la garganta gritando para salir de la duda:

—Pero vení, ¿y el Juancho de dónde sacó la plata para construir lo que están construyendo?, ¿sí es verdad que...?

Estoy segura de que no alcanzó a terminar la pregunta. Echó un putazo, agarró duro la botella de aguardiente y yo vi un tronco enorme que se nos venía de frente montado en una ola. El Paisa tuvo que hacer una maniobra violenta para esquivarlo. Ese verraco

**—PERO VENÍ, ¿Y EL
JUANCHO DE DÓNDE
SACÓ LA PLATA PARA
CONSTRUIR LO QUE
ESTÁN CONSTRUYENDO?,
¿SÍ ES VERDAD QUE...?**

¿SÍ ES VERDAD QUE...?

tronco casi voltea la panga y nos tiró al suelo a mi mamá y a mí, entre las maletas.

—Casi no la contamos —gritó el capitán.

El que no la contó fue el radio que nos había venido acompañando. La primera baja del viaje. Solo quedaron los sonidos puros y brutos de la tormenta, nada de los sonidos con que los costeños traducen el mar. El Paisa se tragó las dudas y se concentró en sobrevivir.

De por sí, con buen clima, el viaje entre Turbo y la Bahía era maluco porque siempre se navega contra la dirección de la marea y los golpes que sufre la panga se sufren en la carne. Pero esto era un mar maretiado, bravo, revuelto, en una pequeña lancha rápida y con mucha basura para esquivar. Hay que reconocerle al hombre que sabía navegar. Al fin y al cabo no nos matamos. Era de esos que dicen que manejan mejor borrachos y, ¡bendito sea el guaro!, si ese fue el santo al que le prendió vela. Cada que podía se pegaba

de la botella, soltando la palanca de potencia y agarrando el licor que sostenía entre las piernas. Hasta que en una caída de una ola se le soltó de la mano y se quebró contra el piso —¡Jueputa!, ¡que se riegue sangre pero no chorro!— maldijo, y le tocó conformarse con lo que ya tenía en las venas... casi todo, por fortuna. De milagro no nos cortamos con todos los pedazos que quedaron en el piso.

La situación se volvió de supervivencia individual y mi mamá me dejó de abrazar para agarrarse de la silla y tratar de no irse al agua. Si me sostenía a mí, pues ella se caía, ¿y yo iba a ser capaz de agarrarnos a las dos? ¡Nos íbamos ambas al agua! Ahí no hay cariño que valga. Nos agarramos al sillón con las uñas y resistimos los golpes de la panga lo mejor que pudimos. A veces hasta perdía el aire y me la pasé chupando mar, lágrimas y mocos. Quedé con morados hasta en la uña del dedo chiquito del pie. Fue tan fuerte el viento que terminó arrancando el techo. Ahí creo que todos nos dimos cuenta de que la habíamos cagado, que habíamos subestimado la tormenta. El Paisa, con cara de preocupación, tiraba la lancha de frente contra esas olas que parecían muros. Nos montábamos hasta la cresta de la ola y luego ¡taque!, el golpe al caer sobre la siguiente ola. Una nos cogió medio de lado, y casi nos vamos al agua. Nos logramos sostener pero la panga cayó ladeada y ¡chao maletas!

—¡Tenemos que volver por las maletas! —gritó angustiada mi mamá.

—¿Volver?, ¡aquí no hay vuelta! Si querés te tirás y las buscás, porque donde echemos para atrás toca es que nos busquen a nosotros, en el fondo. Más bien agarrate duro que mirá esa verraca que se nos viene encima.

En medio de la tormenta no escuchaba los gemidos de mi mamá pero veía su gestos de angustia, el dolor en los ojos. Nos lamentamos como pudimos por las maletas donde iba el futuro, por mi papá y porque nos íbamos a morir. Los golpes de las caídas nos sacaban gemidos a nosotras y putazos al paisa. Rezó el rosario completo, como se dice.

—¡Yo soy más verraco, vos conmigo no podés! —gritaba a veces como si tuviera en frente al enemigo.

En condiciones favorables el viaje hubiera durado dos horas. Debíamos de llevar eso o algo más cuando notamos que el Paisa empezó a torcer el rumbo hacia el lado de la playa.

—¿Qué pasa? —gritó mi mamá.

—¿Cómo que qué pasa? ¿Vos sos boba o te hacés? Yo dije que las iba a llevar pero vea — Y ¡taque!, otro golpe cayendo de una ola—, esto está imposible. El mar está cada vez peor y nos va a terminar matando. No queda de otra que arrimar a aquel caserío y pues cuando escampe le cumplo y la llevo a la Bahía. Hasta de pronto y está el Juan en ese caserío.

—¿Usted está loco o borracho? ¡Nos matan las olas que rompen!

—¿Y es que no nos matan llegando a la Bahía? ¡Estamos jodidos, mona! Si allá no hay nadie y nos voltiamos... ¡chao! Al menos allí puede que alguien se tire a sacarlas vivas.

Mi mamá se paró furiosa. Había dejado de pensar y se le iba a ir encima al Paisa, pero él sacó un revolver del pantalón, le apuntó a la cara y le ordenó que se sentara. Mi mamá me miró, roja de la rabia, y obedeció. Entre la borrasca alcancé a ver un par de luces que eran del caserío. El Paisa hizo dos disparos al aire, guardó el revólver y nos dijo que nos agarráramos duro. Aceleró a fondo. El golpe contra el mar no dio tiempo ni de gritar. Lo último que recuerdo es ver a mi mamá agarrándome y nadando hacia la playa y el sonido bestial del mar.

Me despertó el ruido de una bandada de pericos. Estaba tendida en un chinchorro afuera de un rancho. Mi mamá me sobaba la cabeza y me secaba sus propias lágrimas. Lloraba desconsoladamente. Por fin había escampado.

Los disparos al aire sirvieron. La gente del caserío vio que íbamos y, cuando nos volteamos, los más bravos se tiraron al mar y nos ayudaron a llegar a la orilla. El Paisa casi se ahoga y yo

EN MEDIO DE LA TORMENTA NO ESCUCHABA LOS GEMIDOS DE MI MAMÁ PERO VEÍA SU GESTOS DE ANGUSTIA, EL DOLOR EN LOS OJOS.

también. Mi mamá había sido nadadora de competencia y logró mantenernos vivos hasta que llegaron los hombres con algunos flotadores. Al menos eso me contó.

Al llegar a la playa y descargar me se armó pelea entre ellos. Ella sabía que el Paisa tenía razón, que nos hubiera ido igual o peor si hubiéramos seguido hacia la Bahía. Pero saber de mi papá parecía ser más urgente que la vida misma y por eso estaba que lo mataba. Le dijo que era un ladrón, que por culpa de él lo había perdido todo en el mar y que le devolviera la plata que le había pagado. El Paisa la insultó y se le iba a ir encima, pero lo agarraron los que lo habían sacado del agua. A mi mamá la cogió una señora que comprendió rápidamente la situación. A él lo arrastraron para la cantina y a mi mamá se la llevó la mujer, la negra Claudia, para su rancho. Porque “ningún paisa le iba a pegar a una mujer en su presencia”, dijo después.

El rancho estaba al lado de la cabaña que hacía de cantina, tienda, y punto de reunión del caserío. No los habían puesto muy lejos, realmente. Desde el rancho se escuchaba el ruido de la planta de gasolina que alimentaba el único radio y el par de bombillos del pueblucho.

Mi mamá me llevó en brazos a la casa de Claudia, se aseguró de que estuviera bien, solo desmayada, y se acostó en un chinchorro

conmigo. Claudia la atendió con todos sus hijos, que pululaban por la casa y alrededor de ella. Desde ahí mi mamá veía al Paisa, que había comprado más guaro e invitaba a todos los hombres a beber de su cuenta, mientras miraba la panga volteada en la playa contra la que rompían las olas.

Doña Claudia se sentó al lado del chinchorro y le preguntó a mi mamá que cómo se les ocurría haber salido a navegar con ese clima. Mi mamá le contó todo y le explicó que, aparte de su preocupación por mi papá, cuando salieron de Turbo parecía que había alguna probabilidad de que el cielo se despejara en vez de cerrarse. Doña Claudia se había quedado muda. Sí era la mona que se imaginó cuando nos vio. Fue a la cocina y le trajo a mi mamá un agua de flor de jamaica con marihuana. Le dijo que eso era bendito para todos los dolores y que le tenía que contar algo.

La noche del sábado, cuando apenas había comenzado a menguar la lluvia, uno de los niños de Claudia había encontrado una caña de pescar en la playa, y todo el Golfo de Urabá conocía la caña de pescar de mi papá. A primera hora de la mañana de domingo ya era un rumor en todo el caserío que Juan Moreno Mosquera, mejor conocido como Juancho o el negro Juan, se había ahogado. Y ese rumor partió con una pequeña lancha hacia Turbo, al escampar. Pero lo del rumor se había complicado más tarde esa mañana, porque, como escampó, los hombres estuvieron recorriendo las playas más lejanas y encontraron encallada la lancha del negro Juan. Y a partir de ahí todos relacionaron la lancha y la caña con un cuerpo que hallaron cerca del caserío, que podía ser de los ahogados de la panga grande, pero del que ahora todos estaban convencidos era mi papá. El cuerpo lo habían encontrado lejos de la lancha, pero todos suponían que se había sostenido de algo para tratar de sobrevivir y que la marea lo había arrastrado. La muerte había sido por un golpe en la cabeza contra una piedra, dijeron quienes lo encontraron, y eso cuadraba con los golpes que tenía la lancha. Ese cuerpo era uno de los tres que la gente del caserío había recuperado y que estaban tapados en el quiosco del otro lado de la cantina, le dijo Claudia, y sacó de su pieza la caña de pescar.

¿Cómo te parece la manera de decirle a mi mamá que estaba muerto su hombre? Ella salió corriendo bajo la lluvia, que todavía no paraba, atravesó la cantina y llegó al quiosco donde estaban los cuerpos. Quitó el plástico con que los tapaban y no supo a cuál muerto llorar. Todos estaban hinchados. Es difícil reconocer facciones cuando los hombres se vuelven globos de carne inflada por el agua, sin rasgos. Iba a ponerse a desnudar los cuerpos y buscar las señas de mi papá, las cicatrices que tenía en el pecho, en la espalda, sus lunares... pero el Paisa, que la siguió junto con los otros hombres al verla correr, se lo impidió. Todos estuvieron de acuerdo en que no se debían mover los cuerpos. Había que esperar a que llegara el cura de Acandí y a que se los llevaran para la identificación. Mi mamá se apoyó en el Paisa, el único que conocía ahí, y trató de contenerse. Se necesitaron ocho hombres para llevarla de nuevo donde Claudia, y no estoy exagerando.

Cuando me desperté, ya en la noche, mi mamá estaba recostada sobre mí. Me sobaba la cabeza en silencio sin mediar palabra, estaba en *shock*. Así que me dirigí a la negra y le pregunté que por qué estaba llorando mi mamá.

— ¡Ay!, mi niña. Es que su papá ya está con Dios —me respondió.

Cuando doña Claudia dijo eso se me aguaron los ojos y se rompió el silencio. Lloramos. Y hasta doña Claudia nos ayudó a llorarlo. Algunas de las niñas de Claudia nos ayudaron también. Mi mamá se tomaba la cabeza y se halaba el pelo como si se lo fuera a arrancar. A veces rasgaba la madera del piso con las uñas, como si quisiera arrancárselas. Y para mis oídos entristecidos los perros del caserío aullaban, los gatos gemían; las ranas, los grillos, las chicharras y todas las cosas ruidosas acompañaban nuestro dolor.

Mi mamá se echó conmigo en el chinchorro mientras doña Claudia cogía un rosario y rezaba con su corrillo de hijos. Luego de que terminó nos dijo que nos pasáramos para adentro, que los hijos de ella podían dormir en los chinchorros de afuera y de la salita, que nos cedía su cama. Los hombres estaban bebiendo, servime un

roncito, y no sobraba que hubiera una puerta para estorbarles los malos pensamientos. Mi mamá obedeció al cuidado de Claudia. Yo me abracé a su cuerpo como la niña pequeña que me sentía y ella me cargó encorvada hasta la cama. Allá nos tendimos y nos dormimos, cuando apenas empezaba una noche despejada, clara, llena de estrellas. No es fácil dormir cuando uno tiene una pena tan grande, pero el cuerpo no aguanta tanto golpe, hombre. Yo me dormí rápido, otra de las gracias de la niñez, pero entre sueños escuché golpes y gemidos que llamaban a mi papá.

Me desperté horas después porque los zancudos, plaga maldita, me estaban comiendo viva y no sentía a mi mamá al lado. Salí del rancho y vi a mi mamá y al Paisa sentados afuera, en la playa. Tomaban aguardiente y fumaban Piel Roja.

La curiosidad me pudo por sobre la tristeza. ¡Qué fácil es olvidar en la niñez! ¿No te parece? Pero qué difícil es olvidarla. Me acerqué gateando lo más que pude. Me escondí detrás de una palmera y escuché lo que hablaban. Mentiroso vos, claro que no escuchaba todo, pero pues, ¿en tantos años no me iba a contar mi mamá? No molestés. Estaba el Paisa consolando a mi mamá. Convenciéndola de que él quería ayudarla. Que no se preocupara por lo de la panga, que con lo que le había pagado ya le había comprado la lancha a uno de esos negros güevones y le había sobrado.

—Vea —Se la señaló—, es esa que está allá. Cerquita de donde quedó naufragada la mía. Bien anclada por atrás y amarradas con cuerdas a ese par de almendros. Un solo motor y sin cabina, pero algo es algo, peor es nada.

Era una lancha fea. Anaranjada por arriba y de un blanco mugroso por abajo. Le siguió diciendo que él ni siquiera necesitaba la plata, con los negocios que estaba haciendo hasta le sobraba. Que aceptó llevarnos por caridad, porque su santa madre, que en paz descansa, le había mandado que siempre ayudara a los necesitados. No mataba una mosca, pues. Además él era un macho, un aventurero... ¿cómo iba a dejar a dos mujeres solas vagando y sufriendo por el mundo? Era

algo con lo que no podría cargar su conciencia. Que a lo que quería llegar es que todo lo que le interesaba era nuestro bienestar. Que él sabía que nos habíamos quedado sin nada. Teníamos la tierra pero no teníamos cómo explotarla. Y que no era por desanimarla, pero, ¿unas cabañas para turismo? El negocio era explotar la madera.

—La plata está en estas selvas. Vea. Mire para atrás. —¡Ahí casi me ven!—. Está oscuro aunque la luna esté llena, ¿y por qué? Pues por toda esa madera que se está desperdiciando. Ahí está la plata, no es sino sacarla. Lo que pasa es que estos negros son bobos y no saben sino ser pobres y tener hijos. Esto está lleno de negros y de indios, por eso es que hay tanta miseria. ¿Pescar?, ¿dedicarse a pescar?, ¿nada más trabajar para comer?, ¿para vivir? ¿Qué vida es esa? Que se mueran así estos. A mí deme un par de años y yo vuelvo plata todos estos morros. Vendo estos palos y luego hasta busco el oro y todo lo que debe haber debajo. Así es que se progresa. Vos sos inteligente, mona, vos venís de arriba, del Norte, vos sí sabés cómo es que los países se hacen grandes. Hacele honor a tu raza.

Mi mamá callaba. El Paisa se veía excitado exponiendo sus ideas. Esa era su caridad. Hablaba agitando las manos y gesticulando exageradamente. Soplaba el humo hacia el cielo, se echaba un trago y seguía con su labia. Al final soltó la propuesta que le interesaba.

—Yo ando comprando tierras a lo largo de la costa. Yo te compro esas tierras de la Bahía. Vamos mañana por los papeles, bajamos a Turbo, hacemos el negocio y para pasado mañana tenés la plata en la mano y te podés ir para donde querás con tu murrapita. Hacelo por ella. Esas tierras son ideales para los puertos de embarque de la madera. Y, según he visto, ahí mismo hay mucho por tumar. Yo sé que eso va a tener buenas utilidades, entonces te puedo ofrecer buena plata. ¿Qué decís?

—¿Y no va a quedar ni un árbol?

—Luego le vendemos a otro para que siembre pino.

—Pero no va a quedar nada de lo que había.

—¿Cómo que nada? Va a quedar la plata.

El Paisa la miraba convencido de que iba a aceptar. La miraba de arriba a abajo. En un momento le pasó la mano por el hombro e intentó besarla. Mi mamá lo esquivó y se paró. El Paisa le dio un piquito de lengua a la playa. Luego se echó boca arriba y se lavó la boca con aguardiente. Estaba bien borracho.

—Lo voy a pensar. Hasta mañana —le dijo mi mamá mientras se dirigía hacia donde yo estaba.

—¡Tan arisca! —le gritó el Paisa— Hágale pues. Mañana hablamos. Mamasita...

Y se quedó murmurando cosas mientras mi mamá me veía detrás de la palmera y me preguntaba:

—What are you doing here? You!... —No te riás, ¡pendejo!

Y me miró enojada, pero, no sé, se acordó de algo, y se agachó, me dio un beso en la frente, me cogió de la mano y me dijo que nos fuéramos a dormir. Desde la puerta vi al Paisa completamente tumbado. Pasó de los murmullos a los gritos y cantaba gritado “a mí deme un aguardiente, un aguardiente de caña...”. Se echó un trago y se quedó dormido, caído de la perra.

Llevaba muchos días sin dormir al lado del mar. Me despertaba cada tanto, con el rugido de esa bestia que luchaba contra la playa. Luego, con los años, me demoré en volverme a acostumbrar a dormir con ese ruido. Pero una se acostumbra a todo, hasta vuelve a ser bello el mar.

Nos levantamos temprano en la mañana. El dolor se amortiguó con el desayuno. Patacón pisao con hogao, queso y aguapanela. Dona Claudia alimentaba a todos sus hijos, y a nosotras como si lo fuéramos. Nunca le preguntamos si tenía marido, ni por el papá o papás de los hijos. Sobraba la pregunta. Lo entendía mi mamá y lo entendí yo después. Claudia era una negra grande, potente. Llenaba los vestidos donde debían llenarse y caminaba erguida, derecha, como si tuviera un palo en la espalda. Ese caminado orgulloso de

la mujer negra. Ese bamboleo de caderas grandes. Con el pelo oculto bajo una pañoleta y los dientes blancos que se asomaban en una amplia sonrisa. Y siempre con su labial echado y su maquillaje en los ojos, una mujer vanidosa. Sí, sí, como yo, molésteme y verá. Ahora pienso que esa casita de madera había protegido bajo el mismo techo de palmas, en esos días, dos mujeres que eran una fuerte contradicción. Claudia, la tierra fértil, la de la casa junto a la cantina, la protegida por los hombres y que los protegía de ellos mismos entre sus carnes. La complaciente del deseo. Y mi mamá, tierra árida, hielo que solo ardía con un fuego y que todo se lo había dado a un hombre. Eso hacía tan grave la muerte de mi papá, porque, si no me engaño, no hubo otro entre el cuerpo de esas cenizas.

La mañana estaba serena y el cielo despejado, así que nos metimos, esta vez voluntariamente, al mar. Nos bañamos con la ropa que nos había prestado Claudia la noche anterior; la de nosotras se estaba secando de la tormenta. El mar tenía de nuevo ese color transparente de esmeralda que hace tan bello todo esto. El sol aún no salía, tapado por las selvas del Chocó, y nos bañábamos con una luz tenue, sin la mirada de los pescadores, que aún no volvían de la jornada. Solo estaba en la playa la lancha volcada del Paisa, y su nueva lancha se mecía con las olas. El Paisa no se veía por ningún lado y la marea ya había borrado su forma borracha de la arena. Mi mamá evitaba mirar hacia el lado donde estaban los cuerpos.

Unas veinte casas, si mucho, conformaban el caserío en esa época. Todo construido con guadua y tablones de otras maderas, además de hojas de palmera para el techo. El caserón central, la cantina, brillaba a esa hora que ascendía el sol, por sus tejas metálicas. A su lado, con un techo circular, estaba el quiosco. Bajo él, el plástico negro que cubría los cuerpos. Mi mamá no me había dejado ir a mirar el que era el cuerpo de mi papá. Nos bañábamos tratando de alegrarnos, pero llorábamos en el mar. Los cangrejos se aventuraban por la zona. Las moscas sobrevolaban el plástico y en el techo de la cantina se posaban los gallinazos. La tierra estaba lista para tragárselos a todos.

Cuando ya el sol había sobrepasado bastante la línea de la montaña, mi mamá y yo fuimos a enjuagarnos la sal. Nos bañamos con agua lluvia que Claudia acumulaba en un tanque, sin quitarnos la ropa prestada, mientras las mariamulatas nos miraban desde el cielo y las iguanas desde los árboles, y algún que otro negro desde donde podía. Ya vestidas con nuestra ropa a medio secar, apareció bañado y engominado el Paisa, peinándose el bozo. Ni idea de dónde había dormido, pero algo se traía.

—Sí, buenas —doña Claudia le respondió el saludo. Nosotras nos limitamos a mirarlo. De nuevo habíamos llorado un poco, y mirábamos constantemente hacia el quiosco.

—¿Qué pensaste de lo que te dije anoche? Yo estaba levemente alicorado, nada más, y todo lo que te propuse era en serio. Y hay algo más que pensé esta mañana, pero eso te lo digo ahorita. —¡Levemente alicorado!, puro cuento, un borracho sinvergüenza es lo que era. Ve, serví otra copita.

Mi mamá respondió que sí. Que bueno. Que le vendía. Que los papeles estaban en un baúl en la casa de la Bahía. Que ella tenía ahí, en el bolsillo, la llave. De las únicas cosas que no se le habían perdido con las maletas. Pero que no podían ir directamente a Turbo después de eso, que tenían que esperar a que llegara la Armada para acompañar el traslado del cuerpo y enterrarlo. Que no iba a dejar abandonado el cuerpo de Juan.

El Paisa dijo que seguramente la Armada ya venía en camino. Ya debían haberles informado y parecía que el mal clima había pasado definitivamente, entonces seguro que ya estaba normalizada la navegación en el Golfo. Que fuéramos de una vez por los papeles.

Mi mamá aceptó. El Paisa se metió al agua y se montó en su lancha nueva. Se le veía renegar con la máquina. Finalmente arrancó y nos hizo señas. Nos despedimos de la negra Claudia y miramos con angustia el cuerpo que estábamos abandonando. Acercó la panga a la playa todo lo posible y nos subimos. Retrocedió, puso la punta de la panga hacia el horizonte y arrancamos.

**LLEVABA MUCHOS DÍAS
SIN DORMIR AL
LADO DEL MAR. ME
DESPERTABA CADA
TANTO, CON EL RUGIDO
DE ESA BESTIA QUE
LUCHABA CONTRA
LA PLAYA.**

Mi mamá me acariciaba el cabello compulsivamente. No era por consentirme, porque yo sufría cuando me halaba los nudos. ¡Yo bien crespa y le da por peinarme por el estrés! Miraba, ensimismada, al horizonte. Yo trataba de liberarme, pero luego le miraba los ojos perdidos y me aguantaba. El Paisa nos miraba fijamente, serio, mientras se sobaba el bozo. Luego de unos minutos el Paisa soltó la lengua:

—Mona, hasta me da pena decirte delante de la niña. Pero si las cosas salen bien, no importa. Lo que estuve pensando esta mañana es que vos no te tenés que ir, el negocio no tiene que ser exactamente como hablamos. O mejor dicho, podemos ponerle al negocio algo más importante. Lo que quiero decir es que podríamos ser socios, ¿no? Yo te puedo apoyar mientras te recuperás, podrías vivir conmigo en Turbo, mi casa es grande, todo lo mío es grande. Puede parecer un poco pronto, pero, como diría la canción: “el muerto al hoyo, y el vivo al baile”, y a vos te consta que yo soy bien vivo, y un macho cumplidor, no lo dudés. Además...

El Paisa se interrumpió cuando vio que mi mamá no le ponía atención por mirar una panga que iba hacia el caserío. Se hacía cachucha sobre los ojos para taparse el resplandor y perseguía el curso de la panga que se acercaba. Puse las manos en cachucha como mi mamá y yo, que no era cegatona —ella, en cambio, era bastante miope y había perdido las gafas en la maleta— vi a mi papá sentado entre dos negros que lo sostenían, como si no pudiera tenerse por sí mismo.

—¡Mi papá!, ¡ahí llevan a mi papá! —grité llena de emoción. Y mi mamá casi me deja calva. Confirmé sus sospechas y empecé a gritar con los ojos llenos de lágrimas de alegría:

—¡Juan!, ¡Juan! ¡Paisa!, ¡ese es Juan! Hay que volver. Ya no vamos para el Aguacate Bay.

—Ya no vamos pa'l *Aguacata bey*... —remedó el Paisa exagerando el gringo de mi mamá como el día anterior. No pudo ocultar que el milagrito de que mi papá apareciera vivo, cuando él lo había dado por muerto y pretendía bajarlo de tierra y de mujer, no le había gustado.

Mi mamá y yo nos miramos mientras el Paisa detenía la lancha, pensativo. Me abracé a mi mamá. Él se sobó el bozo y nos echó una mirada rara con esos ojos verdes, parecía una fiera acorralada a punto de atacar. Ya no tenía en la cara la sonrisita de siempre ni la seriedad de la propuesta indecente.

—¿Qué le pasa? Vea, nos dejan atrás.

—Nada, nada, es que a veces como que me da un dolor de cabeza por aquí en la parte de atrás. Ni idea de por qué será. Si a mí me diera guayabo diría que puede ser eso, no me pongás atención. Ya vamos. —Nos ocultó su mirada rara y puso dirección hacia la playa.

Cuando faltaban unos cuantos metros para llegar y el Paisa empezó a disminuir la velocidad, mi mamá se tiró al agua y nadó hasta la orilla. A mi papá lo habían sentado en una silla de la cantina y hasta allá fue a abrazarle los pies como si tuviera miedo de que se le fuera.

Nunca se supo quién fue el desgraciado que se ahogó y que confundieron con mi papá.

Cuando llegamos el Paisa y yo a la playa, a mi papá lo habían movido a la cama de Claudia y lo estaban atendiendo mi mamá, Claudia y una de sus hijas. Desde afuera miraban los hombres que lo habían traído en la panga. Yo pasé corriendo entre ellos y me abracé a mi papá, que me miraba sonriente pero mudo, vuelto un harapo. Cuando nos vio a mí y a mi mamá junto a él, se quedó dormido.

El que los pescadores lo encontraran fue una casualidad. Mi papá les contó que sí, hombre, como nos lo habíamos imaginado, había salido hacia la Bahía pasado el mediodía, cuando nosotras llegábamos a Turbo, quizás una hora antes de que saliera la panga que naufragó. Él vio que era casi segura la tormenta pero creyó que sería pasajera y tenía afán de ir por nosotras. El caso es que cuando vio lo que se le venía encima intentó devolverse pero en la desesperación navegó muy cerca de la playa y las olas le taparon unas piedras que se alzan como islotes cerca a la Curva del Diablo. Se fue contra ellas y le rajaron la lancha, según dijeron los pescadores que la vieron. En el choque se golpeó la cabeza. Ya en el agua, las olas lo habían estrellado contra esas piedras que seguro eran corales y le habían causado heridas profundas en la pierna derecha. Así y todo logró llegar a la playa y salvar la vida. La playa en que había encallado la panga era un punto medio entre el caserío y la Bahía. Se vendó la pierna como pudo y agarró cojeando hacia el caserío, pensando que era la mejor opción y hasta ese día nadie se lo había encontrado. Estuvo metido en la selva comiendo lo que se le atravesó, tratando de refugiarse de las tormentas, sobreviviendo. Lo encontraron cuando estaba a un par de playas del caserío, cuando ya solo se le interponía un morro con unas lomas bravas donde demás que, como estaba, se hubiera pelotado y pues ¡chao!, se lo hubiera tragado el monte. Los pescadores discutían alebrestados que había sido muy güevón, que tenía que haberse quedado junto a la lancha para que lo encontraran más fácil, que eso hubieran hecho ellos. Pero pues otra cosa le manda el instinto al moribundo. Que eso era un negro con suerte, en todo caso.

**—¡JUAN!, ¡JUAN!
¡PAISA!, ¡ESE ES JUAN!
HAY QUE VOLVER.
YA NO VAMOS PARA
EL AGUACATE BAY.**

Mientras dormía, mi mamá le limpiaba de la frente la sangre coagulada después de tres días, y el resto de las heridas, de nuevo impasible. Toda manos para cuidar del cuerpo de su Juan. El Paisa escuchaba de lejos. Miraba a los hombres que contaban la historia y la opinaban y luego posaba los ojos en mí, que estaba sentada escuchando a los hombres. Caminaba como una gallina buscando dónde poner, se asomaba hacia adentro de la casa desde donde se veía a mi mamá junto a la cama y volvía a pararse a mirar al piso, sin soltarse el bozo.

Después de un rato los hombres se dispersaron. Ya estaba haciendo hambre y el calor pegaba con toda la fuerza. Era casi mediodía. Claudia atizaba afuera el fogón de leña que cocía un sancocho de pescado. El Paisa se había ido para la cantina y yo vigilaba el despertar de mi papá mientras mi mamá le vendaba las heridas de la pierna.

Mi papá estaba bastante mal. Pero un buen caldo de pescado levanta hasta muertos y Claudia tenía buena sazón. Almorzó y se le vio sonreír otra vez. Le contamos lo que habíamos pasado con lágrimas en los ojos y él se reía de que lo hubiéramos creído muerto. A mí el mar no me mata, decía, cómo va a matar a un hijo suyo. Pero mi mamá no le contó todo. No le contó que la plata se había ido al mar, ni de la propuesta del Paisa. No quería preocuparlo. ¿Para qué? Nada podía hacerse.

—¿Por qué te fuiste sin nosotras? —le preguntó finalmente mi mamá.

—Porque me mandaron a llamar.

—Eso me dijeron, pero, ¿cómo así?

—A ver, Karol, realmente no me mandaron a llamar. Un compadre que bajaba de Capurga llegó ese día por la mañana, volado de las lluvias, y me dijo que había visto gente en la Bahía, que le había dado la impresión de que se estaban llevando los materiales de las cabañas. ¿Qué iba a hacer? Tenía que ir a ver quiénes eran los sinvergüenzas, por no decir groserías delante de la niña.

—Y entonces te fuiste en vez de esperarnos.

—Ajá.

—¿Y?

—Y... pues que vamos a necesitar la plata porque nos robaron esos hijueputas y nos rayaron las paredes con puros chismes. Pero no te preocupes, todo va a estar bien. Después te cuento —dijo, le apretó una mano a mi mamá y cerró los ojos.

Los dos ocultaban algo, pero el misterio no duró.

Después del almuerzo, mientras mi papá dormía, el Paisa llegó silbando. Mi mamá salió enojada a decirle que dejara la bulla, que iba a despertar a Juan.

—Pues entonces vení, hablemos —le dijo.

Mi mamá salió hasta donde le daba sombra el techo de palma. El Paisa le decía que fueran a hablar a la cantina, y me miraba. Seguro que no quería que escuchara nada. Pero mi mamá no iba a dejar solo a mi papá.

—¿Qué necesita?

El Paisa se dejó de rodeos.

—¿Qué pensaste de lo que te dije?

—Pienso que Juan está vivo y no muerto. Lo que hablamos lo hablamos porque Juan estaba muerto. Pero está vivo. Ya no hay nada qué pensar.

—Mona, ¿y van a vivir con qué plata? Hasta donde sé, el Juan está arruinado, y si vos tenías algo, me imagino que lo lloraste con esas maletas. Es mejor que vendan. Además, como está la situación por acá y lo que se dice de Juan...

—A ver, ¿y qué se dice de mí? —se dejó escuchar mi papá desde adentro de la casa. Alcanzó la puerta cojeando y quedaron frente a frente, con mi mamá y yo en el medio.

—Juan, mejor te quedas acostado —dijo mi mamá queriendo atajarlo.

—Cómo así hermano, ¿es que no le has dicho a tu mujer que se van a tener que ir porque vos como que sos como amiguito de la guerrilla?

—Otro hijueputa con ese cuento. Eso rayaron en las paredes los que nos robaron. Y yo no soy ningún hermano suyo, no sea confianzudo, Paisa.

—Mano, ve, yo te tengo aprecio. Hace rato quería advertirte que lo mejor es que me vendás esas tierritas. Vos sabés que todo se está calentando por acá y que hay negocios grandes para los que están sacando a la guerrilla y sus colaboradores de la zona. Es mejor que hagás caso de las advertencias y te vayás. Dios no quiera y te pase algo a vos o a tus mujeres.

—¿Me está amenazando? ¡Ja! Óigame, Claudia, cómo le parece este agrandado —le dijo a la mujer que observaba callada junto al fogón, rodeada por sus hijos—. Así son todos estos paisas, vienen robando y se hacen los crucificados, y quieren que les rindan culto. ¿Que me vaya de mi tierra? ¿Fue a eso a lo que volvió por acá? ¿De quién será perro este? ¡A mí no me venga con cuentos!

—Pero cuál tierra tuya, güevón, si vos no tenés nada. Eso de la Bahía muchos dicen que te lo robaste, otros dicen que lo tenés con el buenvisto de los guerrillos, por colaborar con ellos. Chismes me han contando de qué pasó con los dueños anteriores. Pero yo ya sé que eso es de la mona. Vos sos un arrimado. Más

bien dejá que la mona me venda. Así salís con algo de donde no tenías nada y por ahí derecho limpiás tu nombre en la región cuando volvés a no tener nada. Mejor, cuando se sepa que nunca tuviste nada.

Mi papá se quedó callado unos segundos eternos. Yo ni escuchaba el mar. Sentía la tensión de algo que podía estallar en cualquier instante, ante el más mínimo movimiento, ante el sonido más suave. Varios hombres habían empezado a aglomerarse y todos estaban a la expectativa. Mi mamá me tomó en sus brazos. Mi papá habló y el mundo volvió a transcurrir.

—¿Que yo soy guerrillero?, a ver las pruebas... ¡Puro embuste!

—Hombre, puede que sea embuste, puede que no lo sea. Pero vos sabés cómo son las cosas por acá. No importa lo que yo crea, no importa lo que vos seás. Lo que importa es lo que cree la gente, esa es la verdad. Aquí los rumores matan. De todas maneras, Juan, es mejor que me vendás a mí y que quede en confianza, antes de que no tengás opción.

—Comprándole barata la tierra a la gente que sale asustada. Mejor dicho, asustar a la gente para que se vaya y venda barato. El diablo disfrazado de santo. ¿Y solo compra o también dispara?, ¿hace el trabajo sucio?, ¿o no le da? Tiene más huevos mi mujer, marica —cojo y todo, mi papá se le iba acercando al Paisa.

—¡Ah!, verdad que sos gallito de pelea. Hombre, pero yo no vine a pelear con nadie —se puso la mano en la cintura y sacó el revólver, que reflejó el brillo del sol.

Doña Claudia increpó a los hombres que miraban expectantes: “¡Vea, ¿van a dejar que ese cobarde le dispare a un moribundo?”. Los hombres miraron a Claudia y luego miraron al Paisa como si se le fueran a ir encima. El Paisa miró con sus ojos gatunos a los hombres con los que había bebido horas atrás y comprendió que estaba en desventaja. Dos hombres estaban a punto de abalanzarse sobre él, pero el Paisa les dijo:

—CÓMO ASÍ HERMANO, ¿ES QUE NO LE HAS DICHO A TU MUJER QUE SE VAN A TENER QUE IR PORQUE VOS COMO QUE SOS COMO AMIGUITO DE LA GUERRILLA?

—Yo prefiero no pelear, pero pues si toca, toca. Además, tranquilos, nada más lo iba a soltar, ni que me hiciera falta —y tiró el revólver a la playa. Claudia mandó a un hijo suyo a que lo recogiera.

—No sabe con quién se metió —dijo mi papá ya expectante.

—Vamos a ver, te vas a morir por bruto, por tomarte todo personal. Esto era mera cuestión de negocios. Pero venite pues.

Mi mamá me soltó y agarró a mi papá. Le dijo que así como estaba no le iba a ganar a nadie. Mi papá se enojó, la hizo a un lado y le dijo a Claudia que la sostuviera, que no dejara que se metiera, que él se tenía que hacer valer. Claudia la sostuvo. Ella empezó a gritarle a los hombres que no los dejaran pelear. Pero era bobada. Nadie se iba a meter desde que se mataran a puño limpio, como debía ser. Serví ese trago doble que se me paran los pelos por los nervios.

Cuando mi papá mandó el primer golpe yo quedé paralizada y ví que mi mamá se le soltaba a Claudia y corría hacia el lado de la cantina. Claudia la dejó ir, creyendo que se escondía de una tragedia. Yo me moví con la gente siguiendo la pelea. El Paisa lo esquivó

y comenzó a bailar alrededor de mi papá pelando el diente de oro. Reía y le decía “ooleeee” cada que esquivaba un golpe. Pero mi papá lo fue arrinconando contra el mar, hasta que se quedó sin para donde correr. La multitud hacía corrillo, gritaban: “dale Juancho, partile la cara a ese hijueputa”. Todos gozaban del espectáculo. Hasta que mi papá le asestó un golpe y el Paisa se lo devolvió. Se agarraron y se fueron al piso. Empezaron a dar vueltas y se notó que, aunque estuviera herido, en el piso mi papá tenía la ventaja. Se le sentó encima al Paisa y empezó a darle puños en la cara. La sangre del Paisa se regaba en la playa.

—Mejor me hubieras disparado cuando pudiste —le dijo mi papá.

—Qué va —dijo el Paisa y escupió el diente de oro mezclado en sangre.

Aprovechó que mi papá se distrajo hablando y con la mano libre sacó un puñal del pantalón y se lo enterró a mi papá en la pierna derecha, la misma que tenía herida, antes de que él pudiera hacer algo. Mi papá rodó por la playa y se desenterró el puñal. Cuando el Paisa lo iba a recoger, antes de que alguien pudiera detenerla, o que a alguien más se le ocurriera parar al Paisa por sucio, mi mamá apareció por detrás y le clavó un pico de botella en el estómago. Mi mamá siempre evitó hablar de cómo mató al Paisa, y por eso nunca supe con certeza, pero me gusta pensar que ese era el pico del botellón de aguardiente que se había quebrado en la panga del Paisa y que había llegado a la playa. Y antes de que este pudiera hacer algo, mi mamá recogió el puñal y se lo clavó en el cuello. No solo mi papá mataba por su mujer.

El Paisa cayó de rodillas al piso y entre el ahogo de la sangre luchó porque “perra” fuera su última palabra. Fue una muerte fea. Yo me tapaba y destapaba los ojos. Imaginate ver a tu mamá matar a alguien. Mi mamá quedó paralizada durante un tiempo viendo al Paisa agonizar. Yo corrí hacia ella y me pegué a su pantalón, llorando. Ella salió del ensimismamiento, me abrazó y luego corrimos hacia donde mi papá, que se revolcaba y también gritaba de dolor. Mi vestido amarillo se manchó de la sangre del Paisa.

Unos intentaron salvarle la vida, pero mi mamá lo había apuñalado directo en la yugular. Le amarraron una camisa al cuello y le presionaron la herida del estómago, pero nada funcionó. Visto desde mi teoría, el guaro lo mató. Por eso mejor el roncito.

Pero mi papá tampoco había salido bien librado. La puñalada también lo estaba haciendo perder mucha sangre y él de por sí ya estaba mal. Daba gritos de dolor y miraba al cielo como si fuera a desmayarse. Mi mamá, Claudia y yo lo rodeamos tratando de parar la sangre. Algunos hombres, bastante excitados por la situación, corrían entre uno y otro caído preguntándose qué hacer.

Cuando el Paisa se murió hubo un gran alboroto en el caserío. Había unos ofendidos porque mi mamá se había metido y lo había matado. Otros argumentaban que él se lo había buscado por traicionero. Que traición siembra traición. Que la mujer había hecho lo que tenía que hacer. Claudia, cuya influencia sobre los hombres era evidente, empezó a gritar que ese paisa se lo merecía por ambicioso. Que Juancho había hecho lo que todos tenían que hacer. Que ya muchos se habían ido con el mismo cuento. Que había que defenderse. Porque no siempre iban a llegar pidiendo el favor de que vendieran, que luego los iban a ir matando y eso lo sabían. Rápidamente, Claudia convirtió a mi papá en un mártir y al Paisa en el representante de un mal que se agitaba entre las sombras, en las selvas y los bajos mundos. Un mal que se iba a comer la región, que se comió al país.

Claudia y algunos hombres le vendaron la pierna a mi papá, que se desmayó del dolor. Mi mamá y yo estábamos pasmadas. Veíamos a la gente ayudar a mi papá sin saber qué hacer. Trataban de que no se muriera el que ya habíamos llorado.

En eso llegó un pescador que andaba en Turbo y, cuando vio el espectáculo y lo desatrasaron, dijo que más valía que ese desorden se arreglara rápido porque la navegación ya estaba normalizada y había escuchado que la Armada venía por los cadáveres del naufragio. Que por ahí en una hora y media debían estar llegando, según sus cálculos. A ese también lo convenció Claudia de que todo había sido culpa del Paisa y de que había que ayudarnos. ¿Por qué Claudia hacía tanto por nosotros? Pues por ahí decían, me di cuenta años

después, que mi papá era su cliente asiduo, quizás su más querido amante. Que tal vez alguno de esos muchachitos que me miraban era hermanito mío. Pero yo prefiero no darle crédito a esas mentiras. Mi mamá nunca las creyó y yo tampoco.

Pero no todo el pueblo se dejó convencer de Claudia. Varios hombres que rodeaban el cuerpo muerto del Paisa, que ensangrentaba la playa, nos miraban con rencor. Algunos discutían y otros simplemente salieron corriendo hacia las partes internas del caserío, hacia la selva, como en busca de algo o de alguien. Mi papá deliraba.

—Ustedes se tienen que ir ya. No sé qué vaya a pasar aquí, ya viene la Armada y hay un paisa muerto. Eso es grave. Además estos no se van a dejar manejar con ustedes aquí. Váyanse ya, yo arreglo este mierdero. Rodrigo, ayúdelos.

El lancharo se echó a mi papá al hombro. Él se despertó e intentó lanzar un grito que solo alcanzó a gemido. Cuando Rodrigo ya había acomodado a mi papá en la lancha y mi mamá y yo nos íbamos a subir, miramos al Paisa por última vez. La gente había hecho un círculo en torno a él y murmuraban cosas. Sí, otra vez escuchábamos el ruido del murmullo por encima de las olas. Entre el gentío logré ver que tenía los ojos completamente abiertos. Con todo y lo bellos, no le sirvieron para ver por dónde ni por qué mano le iba a llegar la muerte. En ese momento mi mamá pareció caer en cuenta de algo. Me subió a la panga y dijo que ya venía. Caminó por la playa hasta donde estaba el cuerpo del Paisa. La gente la vio venir y le abrieron paso. Le tenían miedo.

—¿Qué le está haciendo al muerto? Vean a esta loca profanando el cadáver. ¡Dios mío! —dijo una mujer, impresionada.

Mi mamá se agachó y metió la mano en el bolsillo de la camisa del Paisa. Ahí estaba la plata que le habíamos pagado por el viaje.

—¡Está robando al muerto! —dijo la misma vieja—. ¡Hagan algo!

Los hombres estuvieron a punto de detenerla, pero se quedaron quietos de nuevo cuando mi mamá los miró amenazante, con la plata en una mano y el puñal del Paisa en la otra. No hubo necesidad de más violencia. Claudia intervino y calmó a la gente. Les dijo que esa plata era de ella, que la dejaran ir. Y mi mamá se subió a la panga que Rodrigo arrancó, impresionado por lo que había visto.

—¿Pa' donde vamos, doña?

—No estoy segura —respondió angustiada mi mamá—. Lejos. Pero tenemos que pasar primero por la casa a recoger unas cosas. Llévenos al *Aguacate bay*.

—Seño, yo soy un hombre colaborador, y les quiero ayudar, pero mis hijos tienen que comer... y usted sabe, la gasolina está bien cara por estos días.

Mi mamá sacó los billetes arrugados, húmedos, que le había quitado al Paisa. Algunos estaban untados de sangre en las esquinas. Pero bueno, ¿qué dólar no está untado de sangre? Esa es la mera tinta y nunca ha importado.

—Mire, con esto debe alcanzar —respondió ella dándole una parte de los billetes, ya el palo no estaba para cucharas como para darle el fajo completo—. Vamos pues, que como decía un conocido mío, el muerto al hoyo y el vivo al baile.

—¡Sí, señor! —respondió el lancharo agarrando los billetes.

De camino al Aguacate mi papá recuperó la conciencia, comprendió la situación y dijo que teníamos que ir a La Miel. Que allá conocía a alguien que lo podría atender rápido, sin preocuparse porque los estuvieran buscando. Paramos en la Bahía. Era muy bello este lugar, todo lleno de palmeras, esta montaña llena de árboles, de aguacates. Va a ser una dura siembra, luego de tantos años... pero ya sembramos el primero, y de algo tienen que servir estos benditos aguaceros.

Mi mamá entró por las escrituras, metió ropa en un bolso y sacó el botiquín a ver qué se hacía con mi papá. Yo la veía moverse desde el muelle de la Bahía. Miró con tristeza la puerta caída y el desorden que habían hecho. Se habían llevado la plata. Afortunadamente las escrituras no. Miró el grafiti que ensuciaba la pared de la casa: «fuera guerrilleros hptas». Miró las cabañas a medio hacer y se subió de nuevo a la panga.

—¿Y entonces? —preguntó Rodrigo.

—Lo que dijo Juan, vamos para La Miel.

¿Se acabó el ron? Servime aguardiente, entonces. Ahí hay Antioqueño, eso, pasame la botella. El Paisa no mató a mi papá, qué lo iba a matar. Lo que lo mató fueron las heridas que le hizo el mar. El mar mató a mi papá. Lo que hizo el Paisa solo fue volver a abrirle las heridas que apenas se habían cerrado y empeorar la infección con la puñalada. Pero bueno, pagó su osadía. Mi mamá y Rodrigo hicieron por mi papá todo lo que pudieron, pero él no llegó a La Miel. La lancha hizo un alto bajo un cielo completamente despejado, desde donde el sol nos rajaba la piel. Cuando mi papá se nos murió en los brazos, ninguna quiso cerrarle los párpados sobre los ojos que habían bailado en un gesto doloroso por huir de la luz, hasta que se fueron quedando quietos, tranquilos, mirando con una mueca de tristeza. Lo que hicimos después es una vergüenza que persiguió a mi mamá hasta la muerte y que me perseguirá a mi también, pero teníamos que sobrevivir y no podíamos andar por ahí con un cuerpo, mucho menos pasar una frontera. ¿Que qué hicimos?... ¿qué íbamos a hacer? Rodrigo la convenció de que era la mejor opción... mi mamá prometió que iba a volver para estar al pie suyo y mi papá se hundió, mirándonos, entre las olas. Y tardó pero cumplió. Ahí sube la marea, la espuma se riega sobre la playa como una mortaja, si nos descuidamos nos entierra. Y mirá, el agua casi, casi abraza el palo. Tarde o temprano la va a arrastrar con él.

EL HOMBRE MÁS RIDÍCULO DEL MUNDO



Autor
Laura Vargas



Editor
Paola Moreno

Se fue.

Estiro la mano debajo de las sábanas y tanteo el colchón, pero Camila no está. Su lugar de la cama está frío. No la sentí irse. Tampoco se despidió como siempre lo hace, me habría dado cuenta.

Me levanto y voy hacia la cocina, pero tampoco está ahí. La busco por todo el apartamento.

Se fue. ¿A dónde?

Nada indica que haya salido de afán por algún evento de la oficina (cuando eso sucede encuentro su pijama en el suelo y las puertas del closet abiertas), tampoco que haya salido a hacer deporte y vaya a regresar pronto: sus tenis están donde siempre los guarda.

Le doy un segundo recorrido al apartamento. Todo se ve como siempre, sin alteraciones. Solo hay una cosa fuera de lugar, hasta ahora la noto: la maleta roja, esa con la que llegó el día que se mudó conmigo, está bajo el perchero de la entrada. ¿Habré olvidado algo? Un viaje lo explicaría todo y es probable que, con lo que me ha estado pasando, yo lo haya olvidado. Probablemente Camila volverá pronto a recoger la maleta y me recordará, un poco irritada por mi olvido, que se va uno o dos días a Cartagena, a Medellín o a Barranquilla, que tiene tal y tal reunión, que su jefe la necesita. Su jefe, esa mujer alta y bonita que siempre llama en las tardes. Rocío.

Voy al baño. Abro el botiquín: hoy me toca la duodécima dosis. Emocionado, me miro en el espejo después de ponerme la inyección. Puedo ver algunos cambios aunque hoy es uno de esos días en los que me gustaría que todo sucediera más rápido. ¿Me crecerá pronto la barba? Mientras estudio los tres pelitos que alcanzo a vislumbrar en mi barbilla descubro sobre el lavamanos la bolsa de

maquillaje que Camila y yo compartíamos y que ahora le pertenece solo a ella. Por lo que veo se ha maquillado antes de salir. Nada raro, me digo, hasta que descubro, al esculcar un poco, que tiene algunas cosas nuevas que no reconozco. Antes era yo quien usaba más esa bolsa y quien la llenaba de nuevos productos. Antes, cuando trataba de convencerme de que “Sofía” sí era yo mismo, cuando todavía luchaba contra esto. Camila, en cambio, se maquilla poco, solo porque en el trabajo le exigen que esté formal (a su jefa le gusta verla maquillada).

Odia dedicarle demasiado tiempo a su aspecto y por eso compartíamos la bolsa, mi bolsa. La de Sofía.

Cuando Luis, mi ex, me la regaló, dijo que la había comprado para ver si le cogía más gusto al maquillaje. Hasta ese día yo guardaba lo poco que tenía (un delineador sin punta, un brillo labial y unos polvos demasiado pálidos para mi tono de piel) en lo que durante mi último año de bachillerato había sido mi cartuchera. Luis la descubrió un día que me ayudaba a organizar el baño de mi casa y decidió que había que deshacerse de ella: “Ya no eres una niña chiquita, Sofí, y esta cosa tiene tantos años que ni siquiera tiene pinta de cartuchera”.

Pobre Luis, si supiera lo que ha sido de su regalo cinco años después. Todavía debe arrancarse mechones de pelo cada vez que piensa en mí, como hizo el día que descubrió los mensajes que Camila y yo nos mandábamos. “Y es que, Sofí, yo cogí tu celular pensando que estabas con otro tipo, pero esto ya es el colmo. ¿Cómo quieres que compita con una mujer? No, yo con eso sí no puedo”. Eso fue lo último que me dijo y no me dio tiempo ni de responderle antes de que cogiera la bolsa en la que había empacado lo poco que tenía en mi casa y se fuera. Estaba indignado, como si yo no hubiera pasado noches enteras comiéndome las uñas cada vez que él desaparecía con alguna de sus amigas. “Quién lo manda a meterse con tu celular, debió esperar a que tú le dijeras”, fue lo único que opinó Camila al respecto. No le gusta que hablemos de Luis, pero si lo menciono me escucha pacientemente hasta que me callo y suelta algún comentario para cerrar el tema.

**SOLO HAY UNA COSA
FUERA DE LUGAR, HASTA
AHORA LA NOTO: LA
MALETA ROJA, ESA CON
LA QUE LLEGÓ EL DÍA
QUE SE MUDÓ CONMIGO,
ESTÁ BAJO EL PERCHERO
DE LA ENTRADA.**

**¿HABRÉ OLVIDADO
ALGO? UN VIAJE LO
EXPLICARÍA TODO Y ES
PROBABLE QUE, CON
LO QUE ME HA ESTADO
PASANDO, YO LO HAYA
OLVIDADO.**

Dejo la bolsa donde estaba luego de esculcarla un poco más para hacer una lista mental de los objetos nuevos que encontré en ella: sombras de colores menos pálidos (incluso hay una verde, nada que ver con el gusto de Camila), un encrespador de pestañas y un cepillo grueso para el rubor. ¿De dónde habrán salido? No he notado estos días ningún cambio en su aspecto que me haga pensar que los ha usado, pero cuando miro más de cerca veo que lo ha hecho al menos una vez.

La imagen de la maleta vuelve a mi mente y voy hacia la entrada. Con una mano la levanto: está llena. Antes de abrirla me detengo. Este no soy yo, no soy ese tipo de hombre, de novio, que revisa las cosas de su pareja.

Regreso al baño y abro la ducha. Me repito que no, que no somos como esas parejas y que no debo entrometerme. Me desnudo y la imagen en el espejo me deja pasmado. Por primera vez desde que empecé el proceso me doy cuenta de lo mucho que pueden cambiar las cosas con Camila. ¿Es lo mismo vivir con Daniel que con Sofía? No, la bolsa de maquillaje me da la respuesta: todo está cambiando. Me ducho y me visto sin ganas, pendiente por si oigo que llega. Quiero preguntarle. Necesito preguntarle.

Camila no llega y yo ya estoy listo para salir al trabajo, no puedo esperar más. Le dejo una nota: “Nos vemos al almuerzo”. Hoy ambos tenemos jornadas cortas, hoy es el día de estar juntos. Empaco un banano y unas nueces, pues ya es muy tarde para hacerme algo de desayuno. Salgo con mi bicicleta sin poder dejar de lado la duda: justo antes de cruzar la puerta me tropiezo con la maleta roja. Sea lo que sea que tenga dentro, está llena.

Parqueo la bicicleta y camino hacia el departamento. Me rindió y llegué quince minutos antes de lo que tenía planeado, pero aun así siento como si hubiera olvidado algo. Reviso mi maleta: todo está en orden. Reviso mi agenda: no tengo ninguna cita hoy. En todo caso, la sensación persiste.

Al llegar al departamento de Humanidades y Literatura saco mi carnet de la billetera para poder pasar por el torniquete que bloquea la entrada y saludo con un gesto al guardia que, al reconocermelo, asiente y me desea un buen día. Atravieso el jardín en el que algunos estudiantes leen y entro al edificio por el pasillo que lleva a mi oficina.

—Buenos días..., Daniel. Su novia llamó hace unos minutos y me pidió que le dijera que tuvo que salir antes de la casa por un asunto de trabajo.

Carolina, la secretaria del departamento, evita mirarme mientras me habla. Sabe que he notado la pequeña pausa, ese otro nombre que ha estado a punto de salirse de los labios. “Daniel” es todavía extraño en su boca, tanto para ella como para mí, pero me agrada que ya pueda decirlo. Entro en mi oficina y reviso el celular. Camila no me escribió ni me llamó; prefirió llamar directamente aquí. ¿Habrá calculado el tiempo para hacerlo antes de que yo llegara? No, ¿por qué lo haría? Seguramente no se fijó, seguramente está tan llena de trabajo que no pensó ni en eso.

Carolina habla afuera por teléfono y teclea en su computador. Podría preguntarle y averiguar a qué hora llamó Camila, pero no quiero enfrentarme a la esquiva mirada de la secretaria por un rato. En lugar de eso prendo el computador y me dedico a revisar las reseñas de la clase de español (la que menos me gusta dictar) que mis estudiantes tenían que subir anoche a la página para que yo las corrigiera. Solo son ocho, las de los ocho estudiantes que no retiraron la clase a las pocas semanas de comenzar el semestre. Los ocho fieles, les digo siempre, los que no se asustaron al verme.

Fieles y todo, la mayoría no logró hacer lo que les pedí: tenían que reseñar un texto y, a pesar de que estuvimos dos semanas analizándolo en clase, desmenuzando su estructura, entendiendo cada argumento, mis estudiantes no parecen tener algo que decir sobre él. Esta es la segunda reseña que les pido y, a raíz de lo que veo, creo que les cuesta tener que hacer una parte crítica. Con los resúmenes no tenían problema, pero ahora les estoy pidiendo que

dialoguen, que critiquen, que pregunten y lo único que obtengo es un resumen más. No buscaba que me explicaran lo que dice (en algunos encuentro pasajes prácticamente calcados del texto), sino que señalaran lo que no los convencía, las implicaciones que creen que lo dicho ahí puede tener en nuestras vidas, lo que les llamó la atención, etc. Ni siquiera Sara, la única estudiante de los ocho que no está en los primeros semestres (dejó esta clase para el final de su carrera y ahora la está viendo porque es un requisito para graduarse), logró ir más allá de repetir lo básico, de resumir las ideas. Me decepciona; esperaba algo interesante de su parte. Pensé que en ella encontraría una interlocutora capaz de debatir sobre el tema. Sé que podría, pero algo la detuvo. ¿Pereza? ¿Falta de interés?

Me aburro de corregir y decido estirarme un poco. El teléfono fijo que tengo en el escritorio suena justo cuando me pongo de pie. Carolina me grita desde su oficina que es Camila. Contesto y me doy cuenta de que tengo el pulso acelerado.

—¿Aló? ¿Amor? —Al hablar recuerdo la maleta y siento que el pulso se me acelera más.

—Hola, Dani. Perdón por no haberte despertado antes de irme. Tuvimos una emergencia y Rocío me pidió que viniera rápido. ¿Recibiste mi mensaje?

—Sí, Carolina me lo dio, pero habría preferido que me llamaras al celular, estaba muy confundido.

—Lo siento. La verdad es que había dejado el celular en mi escritorio y cuando llamé estaba en la oficina de Rocío, me pareció más fácil llamar del fijo y dejarte el mensaje con Carolina.

Camila se ríe y puedo oír otra voz al fondo que le dice algo.

—¿Y cuál era la emergencia? —pregunto.

—¿Qué? —Risas.

¿De qué se ríen? ¿Con quién está?

—Que cuál era la emergencia de Rocío.

**LA IMAGEN DE LA MALETA
VUELVE A MI MENTE Y
VOY HACIA LA ENTRADA.
CON UNA MANO LA
LEVANTO: ESTÁ LLENA.**

**ANTES DE ABRIRLA ME
DETENGO. ESTE NO SOY
YO, NO SOY ESE TIPO DE
HOMBRE, DE NOVIO, QUE
REVISA LAS COSAS
DE SU PAREJA.**

—Ah, una cosa aburridísima, lindo. Simón olvidó enviar un correo muy importante anoche y tuve que venir a arreglar todo con el cliente.

—¿Y por qué no fue Simón a arreglar el problema? —No quiero sonar como estoy sonando. Ese no soy yo.

Camila se queda callada como si hubiera notado el cambio en mi voz al hacer la pregunta. Me siento ridículo y pienso en cómo disculparme, pero ella se adelanta.

—Ay, amor, tú sabes que él casi nunca contesta a tiempo y Rocío necesitaba a alguien con urgencia. Además yo tengo más experiencia.

—Claro, tiene sentido: eres indispensable, puedo entender eso. Se ríe de nuevo y oigo la otra voz, tal vez Rocío, que la llama.

—Lindo, tengo que colgar. Nos vemos al almuerzo y me cuentas cómo has estado, ¿vale?

—AY, AMOR, TÚ SABES QUE ÉL CASI NUNCA CONTESTA A TIEMPO Y ROCÍO NECESITABA A ALGUIEN CON URGENCIA. ADEMÁS YO TENGO MÁS EXPERIENCIA.

Nos despedimos y cuelga. No le dije nada sobre la maleta porque no quería que se sintiera interrogada. Sé que se dio cuenta del cambio en mi tono de voz, pero yo no soy así, nosotros no somos así. Sofía y Camila no eran así, no tienen por qué serlo Daniel y Camila.

Salgo de la oficina al baño. Parece ser un buen momento para hacerlo porque el departamento está casi vacío. Sin embargo, cuando llego frente a las puertas me doy cuenta de que no estoy solo. La puerta de la izquierda, el baño de “mujeres”, con su muñeca con falda está abierta. La otra, la del muñeco sin falda, el baño de “hombres”, está cerrada y puedo oír a alguien lavarse las manos. Mi primer impulso es devolverme a la oficina y esperar que el baño quede libre, luego pienso en usar el otro baño. No hago nada: cualquiera de las dos opciones.

En realidad nunca he sentido que importe el baño al que uno entre, pero las miradas de los otros cada vez que, según su criterio, yo me equivocaba de baño me han impulsado estas semanas a hacer uso exclusivo del baño correspondiente a mi género: nada de faldas. Eventualmente, me prometo cada vez que espero frente a esa puerta, volveré a usar el baño que encuentre libre sin importar el muñeco que tenga en la entrada.

La puerta del muñeco sin falda se abre y sale Roberto, el profesor de siglo XIX. Roberto y yo nos conocemos desde el pregrado, pero él actúa como si no fuera así. Sin mirarme murmura un “buenos días” seco y desaparece por el pasillo. Su actitud hace que el acto de entrar en el baño se sienta como un gran triunfo y me lo imagino en su oficina irritado de saber que yo también tengo derecho al baño del muñeco. Seguramente está tratando de olvidar la vez que me invitó a salir cuando comencé a trabajar aquí. Me dijo que no le importaba que yo saliera con Camila. Al parecer para algunos eso de competir con una mujer no es un problema. Pero haberle coqueteado a una que ahora es hombre, aparentemente es otra cosa.

Estoy de nuevo en el apartamento esperando a Camila. La maleta roja sigue donde la dejé, desafiante, pero no me acerco a ella para evitar la tentación de abrirla. Me repito una y otra vez que mi cambio no puede incluir ese tipo de comportamientos, que ese no soy yo y nunca he sido yo. Daniel nunca fue eso y no debe convertirse en eso. Camila y yo estamos muy bien así y no debo ni quiero arruinarlo todo. Camila y yo estamos bien, a pesar de todo. El miedo a perderla fue lo que me hizo dudar durante tanto tiempo si hacer el cambio o no, y si ella no se hubiera dado cuenta no sé cómo habría logrado armarme de valor para decirle. Me empujó a hacerlo, me celebró cada paso.

Se abre la puerta y entra Camila con el casco de la bicicleta aún sobre la cabeza. Sonríe y yo le sonrío también. Me acerco a besarla, pero en lugar de sus labios me choco con su mejilla. Protesto y ella se disculpa diciendo que, como en la mañana tuvo que salir de afán, no se ha lavado los dientes en todo el día. Me río y la beso, ahora sí, en la boca. Efectivamente su aliento no es el más agradable, pero después de la mañana que tuve no puedo sino alegrarme de poder besarla. La miro, pero ella se suelta rápidamente de mis brazos, se quita el casco y comienza a sacar cosas de la nevera.

—Primero la comida, ¿no? —le digo.

—Siempre. A menos que quieras un monstruo por novia.

Me río porque sé que es cierto: si Camila tiene hambre, todo lo demás la irrita. Me acerco y le toco el hombro. Ella me mira y entiendo que quiere que le dé su espacio. No debe haber comido nada en toda la mañana.

—¿Y es que Rocío no te alimentó hoy en la oficina? Es lo mínimo después de que te hizo madrugar tanto.

Camila no responde; solo sirve las lentejas y el arroz en dos platos y mete uno en el microondas. El hambre debe estar en su punto más insoportable (su mandíbula está tensionada, puedo verlo), por lo que decido que es mejor callarme. Me dedico a mirarla mientras tanto. Tiene puesta una camisa azul clara que no le conocía y unos pantalones negros que compramos juntos hace unos meses. Su pelo está recogido en una cola de caballo, un poco sucio y aplastado por el casco que tenía puesto. Está maquillada, pero solo un poco, nada de tonos verdes o de rubor. La nariz le brilla, al igual que la frente y tiene las mejillas coloradas todavía. Imagino que querrá darse una ducha y decido proponerle, una vez esté de mejor humor, que nos duchemos juntos. Luego podemos echarnos toda la tarde en la cama y ver alguna cosa.

Camila me mira. Sonríe con la mitad de la boca y saca el primer plato del microondas. Mete el otro, pone el tiempo y se sienta a comer.

La idea de la ducha me da vueltas en la cabeza y me impacienta. Me imagino su cuerpo contra el mío, el agua caliente en mi piel, ella sonriente por fin. Todo mi cuerpo lo pide. Necesito relajarme y necesito estar un rato con ella, un rato que disfrutemos. Me doy cuenta de que hace mucho no nos bañamos juntos y justo ahora no recuerdo cuándo fue la última vez que pasamos un buen rato desnudos, desnudos de verdad y no solo porque la rutina lo exige. Le doy vueltas a la idea de la ducha y me dejo llevar. No. No le voy a proponer que nos echemos. Necesito otra cosa, necesito más.

—Amor, tu plato —me dice.

Saco mi comida del microondas y me siento frente a Camila en la mesa.

—¿Cansada?

—Sí, la verdad es que sí. Me duele la espalda y me siento un poco mareada. No dormí sino cuatro horas anoche. Cada pedaleada de camino aquí me costó muchísimo.

—Me asusté cuando vi que no estabas en la cama. ¿Por qué no me avisaste? —Creo que soné lo suficientemente tranquilo como para no incomodarla.

—Tuve que salir muy rápido y era muy temprano. No creí que tuviera sentido despertarte. Además yo no estaba pensando con claridad porque seguía medio dormida.

Me río, pero no me sale natural. Noto un tono frío en su voz y no estoy seguro de si estoy imaginándomelo.

—Estaba pensando que, ya que estás tan cansada, podríamos darnos una ducha juntos y luego, no sé, lo que prefieras hacer.

Me siento ridículo. ¿Por qué no hago la pregunta directamente? ¿Qué es eso de "...no sé, lo que prefieras hacer"? Me faltó guiñarle el ojo y listo: el hombre más ridículo del mundo.

—Digo, me gustaría tener sexo. A eso me refiero.

Camila se queda callada. No sé si va a reírse; es posible. No sé si prefiero eso o que ignore mi torpeza. No sé. Solo quiero que diga que sí. Que diga que sí y poder relajarme y olvidar la maleta por un rato. Si dice que sí significa que no tengo que preocuparme.

—La verdad es que me siento muy cansada, lindo. Prefiero ducharme rápido y dormir una siesta.

La miro y mi cara debe ser muy expresiva porque Camila me coge las manos y me mira como si se sintiera culpable.

—Lo siento. No es que no quiera, pero no me da el cuerpo. Podríamos dormir juntos una siesta y ver si cuando me despierte estoy con ganas, ¿no?

Siento un vacío en el estómago y no entiendo por qué. Esto pasa a veces. A mí también me pasa que hay momentos en los que no quiero tener sexo con ella porque me siento cansado. No tiene nada de malo, es completamente comprensible. Sé que eso es lo que debería decirle y tengo que dejar de poner cara de desamparado. No es justo con ella. Este no soy yo. ¿Quién soy? Me siento incómodo y torpe, como si no nos conociéramos.

—Claro —intento sonreír, pero no me sale. Esto es un desastre.

Me paro y recojo los platos, los lavo en silencio y puedo sentir a Camila pararse y venir hacia mí. Me abraza.

—Te amo —“Te amo”. Sí, a pesar de que me estoy portando como un imbécil.

Me besa el cuello y se va al baño, probablemente a ducharse. Sin mí. Imbécil, de nuevo. En vez de pensar tanto en estas cosas mejor pienso en una forma de hacerla sentir mejor después del día que ha tenido. Podría ayudar que le tenga lista una bolsa con agua caliente en la cama para que se recupere un poco. Voy por la bolsa al cuarto y, mientras el agua caliente, bajo la persiana y destiendo la cama. Puedo oír el agua que cae de la ducha. La tetera silba y voy a llenar la bolsa, me quemo un poco, pero no me importa. Quiero que Camila se recupere, me gustaría pasar una buena tarde con ella, puede que incluso después de la siesta se sienta con ganas de tener sexo. Sonrío: eso sería genial.

Meto la bolsa entre las cobijas y me siento a esperar que Camila salga de la ducha. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que entró?

**—ME ASUSTÉ CUANDO VI QUE NO ESTABAS EN LA CAMA. ¿POR QUÉ NO ME AVISASTE? —
CREO QUE SONÉ LO SUFICIENTEMENTE TRANQUILO COMO PARA NO INCOMODARLA.**

Por lo que oigo, el agua sigue cayendo y Camila tararea alguna canción que no logro reconocer. ¿No que quería darse una ducha rápida? Puede que se haya arrepentido y ahora no quiera salir. ¿Y si entro? No. Ella dijo que quería ducharse sola. Seguro no se demora mucho más.

Pasan cinco minutos y por fin oigo que cierra el agua. ¿Estará bien si entro ahora? Siento ganas de tenerla cerca. Podría entrar y sentarme en el inodoro mientras ella se echa alguna crema y se pone la pijama, podría contarle de los trabajos de mis estudiantes y pedirle algún consejo.

¿Estará de ánimo para eso? También puedo simplemente acompañarla en silencio como hice antes en la cocina. En todo caso este no parece ser el mejor día para hablar cosas, estoy muy torpe y ella muy irritable. No logro contenerme y entro.

Cuando abro la puerta del baño me encuentro a Camila lista para salir de ahí. Me besa en la mejilla —¿por qué hoy le dio por besar-me ahí?— y se dirige a la cama. Yo la sigo. Me quito los pantalones y me meto en la cama.

—¡Ay! Me pusiste la bolsita, eres un amor. Justo estaba a punto de pedirte que me la trajeras.

—Yo te conozco —le digo mientras nos arrunchamos en la cama.

Ella me da la espalda y yo la abrazo. Le encanta que la arrunche así. Su cuello me queda pegado a la nariz y puedo oler el champú que usó. Tiene el pelo recogido para que no me incomode la cara. Me coge una mano y la pone contra su pecho. Murmura algo, pero no le entiendo bien. Poco a poco puedo sentir cómo se relajan sus músculos, incluso los de su mandíbula: se duerme. Me siento mejor. Le beso el cuello y cierro los ojos.

Me despierta el timbre del celular de Camila. Ella sigue dormida y yo me paro a buscarlo. Está en el baño. Lo cojo, todavía algo dormido, y miro quién es: “Rocío”. Ese nombre me despierta completamente. Esto no es bueno, no puede serlo. Quiero apagar el celular y volver a la cama, pero Camila se molestaría si lo hiciera. Contesto.

—¿Sofía? —dice la voz al otro lado.

—Daniel —respondo. Noto que intento poner la voz un poco más grave. Ella sabe, supo desde el principio, y aun así actúa como si mi nombre fuera algo nuevo, algo que no ha logrado aprenderse.

—Daniel —dice aparentemente molesta—, necesito a Camila.

—Camila está dormida. Llegó agotada de la jornada de hoy, ¿quieres que le dé algún mensaje?

Puedo percibir cómo se molesta más al otro lado del teléfono.

—No, mira, lo que pasa es que tiene que venir porque la cosa con el cliente se complicó otra vez y no tengo a nadie más que me ayude con eso.

—¿No puedes decirle a Simón? Realmente Camila está agotada y no creo que tenga sentido despertarla.

—Daniel —Rocío hace un énfasis que me molesta cada vez que dice mi nombre—, es urgente, necesito a Camila ya. Ella me dijo que la llamara si necesitaba cualquier cosa.

Camila se despierta y me pregunta desde el cuarto qué pasa. No puedo hacer nada: le paso el celular.

—Es Rocío que aparentemente no puede vivir sin ti —le digo irritado.

Ella recibe el celular y, contra todo pronóstico, contesta muy animada y no como si acabara de despertarse. Camila suele tomarse un rato para funcionar con los demás cuando se despierta de una siesta: solo habla con monosílabos y actúa como si todo a su alrededor fuera terriblemente irritante. Nunca la había visto así de animada en este tipo de circunstancias. Así no es ella.

—¡Claro que sí! Nos vemos en media hora...No, fresca, no te preocupes, si no me cuesta nada...tú sabes que él me cuida siempre el sueño, es eso, pero no hay problema...sí, sí...Ya nos vemos.

Camila se levanta y va a vestirse. La bolsa de agua caliente cae al piso, la recojo. Voy a la cocina a vaciarla y a dejarla secar sin poder quitarme la irritación. No entiendo por qué Camila no le pone límites a esa mujer. No tiene sentido. Salgo de la cocina, cuya puerta queda justo al lado de la entrada de la casa, y me golpeo el dedo pequeño del pie con la maleta roja. ¡La maleta! Me había olvidado de ella y ahora todas las preguntas vuelven a mi cabeza y se mezclan con el dolor del golpe y la irritación de que Camila se vaya de nuevo a trabajar. Cojeo hasta el cuarto y la encuentro lista para salir.

Al verme se da cuenta de que algo anda mal y trata de ayudarme a llegar a la cama. Me besa y me abraza disculpándose por tener que dejarme. Promete que volverá a tiempo para cenar y me pregunta si necesito hielo para ponerme en el dedo. No quiero que me suelte, quiero que me traiga el hielo y se quede toda la tarde dándome abrazos y descansando conmigo, pero mi irritación es tal que no le respondo sino con un gruñido.

**—¿NO PUEDES DECIRLE
A SIMÓN? REALMENTE
CAMILA ESTÁ AGOTADA
Y NO CREO QUE TENGA
SENTIDO DESPERTARLA.**

—No fue nada, solo me pegué con esa maleta de mierda que dejaste en la entrada. Mejor vete ya que esa jefa tuya está desesperada sin ti. Por eso uno no trabaja para sus amigos; se aprovechan demasiado.

Por más que intento detectar algún tipo de reacción en Camila ante la mención de la maleta (o de Rocío), no lo logro.

—Vale, amor. Pues nos vemos luego, ¿sí? Yo trato de no demorarme.

—Eso espero —le digo.

Se va y me quedo solo en el cuarto desordenado. Ya no me duele el dedo, pero me siento ridículo sentado en la cama sin pantalones y con el pelo todavía revuelto por la siesta. Siento ganas de volver a echarme, pero la cama ya no está tan caliente y ya no tengo sueño. Me pongo el pantalón a pesar de que estoy solo en la casa e intento poner en orden el lugar. Es entonces cuando vuelvo a acordarme: la maleta. Corro hasta la entrada con el mismo vacío en el estómago que tenía esta mañana, pero la maleta sigue ahí. No se la llevó: va a volver.

Regreso al cuarto conteniendo las ganas de revisar lo que hay en ella. No puedo caer tan bajo. Intento calmarme y convencerme de que todo está bien, pero me cuesta. Si todo está bien, ¿por qué Camila no me quiso besar en toda la tarde? ¿Por qué no me dejó deshacerme de Rocío y quedarse conmigo? ¿Por qué no quiso tener sexo cuando se lo propuse? No dejo de pensar que hay algo muy raro, que algo no está bien.

Entro al baño y recojo la toalla que Camila dejó tirada en el piso. Me veo en el espejo y, al verme, recuerdo mi conversación con Rocío: “Sofía”. Me parece increíble que después de todos estos meses todavía me diga “Sofía” y finja que se trata de un error. Ella nunca estuvo de acuerdo con este tipo de procesos. Una mujer, decía Rocío desde que la conocimos, debe permanecer fiel a su género y no “pasarse al lado oscuro”.

“Hombres” dice exasperada cada vez que puede. “Es que con una sola neurona es bien difícil que no sean bestias” nos dijo cuando, hace unos años, le conté de la reacción de Luis ante mi lesbianismo. “Ese tipo es el ejemplo perfecto, Sofía, ese man tenía demasiado subida la testosterona y obviamente no iba a poder competir con Cami. ¡Imagínate! Le habría tocado dejar de ser tan machito, dizque revisándote el celular. ¡Hombres!”. Y así puede seguir durante horas si uno la deja: que no hay nada más celoso que un tipo y que hasta logran que parezca que las celosas son las mujeres, que “entre nosotras nunca nos celamos” y que eso solo pasa en las relaciones heterosexuales. Si a alguien se le ocurre recordarle que su amiga x le revisó el correo electrónico a su pareja cuando creyó que le estaba poniendo los cachos, Rocío le quita importancia y explica que x creció con puros tipos en la casa y que aprendió de ellos a relacionarse con la gente o algo así.

Cuando Camila le anunció que yo había tomado esta decisión casi se pone a gritar. Para ella, yo estaba siendo terriblemente injusto con mi pareja al ponerla en una situación así. Una vez incluso la escuché decirle por teléfono que si yo había decidido hacer el cambio entonces que ella no veía por qué seguíamos viviendo juntos: “tú eres lesbiana, Cami, a ti no te gustan los tipos”. La escuché

por error, el volumen del celular estaba muy alto y yo estaba muy cerca de mi novia mientras hablaban. No me preocupó, Camila se había mantenido siempre firme en su decisión de estar conmigo a pesar de que esos comentarios eran recurrentes y no solo de parte de su jefa. “Me gusta Daniel, no lo que tenga entre las piernas ni cómo decida llamarse”, decía. ¿Todavía pensaba así?

“Lo que la gente como Rocío no entiende es que tú no te estás convirtiendo en otra persona, sino que estás siendo tú mismo, de la forma más tuya posible”, dijo una vez. Es cierto: yo siempre he sido Daniel. Pero, ¿y si Rocío tenía razón? El recuerdo de la negativa de Camila de tener sexo conmigo esa tarde vuelve a mí: ¿y si por mucho que quiera no le gusto ahora que mi cuerpo está cambiando tanto? “Tú eres lesbiana, Cami”. Claro, eso es lo que le conviene a Rocío, porque ella también es lesbiana, es mujer y planea seguir siéndolo. ¿Realmente necesitaba a Camila o era solo una excusa para verla?

—¡Para! —me digo en voz alta.

Este no soy yo, esto no es lo que Daniel debe ser. Pero en mi cabeza la historia se va tejiendo a medida que me crece el vacío en el estómago: Camila no quería besarme hoy, no quería tener sexo conmigo, no quería que nos ducháramos juntos, es la segunda vez que sale corriendo a encontrarse con Rocío... ¡Ni siquiera parecía molesta de tener que salir de nuevo!

—¡Para!

Pero no paro y sigo tejiendo y tejiendo mis ideas. ¡La maleta! ¿Qué tiene esa maleta adentro?

Antes de que me dé cuenta, ya la tengo casi completamente abierta. Me congelo y la cierro de nuevo. ¿No es esto una forma de darle la razón a Rocío? ¿No es esta una forma de “pasarme al lado del mal”, de ser como los “machitos” que ella tanto odia? No puedo creer que esté llegando a esto: el típico novio controlador y celoso,

**—VALE, AMOR. PUES NOS
VEMOS LUEGO, ¿SÍ? YO
TRATO DE NO DEMORARME.
—ESO ESPERO —
LE DIGO.**

ese del que siempre nos burlábamos cuando yo me llamaba Sofía y apenas estaba descubriendo a Daniel. El típico novio celoso, el coco del que Rocío no deja de hablar: el hombre posesivo. Igualito a Luis. ¿Qué hago? Nunca me había sentido celoso, nunca había tenido que lidiar con este vacío que ahora siento que crece y crece y crece. Me alejo de la maleta.

Tengo que parar y hablar las cosas con Camila. Esta misma noche tengo que ser sincero con ella y decirle que me siento inseguro, pero no voy a revisar la maleta. Regreso al cuarto y me acuesto en la cama. No está tan mal tener un momento para mí que no sea en la oficina, ¿verdad? Puedo ver algo y quedarme dormido mientras ella llega. Prendo el televisor y busco algo para ver, pero mi mente siempre vuelve a la maleta. Cada cierto tiempo miro la hora en mi celular, pero no sé realmente a qué hora va a regresar Camila, entonces no me ayuda. ¿Y si la llamo? Puedo proponerle que nos veamos en algún sitio, que la recojo en un taxi para que vayamos a comer. No quiero cocinar y seguro ella tampoco.

Una hora y media después de que se fue decido llamarla: rechaza mi llamada tres veces. Me llega un mensaje al celular: “Ahora no puedo hablar, te llamo luego”. Es uno de esos mensajes predeterminados, ni siquiera pudo escribirme uno ella. ¿No es raro? Bueno, pues nada. Entonces no habrá invitación a comer.

Son las seis y media y ya está oscureciendo. No debe demorarse mucho en salir. Pongo un documental sobre jirafas que dejamos grabando el otro día. Era para que lo viéramos juntos hoy, pero decido empezarlo por mi cuenta. Después de todo ella ni se acordó de que teníamos planes.

El tiempo pasa lento, pero ya son las siete y veinte. Ahora sí que debe estar por llegar. La llamo de nuevo y de nuevo me cuelga. Otro mensaje: "Ahora no puedo hablar, te llamo luego". Lanzo el celular sobre la cama para no verlo más. Me siento irritado. ¿Y hasta qué hora pretende que la espere?

En el televisor una madre jirafa camina con su cría en busca de agua. ¿A dónde fue?

¿Estará realmente en la oficina? Podría llamar y preguntarle a la secretaria, aunque probablemente ya haya salido a su casa, ella sí. ¿Y si no fue a la oficina? ¿Y si Rocío la citó en otro lugar? La imagen de Rocío se me viene a la cabeza. Rocío y su pelo largo y crespo que a nosotros tanto nos gustaba. Rocío y sus piernas largas. Rocío y su voz suave. Rocío siempre tan femenina con sus vestidos caros. Rocío y su amor por las mujeres guapas, como Camila. Rocío y Camila, tiene sentido. ¿Cómo no lo vi antes? Rocío y su gracia. Rocío y su inteligencia. ¿Cómo ganarle a eso? "Ganarle", si ella pudiera escucharme me diría que "ya se me subió la testosterona y ya estoy pensando como un machito" o algo así. Rocío y su ignorancia.

Llamo a Camila una vez más, pero ahora ya ni siquiera recibo el mensaje. Nada.

Esta vez ya no puedo contenerme: en menos de cinco minutos ya he revisado todo el contenido de la maleta roja. Siento ganas de llorar. La maleta está llena de ropa, de la ropa de Camila. Reconozco incluso un vestido que era mío y que le dije que conservara cuando regalamos algunas de mis cosas el año pasado. Le queda muy bien. ¿Qué significa esto?

Son ya las ocho y media y Camila no da señas de venir. Ya ni siquiera intento llamarla. Si vuelve, que sea para llevarse esta cosa y dejarme en paz. ¿Qué más puede estar haciendo

con Rocío si no es lo que imagino? Nunca antes habían tenido reuniones tan largas y ahora me doy cuenta de que han ido en aumento el número de llamadas y las urgencias de oficina en el último mes. No hay otra explicación, pero, ¿por qué no se llevó la maleta de una vez? ¿Por qué me tortura de esta forma? ¿Tendrá miedo de aceptar que se equivocó que no quería, que no podía querer, esto que soy? Habría preferido que me dijera, que me soltara de una vez todo en lugar de dejarme esperando y lleno de dudas. No, no puede ser. Camila no me haría eso. ¿Qué me pasa? Qué ridículo me veo en plena crisis con la maleta abierta y la ropa de Camila desparramada en el piso.

La guardo toda de nuevo y me llevo la maleta al cuarto. Tengo que hablar con Camila. Le voy a decir la verdad y me disculparé por abrirla. Le diré que sea honesta conmigo, que ya no lo soporto más. Pero, ¿y si no llega? Me siento en la cama a esperarla mientras los créditos del tercer capítulo del documental sobre jirafas pasan en la pantalla.

Me despierta el ruido de la puerta que se abre. Estoy tirado sobre la cama con la ropa puesta y el celular en la mano. Tengo tres llamadas perdidas de Camila. Oigo voces en la entrada: son ellas. Este es el momento, hasta aquí llegó mi vida con Camila. Ahora va a venir por la maleta, lo sé.

La maleta está al pie de la cama, desafiante. Bueno, al menos tendrá que venir al cuarto por ella.

Camila entra. Debo tener una cara muy particular porque al verme se detiene en seco y se queda mirándome por unos segundos, luego ve la maleta y vuelve a mirarme con los ojos muy abiertos. Sin decirme nada coge la maleta y vuelve a la entrada. La sigo. Estoy dispuesto a rogarle, o eso creo. Estoy dispuesto a reprocharle que haga las cosas de esta forma tan cruel.

Rocío está en la puerta sonriente y Camila se dirige hacia ella. No soy capaz de hablar ni de moverme. Me siento derrotado. Camila le

entrega la maleta y se despiden. Rocío me saluda con la mano y desaparece tras la puerta cerrada. Camila se me acerca y me besa la mejilla:

—¿Te sientes bien? Disculpa que me haya demorado tanto. ¿Ya comiste?

No respondo y me quedo mirándola. ¿Qué está pasando?

—Tenía que darle unas cosas a Rocío, por eso me traje a casa. No le dije que se quedara a cenar porque me imaginé que ya estabas dormido, como no contestabas. ¿Ya cenaste?

Asiento con la cabeza. Mentira, pero no tengo hambre. ¿Esto significa que Camila no se va? Me coge la mano y me lleva hasta el cuarto.

—Yo ya cené. Intenté avisarte, pero no contestabas. Acuéstate y ya llego yo, ¿vale? Tengo que ir al baño.

Me desvisto y me acuesto. Camila va al baño y luego se mete en la cama. Apaga la luz.

¿Qué acaba de pasar? La maleta se fue con Rocío, pero Camila sigue aquí. ¿Será que me imaginé todo? Intento abrazarla, pero se mueve incómoda y me dice que tiene calor. No, no lo imaginé.

¿Verdad? Se arrepintió al verme, ¿verdad?

—Te amo, hasta mañana —me dice.

¿Será? Cierro los ojos y me acurruco junto a ella, pero no logro dormir. Cada movimiento de Camila me despierta, ¿se estará alejando disimuladamente de mí? Me separo de ella y espero unos minutos. No se mueve, no me busca. “Te amo, hasta mañana”, dijo, ¿y si solo está esperando a que me quede dormido? Me imagino a mí mismo tocando la cama, buscándola a ella con la mano como esta mañana. Me imagino el silencio en el apartamento y una nota, en la nevera o en la mesa de noche, con unas frías y breves palabras

¿ESTARÁ REALMENTE EN LA OFICINA? PODRÍA LLAMAR Y PREGUNTARLE A LA SECRETARIA, AUNQUE PROBABLEMENTE YA HAYA SALIDO A SU CASA, ELLA SÍ. ¿Y SI NO FUE A LA OFICINA? ¿Y SI ROCÍO LA CITÓ EN OTRO LUGAR?

de despedida. “Te amo, hasta mañana”. ¿Será? No. No voy a ser yo quien se despierte mañana solo.

Me levanto despacio una vez Camila se queda dormida y voy al closet. Bajo la maleta negra, la mía, de la parte de arriba. Es mucho más grande que la maleta roja. Podré llenarla con casi todo lo que tengo. No hay mucha ropa que me pertenezca, no suelo comprar. Ya vendré luego por los libros, ya veré cómo soluciono las cosas.

Sonríó: no más. Me visto y boto la pijama en el piso, de todos modos ya está vieja. Miro a Camila dormir y siento ganas de deshacerlo todo, pero sé que no se puede, sé que no puedo seguir. Alguien tiene que parar esto. Lleno la maleta y la llevo a la puerta. La dejo justo donde estaba la otra, la de ella, y me siento a esperar: ya pronto saldrá el sol.

METÁSTASIS



Autor

Ricardo Tello



Editor

Andrés Felipe Peréz

Cómo va a ser mi culpa, si hace más de cuarenta días que no puedo dormir bien. Amparo parece entender el torrente corrosivo de pensamientos que me atormenta; permanece serena, levanta a David y lo sienta sobre sus hombros. El sol se tamiza a través del polvo de una de las ventanas del corredor y se refleja en el rostro lloroso del niño. Pienso que quizá me excedí en el regaño, que el llanto no es bueno para su enfermedad. Aguanto la respiración por unos segundos y repito en voz muy baja: “No es mi culpa”. El ascensor no funciona y nos vemos forzados a subir por una rampa en espiral — que parece infinita— hasta el pabellón de pediatría. Mientras subimos noto la facilidad con que David pasa del llanto a la risa, tan solo con ver el parqueadero a través de la ventana y hablar con su madre. Me impresiona su tranquilidad, le temo. ¿No sabrá dónde estamos? Veo que han inventado un juego con los colores de los autos. No lo entiendo y les digo:

—Carros de médicos.

Ante su silencio dejo de prestarles atención. Me adelanto y, al alejarme, oigo el retorno de las risas. Apuro el paso: quiero estar solo, dejarlos atrás, pero algo me retiene, como una tensión de cadenas invisibles entre nuestros cuerpos, haciendo interminable el ascenso de los cinco pisos hasta que, al fin, llego a la puerta del pabellón de pediatría, intento recuperar el aire, y al respirar siento un olor, sutil pero definido, a costras, orines y carne podrida. Amparo y David se han quedado atrás.

La puerta está abierta, pero no soy capaz de entrar. Echo un vistazo al interior: veo a unos titiriteros tratando de ocultarse tras

una tela negra y un improvisado escenario de cartón; veo frente a ellos, ocupando casi todas las sillas, a los pequeños pacientes. Los más deteriorados miran el espectáculo desde sus camillas, apoyándose con visible esfuerzo sobre unas delgadas e incómodas almohadas. Están canalizados, y gran parte de los que se encuentran sentados también llevan agujas pegadas a sus brazos, aseguradas con esparadrapo. Casi ninguno tiene cejas ni cabello, y algunos se cubren la cabeza con gorros de lana. Una solitaria y despreocupada enfermera los acompaña. Debo parecer un loco, pienso, mirándolos desde aquí afuera. Por fin Amparo me alcanza, se para a mi lado y me hace retener el impulso de santiguarme. Ya no lleva a David sobre los hombros sino tomado de la mano. Él, al ver el escenario y escuchar las circenses voces de los titiriteros, suelta a su madre y empieza a caminar tan rápido como puede, tratando de ocultar su debilidad, ansioso por formar parte del público, pero lo detengo a mitad de camino con un abrazo y le digo al oído que lo amo, que no quise gritarlo. Mis palabras no le importan. Trata de zafarse, de alejarse de mí. No quiero pensar en los niños que nos rodean, pero la duda es inevitable: ¿cómo puede un cuerpo enfermar así, degenerar en algo así? Quiero sacudirlo, decirle que reaccione, que vea el lugar en el que estamos. Pero no digo nada. Él insiste en su lucha inútil mientras yo me incorporo sin soltarle la mano. Amparo se para frente a mí y trato de ocultar los temblores que me estremecen el cuerpo mientras digo:

—¿A qué huele?

—No siento ningún olor, ¿será eso? —dice ella, señalando una camilla repleta de cobijas. Sé que está mintiendo, que al igual que yo sabe la respuesta.

—Debe ser que no han lavado. Tampoco ayuda la ventilación —digo y señalo una rejilla en el techo. Amparo tiene razón al mentir; no es prudente hablar del tema, pero ambos sabemos que lo que olemos es el cáncer, la esencia pura de la enfermedad, emanando de cada uno de los poros de los pequeños pacientes. ¡Qué injusticia tan insoportable! David vuelve a pedirme que lo suelte, pero

yo no quiero hacerme a la idea de dejarlo, de verlo mezclado entre esa multitud de desahuciados.

—Déjalo ver los títeres, que necesita distraerse —dice mi esposa.

Me molesto ante esa orden y hago una mueca de rechazo, pero igual suelto la mano de David. Amparo hace un mohín y se sienta junto al niño en una de las pocas sillas vacías. Dejo de importar, de existir. Ven la función, ríen, aplauden, y yo me quedo de pie junto a ellos, petrificado en un gesto idiota. Entonces siento que otros ojos me observan, los ojos opacos de una criatura en silla de ruedas. Está en un rincón de la sala, contra la pared, como si no le interesaran las marionetas. No puedo saber si es niño o niña; a lo mejor es un ángel y no tiene sexo. Veo la piel blanquizca de sus brazos, casi pegada a los huesos, y la calva recubierta de un lanugo rubio y grasoso, reflejando el indiferente sol mañanero. Lleno de ansiedad levanto la mirada, y veo la decoración infantil de las paredes: paisajes y monigotes, y mi vista vuelve a la mata negra del pelo de mi hijo, resplandeciente y vital como el de su madre, resaltando aún entre las cabezas desnudas de los demás niños, abandonados en medio de la lluvia más triste y lenta del mundo: el goteo de las bolsas de suero.

Siento una insoportable necesidad de soledad, y me alejo por el pasillo de los consultorios. Veo, a través del amplio ventanal que se extiende a mi lado, a las iglesias del Rosario, Santa Bárbara y Nuestra Señora del Carmen; esta última con su cúpula opulenta y sobresaliente, como si tratara de alcanzar el cielo para respirar mejor entre el humo de busetas, la basura, los escombros y los viejos edificios capitalinos. Esa imagen me transporta a la catedral del Líbano, que en mi niñez parecía la construcción más hermosa y grande del mundo, pero que ahora no es más que un recuerdo amargo. Una catedral blanca como esa nunca podría existir en la contaminada Bogotá, se ensuciaría: la basura flota en el aire, y la ciudad es tan grande que hasta la presencia de Dios parece evaporarse.

¿Por qué pienso en el pueblo? No llevamos aquí ni una semana, tratando de averiguar qué es lo que está acabando con nuestro hijo, pero ya deseo volver, salir volando por esta ventana, retornar

a los parques del Líbano, tapizados por flores rosadas de ocobo, a sus templos: la catedral y la pequeña iglesia de San Antonio, con su purificador aroma a incienso, con sus ecos de bastones de viejos, con sus voces suplicantes reverberando por la mala acústica, entre la piedra de laja, los confesionarios y el Santísimo. Volver a sentir el cálido placer del olor de la tierra que, junto a mis compañeros del seminario, removimos con pala a un costado de la loma del templo para tallar unas escaleras. Qué valioso era el tiempo pasado, antes de que nos atropellara este mundo enorme con sus horrores, con su exceso de muerte y de vida. Escucho una voz resonar sobre mi cabeza:

*/Familiares de David Cruz solicitados en el consultorio quinientos dos/
Familiares de David Cruz solicitados en el consultorio quinientos dos/*

El fuerte sonido del altavoz me regresa al olor nauseabundo, a mi cuerpo tembloroso, a Bogotá. Veo que se abre la puerta del consultorio y por ella sale una mujer menuda cargando un bebé. Voy a persignarme, pero la mujer me observa y me detengo. En silencio pido perdón a Dios sin saber muy bien por qué. Regreso caminando por el pasillo, con la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta, tocando los pocos billetes que me quedan de lo que el Negro me envió hace unas semanas, cuando le conté por teléfono que nos habían remitido al Instituto Nacional de Cancerología y que lo de David podría ser grave. Recordar la deuda me hace sentir incómodo, y me molesta no estar pensando en mi hijo, sino en mi desempleo, en la incapacidad de proveerle a mi familia una vida digna. Cuando vuelvo a la sala de espera veo que Amparo ya se ha levantado y que está hablando con el niño. Me imagino que le dice que se quede quieto ahí sentado, que no tardaremos, ¿quién sabe qué más? Hablan bajito, excluyéndome; su complicidad no necesita de mí.

En el consultorio nos recibe una doctora de nombre Gretty Terselich; una mujer de cuerpo enorme y apariencia lechosa, seguramente alemana. La saludo a duras penas, y ella hace como que

**ME MOLESTO ANTE ESA
ORDEN Y HAGO UNA
MUECA DE RECHAZO,
PERO IGUAL SUELTO LA
MANO DE DAVID. AMPARO
HACE UN MOHÍN Y SE
SIENTA JUNTO AL NIÑO
EN UNA DE LAS POCAS
SILLAS VACÍAS.**

**DEJO DE IMPORTAR,
DE EXISTIR. VEN
LA FUNCIÓN, RÍEN,
APLAUDEN, Y YO ME
QUEDO DE PIE JUNTO A
ELLOS, PETRIFICADO EN
UN GESTO IDIOTA.**

no me ve. En cambio, habla con mi esposa con una familiaridad que me incomoda. Amparo le entrega una carpeta con las radiografías de la pierna del niño. La doctora se levanta de su silla y las examina durante varios minutos sobre un tablero fluorescente. Señala lo evidente: una mancha oscura en forma de mordedura que ocupa el área central del hueso más grande y pregunta:

—¿Ven esto de aquí? Esta sombra es anormal, parece una lesión cancerígena, sarcoma de Ewing. Es muy inusual, pues su hijo es demasiado joven como para esta sintomatología, pero hay que hacer pruebas más contundentes.

Aunque quiero sorprenderme no puedo, pues todos sabemos que no es una lesión. Aun así, estamos entrenados para no dejar nunca el vicio cruel de la esperanza. Es más, mientras más críticas y extremas son las situaciones a las que nos enfrentamos, más empezamos a creer en un milagro advenidero que lo solucionará todo. Si no fuera así, ¿cómo podríamos siquiera levantarnos en las mañanas?

—¿Sarcoma? —pregunta Amparo.

—Una forma de cáncer en el hueso.

—¿Pero puede ser una lesión?

—La probabilidad es muy baja, la verdad. Los síntomas aquí son muy específicos; necesitamos saber a qué nos estamos enfrentando, se debe hacer una biopsia. El verdadero problema de ese tipo de tumores es la tendencia a replicarse en otras partes del cuerpo, lo cual sería muy grave.

Mientras Amparo y yo nos miramos el uno al otro, pensando qué decir, la doctora nos pregunta por el seguro médico. Le decimos que no tenemos ninguno, que todo lo hemos pagado con ahorros. Nos explica que del resultado de la biopsia dependen el tratamiento, la agresividad y el precio de los medicamentos, los cuales oscilan entre seis y doce millones de pesos. Mucho más de lo que imaginábamos. Pienso en cómo conseguir tanta plata y Amparo

pide más información sobre los procedimientos. Gretty le dice que hay diferentes alternativas: radioterapia, quimioterapia... cada una con sus pros y sus contras.

—¿Y la amputación? —digo. Amparo y Gretty me miran escandalizadas.

—Una amputación en un caso de cáncer de este tipo no resolvería nada sin tratamiento; las células cancerígenas recorren todo el cuerpo. De todos modos, usted no debería estar pensando en eso —dice la doctora.

No digo nada. Ella sigue hablando, nos advierte sobre los beneficios de explicarle a David su situación de la manera más clara posible, y las ventajas de su corta edad para los procesos de recuperación. Como no tenemos dinero, no nos atrevemos a programar la biopsia, y Gretty parece entenderlo, pues no nos insiste con el tema. Veo a Amparo llorar con un suave llanto de mujer reducida; las pecas de sus mejillas se ensombrecen bajo sus pestañas trémulas. Yo me paso la mano por la cara y noto que mi barba está húmeda, que también he estado llorando sin darme cuenta. ¿Cuánto tiempo llevo así? ¿Desde cuándo lloro sin saberlo?

Intentamos recomponernos lo mejor que podemos, salimos del consultorio y desde la sala de espera, al otro lado del pasillo, nos recibe la impactante mirada del niño. Se levanta de entre el público y, para mi sorpresa, me abraza antes que a su madre. Me agacho hasta quedar a su altura, pongo mis manos sobre sus hombros huesudos, lo beso en la mejilla y busco en él el olor de la muerte, que temo se le haya adherido para siempre.

—¿Cómo se siente, mijo? —le pregunto. Pienso que debe estar viendo unos ojos enrojecidos por el llanto y la polución, mientras yo veo unos ojos curiosos y descuidados. ¿De víctima? ¿Inocentes? Es tan joven... ¿Cómo podría comprender la magnitud de las fuerzas irrefrenables que sobre él desembocan?

—Hoy casi no me ha dolido la pierna, ¿para dónde vamos? —dice.

ES MUY INUSUAL, PUES SU HIJO ES DEMASIADO JOVEN COMO PARA ESTA SINTOMATOLOGÍA, PERO HAY QUE HACER PRUEBAS MÁS CONTUNDENTES.

No tengo respuesta. Es increíble la cantidad de dinero que hemos gastado en tan poco tiempo, comiendo en la calle, pagando taxis y noches de hotel. Ya no queda casi nada de lo que Amparo pudo ahorrar trabajando en la guardería, y aunque yo tengo todavía algo de dinero, no quiero ni pensar en volver a acudir al Negro. Pero ¿qué más puedo hacer?, en esta ciudad todo es ridículamente caro. Intento buscar alternativas: podría reducirme en la esperanza de que es una lesión y volver al Tolima, con la ayuda de Dios, pero lo más seguro es que Amparo no lo permita. No hay tiempo para buscar un trabajo. ¿Y los albergues? Dicen que hay albergues para las familias de otros lugares que vienen al Instituto, pero que las condiciones son lamentables. Además, yo no podría soportar la presencia constante de tanta miseria. ¿Cómo puede uno hacer planes para estas situaciones? ¿Qué pasará por la mente de Amparo? ¿Será sincera consigo misma y con David cuando sea el momento de explicarle la situación? ¿Será él tan atento como para distinguir la voz temblorosa de su madre cuando miente? Caminamos en silencio, fuera del edificio. Amparo me toma del brazo y me pregunta:

—Tenemos que comer algo, ¿tienes plata?

Le entrego un par de monedas y billetes arrugados. Las recibe con molestia: sabe que es plata del Negro, sabe quién es el Negro. Pero también sabe que no es momento de preocuparnos por esas pequeñeces, así que cuenta el dinero y nos conduce a un oscuro y húmedo desayunadero. Veo los ladrillos rojos y el nombre del Instituto Nacional de Cancerología a través de la ventana. Todo es tan real como un mal sueño. Amparo pide huevos con pan para los tres, mientras yo observo a una familia que está terminando su comida en la mesa del fondo. Es una pareja joven, mucho más joven que nosotros. A su lado descansa una criatura en silla de ruedas, encapuchada, cubierta por un tapabocas, gafas oscuras y una gruesa cobija escocesa. No come, no llora ni se mueve. Mientras esperamos nuestra comida sus padres se levantan de la mesa, pasan a nuestro lado en su camino hacia la puerta, y veo los cientos de venitas azuladas que recubren la piel de la criatura y la forma grotesca en que tiene torcidos los brazos. Dios mío, pienso, libéralos de esa carga, libéranos, y mientras retengo la tercera santiguada del día me sorprende la facilidad con que acabo de desear la muerte de un niño. Cuando nos traen la comida veo la cara rosada de David, sonriente frente al plato de huevos pericos, y me pregunto si en realidad es tan fácil desprenderse de una criatura. Quizá todo depende del deterioro visible, pero Dios mío, ¿por qué me atormentas ahora con estos pensamientos de muerte y crueldad?

Me amarga también la angustia del dinero; una cosa es pedirle al Negro doscientos, trescientos mil pesos, y otra muy diferente es endeudarse con él por varios millones. Tanto la incertidumbre como el esfuerzo por no demostrarla son cargas adicionales. No pienso con claridad, casi puedo sentir el paso del tiempo dañando a David. No quiero ni mirar cuánta plata nos queda, no quiero pensar en pagar otra noche de hotel. La única solución que vuelve, una y otra vez a mi mente, a pesar de mis intentos de hallar alternativa, es llamar al Negro. Está bien, es mi único amigo en la ciudad, mi único amigo

con plata, el padrino de David, mi excompañero de seminario. Está bien, es un tipo decente y lo entenderá, ¡es casi de la familia! Eso es lo que me digo, pero no me creo ni una palabra. La verdad es que es un desconocido; aunque le pedí dinero hace unos días, no hablaba con él desde el bautizo. Siempre rechacé el camino que él eligió, pero en una situación así, ¿qué importa todo? Le pido la agenda a Amparo. Ella rebusca unos segundos en su bolso y me la da. Sabe a quién voy a llamar, lo puedo ver en su expresión resignada. Me levanto de la mesa, dejando los huevos a medio comer, y pido el teléfono de la cafetería. Marco el número; el tono suena como una alarma, una advertencia: una vez, dos veces. Cuando lo vuelvo a pensar, ya es tarde: alguien levanta el auricular al otro lado y escucho una respiración pausada, expectante.

—¿Negro? Habla Jota —digo con inseguridad.

—Hombre, ¿ya estás en la ciudad? —dice el Negro, con su voz cálida y carrasposa, como si hubiera estado esperando mi llamada.

—Sí, llevamos casi una semana haciendo vueltas con Amparo y David. Gracias por todo, hermano. Por usted es que hemos sobrevivido estos días.

—No es nada, Jotica. ¿Cuándo me visitas? —dice.

—De hecho, mi hermano, para eso lo llamaba. Estoy en un teléfono prestado, así que no me puedo demorar, pero tengo que hablar con usted sobre algo. Es urgente.

—Siempre puedo sacar un par de horas para un viejo amigo —dice. Me da la dirección de un café en el centro de la ciudad. La anoto en una servilleta, cuelgo el teléfono, agradezco a la encargada de la tienda y me sorprendo gratamente al ver que no me cobra. Me acerco a Amparo y le digo que lleve a David al hotel y que me esperen allá, que voy a solucionar el tema de la plata y la estadia; lo digo con la certeza que solo produce el temor. El plato de mis huevos ya está vacío.

Antes de cruzar la puerta del café, un hombre me llama desde una de las mesas exteriores. No consigo distinguir su cara, oscurecida por

la amplia sombrilla verde extendida sobre la mesa, pero por su voz áspera y condescendiente sé que es el Negro. Está irreconocible. No se levanta, pues debe costarle mucho trabajo, y espera sentado mientras me acerco. Del espaldar de su silla cuelga un abrigo enorme que toca el suelo, y los botones de su camisa apenas soportan el empuje de su desarrollado estómago. Está cuchareando una copa alta de helado con crema y cerezas. Se quita las gafas de sol y las deja sobre la mesa, haciendo sonar el vidrio con el golpe del marco de oro, y dice a viva voz:

—¡Siéntate Jota!

Camino hacia él con lentitud glacial. Me observa, sonrío con la boca abierta y veo el metal oscuro de las calzas al fondo de su boca y restos de comida sobre su lengua sarrosa. Comienzo a tener la sensación de que ha sido un error venir aquí. Parece otra persona; su cuerpo presente es capaz de contener tres veces la imagen que yo tenía de él en mi memoria. ¿Se habrá devorado a sí mismo? ¿Me devorará a mí también? Tomo su mano con firmeza, tratando de no mostrarme tan reducido ante aquella mole humana. Lo aprieto con fuerza en el saludo, lo que parece sobresaltarlo. Me suelta y extiende la palma vacía hacia la silla que tiene al frente, antes de decirme nuevamente:

—Siéntate.

Habla con el tono de alguien acostumbrado a mandar. Me siento y veo los precios obscenos de la carta. Pido un tinto de dos mil pesos mientras pienso en una cubeta de huevos. El Negro restriega un dedo contra el interior de la copa, limpiando los restos de su helado.

—Ya estarías hecho todo un obispo —dice y se chupa el dedo untado—. ¿Cómo sigue mi chino?

Ignoro la burla inesperada y trato de desviar mis pensamientos, de tranquilizarme ante la mención de David, de pensar que la preocupación

del Negro es sincera, aunque en el fondo sé que no es así. Le explico al detalle la situación del niño. A pesar de que deja de chuparse los dedos, no veo alteración en su expresión indiferente, casi burlona. Siento como si hubiera estado esperando la revelación de mi desgracia para su morbosa satisfacción. ¿Qué es esta situación ridícula? ¿Por qué yo, que tuve que abandonar el seminario por algo tan grande como el nacimiento de un hijo, me encuentro en esta posición de mendicidad? ¿Por qué triunfa este tipo, que abandonó el camino de Dios para entregarse a la codicia y la lujuria? En mis motivos, amor y familia, hay mucha más nobleza que en los suyos y, aun así, me veo en la situación de tener que hincarme y rendirme a su voluntad. ¿Por qué pasan estas cosas, Padre celestial? ¿Me has abandonado?

—Necesito ayuda; un lugar para quedarme, una forma de mantenernos aquí en Bogotá mientras resolvemos la situación del niño. Cualquier cosa con la que me pueda ayudar sería inmensa; no tenemos nadie más a quien acudir.

Me mira fijamente, se infla en su respiración tensando aún más los indestructibles botones de la camisa y dice con un artificioso acento bogotano:

—Jotica, jamás podría decirles que no, ni a ti ni a mi queridísimo ahijado. Ni a Amparo, por supuesto.

Su tono amable me produce escalofríos. Una joven mesera pasa a nuestro lado y el Negro la persigue con la mirada. Amparo debe estar tanto o más preocupada que yo, pero tengo la esperanza de que tener un sitio en donde pasar la noche servirá para tranquilizarla. ¡Si viera cómo ha engordado este hombre! Cuando me decían que el Negro mataba y comía del muerto, me costaba trabajo imaginarlo, pero ahora que lo veo así, es fácil hacerlo. No nos queda más que bajar la cabeza, aceptarlo, participar de las injusticias del mundo. Y eso hago, bajo la cabeza, tomo un sorbo de mi café caro y lo mantengo unos segundos dentro de la boca, percibiendo a

**ME AMARGA TAMBIÉN LA
ANGUSTIA DEL DINERO;
UNA COSA ES PEDIRLE
AL NEGRO DOSCIENTOS,
TRESCIENTOS MIL PESOS,
Y OTRA MUY DIFERENTE
ES ENDEUDARSE CON ÉL
POR VARIOS MILLONES.
TANTO LA INCERTIDUMBRE
COMO EL ESFUERZO POR
NO DEMOSTRARLA SON
CARGAS ADICIONALES.**

profundidad el sabor a mierda antes de pasármelo. Entonces, sin levantar la mirada, digo:

—Gracias de todo corazón, hermano. Pero quiero que sepa que estamos desempleados; a Amparo la echaron de la guardería cuando pidió el permiso para venir con David. Y pues yo no he logrado conseguir nada estable.

—No te mates por ahora; seguro que conseguirán algo pronto. No te preocupes por eso.

—Gracias, hermano. ¿Y su familia? —pregunto motivado por cortesía y no por curiosidad:

—Ya no hay mi familia —responde el Negro de manera parca, ahora sí despertando mi curiosidad. ¡Cuán satisfactorias son las desgracias ajenas para calmar las propias!

—¿Qué pasó con su mujer? —le pregunto. Intento recordar la única vez que la vi, hace dos o tres años, cuando el Negro la llevó al pueblo en un festival del retorno. Una rolita pelirroja que más bien parecía su hija.

—Stella tuvo problemas. Quedó embarazada y tuvo un aborto. Ella consumía... —dice y se detiene a la mitad de la frase. ¡Qué envidia!, pienso, ¡Ahora el tipo es libre! ¿Aborto voluntario o involuntario? No pregunto.

—Negro... lo siento mucho —es lo que digo.

Él tiene la mirada perdida, no parpadea, como si estuviera enfocando la vista en un recuerdo borroso. Me persigno, arrepentido por los pensamientos infames que acabo de tener y, por alguna extraña razón, se reaviva en mi interior una luz de esperanza por la sanación de David. Pero vuelvo a decir, con falsa tristeza:

—Me apena mucho lo que me dice, no se imagina, mi hermano.

En realidad la muerte del nonato del Negro es tan aberrante que sirve de bálsamo para mi propia situación, la minimiza. Es como si él hubiera recibido su justo castigo y a mí se me presentara una segunda oportunidad. La presencia del Señor se manifiesta de formas misteriosas.

—Ya... ella no estaba bien. Ninguno lo estaba —dice. Luego parece recuperarse del hechizo y continúa hablando como si nada hubiera pasado—. Tengo una casa desocupada en Santa Bárbara. Ahí hay un par de camas y pueden quedarse a dormir. No te preocupes por mí, hombre, más bien preocúpate por tu gente.

—Es que me aterra, lo siento mucho, pero lo respeto y entiendo. ¿Santa Bárbara es el barrio de la iglesia?

—No, hombre, un barrio en el norte. Vamos en mi carro.

—Vamos —le contesto.

—¿No vamos a recoger a Amparo y David? —me pregunta. Por un instante me olvidé de ellos.

—Claro hombre, claro. Tengo la mente hecha un enredo.

Cuando llegamos al hotel, lo primero que hace el Negro es recriminarme por el lugar.

—Esto es un hueco, ¿por qué no me llamaron antes? —pregunta.

Porque nada es gratis en esta vida, mi hermano, le respondo en mi mente, porque nada es justo, pero lo que le digo es que me espere en el carro mientras voy por mi familia. Lo digo vocalizando bien: “mi familia”. Entro al pequeño hotel, subo las escaleras y en la habitación encuentro a Amparo, con las maletas hechas. Me reconforta saber que ha confiado en mí.

—Hablé con el Negro; tenemos dónde quedarnos —le digo.

—No alcancé a empacar tus cosas —me dice ella.

Así que guardamos mi ropa y, cuando bajamos a la recepción, hallamos al Negro pagando nuestra cuenta. Amparo y David lo saludan con un abrazo, mientras yo pienso que mi esposa ha mejorado mucho su capacidad de mentir, pues no percibo ni mirada inquieta ni voz temblorosa. Le doy las llaves al recepcionista, salgo detrás de mi familia y, mientras organizo las maletas en el baúl de la camioneta, escucho que hablan, pero no alcanzo a entender qué dicen. David ríe. Cuando me subo, el silencio se sube conmigo. En la radio suenan cumbias que, junto a la calefacción, me alejan por unos segundos de la ciudad. “Eres un hombre sinvergüenza, y me la tienes que pagar” dicen los 50 de Joselito justo antes de que el Negro apague el aparato. Después de casi una hora llegamos al norte. Veo el opulento barrio, y me fijo en que todas las casas están amuralladas. No hay basura en las calles, las cuadras están impecables y llenas de vigilantes. Nos detenemos frente a un imponente muro blanco que, más que una casa, parece la entrada de una cárcel o un hospital.

Nuestro benefactor abre la pequeña puerta, que parece perdida en el muro, y detrás de ella está la casa: una enorme estructura, también blanca, pero cubierta por una enredadera anaranjada de ojo de poeta. Seguimos al interior y veo el techo de la sala, en forma de cúpula, adornado con una gran pintura del paraíso; un cielo en el que se pueden ver repartidos numerosos ángeles. David, impresionado, se queda ahí mirando hacia arriba, mientras el Negro nos muestra las amplias habitaciones, ocho en total, todas con jacuzzi y olor a pintura fresca. La mayoría están amobladas con unas camas enormes de sábanas blancas. ¿Qué hace este tipo con un lugar así vacío? ¿Cómo será su propia casa? aguardo el momento en que Amparo le pregunte por su familia, pero nunca llega.

El recorrido continúa hasta un patio amplio, donde una Virgen de mármol reposa sobre un altar. Me persigno y cierro los ojos. Mientras rezo, puedo sentir las voces de Amparo y del Negro alejándose hacia el interior de la casa. En lugar de una plegaria, llega a mi mente un lamento; una maldición. ¡No es justo! Cuán dichoso viviría en un lugar así, aislado de todos, como en un templo privado, perdiéndome en una soledad limpia y celestial. ¿Qué es lo que envidio? ¿La casa, el dinero o el destino fúnebre del Negro? ¿Su desprendimiento de la fe, al menos producto de su propia voluntad? Oigo que me llaman y abro los ojos sobresaltado. Salgo del patio y me acerco a ellos. Amparo va a la sala, a acompañar a David, y yo me quedo con el Negro en la cocina. Él me pregunta si hay algo más que necesite. No sé si lo hace por cortesía, o para obligarme a desprenderme de mis últimos restos de orgullo.

—Hombre, no quiero abusar, pero necesito que me preste algo más para sostenernos unos días y pagar unos procedimientos. Por ahora pidieron una biopsia, dicen que lo más probable es que sea cáncer y no una lesión. Por favor, hermano, en cuanto tenga el dinero se lo devuelvo con intereses, pero ayúdeme.

—Todo tiene solución. Programa la cirugía esa y cálmate, que después arreglamos —me dice mientras saca de su abrigo una billetera y un llavero enorme.

Mientras me pasa las llaves, explicando lo que abre cada una, yo observo su billetera: la llave maestra. De ella saca un fajo de billetes, guarda la mitad, cuenta el resto y me lo da. Luego me dice que lo mantenga al tanto de los costos. “Eso es todo”, dice y se dirige hacia la puerta. Lo abrazo, le vuelvo a agradecer y nos despedimos. Amparo y David también lo abrazan. El abrazo se ve tan sincero y real que pienso que quizá todo estará bien, que Amparo no está tan angustiada como yo ante la presencia de un sabido criminal. Las nubes de la tarde comienzan a enrojecerse. Cuando el Negro se va, Amparo me dice que está feliz, que le alegra mucho tener un jacuzzi en la habitación.

—Para bañar a David después de la cirugía —dice.

Desempacamos en la habitación más cercana a la puerta. Mientras ella organiza las cosas, me pide que mueva una cama sencilla del otro cuarto para que podamos dormir con el niño, y eso hago. Es buena idea que estemos juntos, sobre todo por el frío que hace en un lugar tan grande.

Duermo un par de horas, hasta que David comienza a quejarse de dolor en la madrugada. Amparo se levanta y envuelve la pierna del niño en cobijas, tratando así de mitigar el efecto del frío sobre la inflamación. Cuando por fin cesa el llanto, ya ha salido el sol. Apenas he podido dormir. Me levanto, aún adormilado, y voy hasta la imagen de la Virgen para orar. Rezo por la salvación de mi hijo, por la de Amparo y la mía. Rezo sin saber a quién, con palabras que no tienen sentido, casi como un reflejo; como montar en bicicleta. Al volver al interior de la casa, veo que David se ha arrodillado sobre un cojín, para arrastrarse por el piso lustroso de la sala. Se me vienen a la mente imágenes viles de animales rastreros. Después noto lo mucho que mi hijo se parece a mí cuando tenía su edad.

—No me gusta eso —le digo a Amparo.

—¿Qué? ¿Tu hijo?

**—TODO TIENE SOLUCIÓN.
PROGRAMA LA CIRUGÍA
ESA Y CÁLMATE, QUE
DESPUÉS ARREGLAMOS —
ME DICE MIENTRAS
SACA DE SU ABRIGO
UNA BILLETERA Y UN
LLAVERO ENORME.**

—Que se arrastre así. Tiene que mantenerse activo o se va a atrofiar.

—Eso no va a pasar —dice Amparo, me da la espalda y camina hacia el niño—. Le duele caminar. No quiero que sienta dolor.

Mi hijo se arrastra bajo el paraíso pintado en el techo y yo busco algún lugar de dónde sacar fuerzas, pero mi cielo parece ser más falso aún. Amparo no pierde el tiempo, y llama al consultorio de la doctora Gretty para pedir la orden de la biopsia. Es viernes, y programan la operación para el lunes. Convenimos en aprovechar el fin de semana para comprar una silla de ruedas. El sábado vamos a un almacén ortopédico del barrio y veo el entusiasmo de David por comprar su silla. Él y su madre escogen una estampada de animalitos. Mis entrañas se sacuden por la indiferencia que ellos dos muestran ante la muerte inminente. El color de la silla me recuerda la hipocresía del mural de figurines que vi en pediatría.

El lunes llega rápidamente, y con él llega el deseo de escapar de David, del Negro, de mis deudas, del miedo. Me despierto lleno de culpa, sin hambre. Salgo de la habitación, levanto la mirada hacia el cielo pintado en la sala, ¡otra vez el deseo de salir volando!, y me pregunto por las circunstancias que me han llevado hasta este instante. La ruptura de mi vida, una vida digna y plena, causada por la aparición de Amparo. Su piel joven que me hizo olvidar quién era yo, su cuerpo que me hizo pecar, descender hacia lo terrenal. Recuerdo el miedo ante el embarazo y el perverso deseo de interrumpirlo, la culpa, la vergüenza, la impotencia que sentí al ser expulsado del seminario, la terrible conclusión, día tras día, de que debí haber sido sacerdote, de que nunca debí tener un hijo, de que por eso me ha salido así, mal hecho. Es como si todo estuviera escrito, y aquel que se atreviera a desafiar el flujo natural de los acontecimientos fuera castigado; pero si las cosas no pueden ser de otro modo, ¿cómo puede haber castigos y bendiciones si no tenemos poder sobre nuestras vidas, sino que nos movemos según Su voluntad?

No importa. Existen los errores, la fe y la culpa, y con eso me basta. Sé que soy culpable, con la certeza que solo produce el temor. ¿Y Amparo? ¿Ella no es también culpable? La veo en la habitación, sentada en la cama, vistiéndose con desesperante calma, y le digo:

—Tenemos que hacer algo, no sé; una novena, subir a Monserrate. La penitencia es buena.

—¿Qué te da? —dice y se ríe, como si yo hubiera dicho una estupidez. Pero hablo en serio.

—Mira cómo se han dado las cosas. Qué tal que la operación salga bien —miento—. Cuando termine la recuperación hacemos una penitencia.

—Tú sabes que no soy de esas cosas.

—Es cuestión de respetar, hacer de vez en cuando un sacrificio. Más aún en esta situación —le digo.

—Yo te respeto.

—Te acabas de burlar de lo que estoy diciendo. ¿Se te olvidó como estábamos hace una semana? Hay que agradecer.

—¿Tú crees que esto es un milagro? ¿Un regalo de Dios? Busca al Negro y dile eso a ver si te sientes tan agradecido. ¿La solución tuya es rezar? Deberías estar buscando un trabajo a ver cómo podemos pagarle a este tipo.

—Tú eres la que se sienta a ver títeres con David en el hospital como si fuera un circo, como si todo esto fuera un chiste, como si fuera fácil para mí arrodillármele al Negro, como si hubiera sido fácil dejar mi vida por ti y por David ¡Y encima te burlas y me recriminas!

—Tu vida dices. ¿Entonces soy yo la que siempre va a tener que sacar la cara?

—¿No puedes dejar por un segundo ese maldito orgullo? ¿No te has puesto a pensar que lo que le está pasando a David es culpa nuestra?

—¿Culpa? ¿De qué hablas?

—¡Culpa nuestra por haberlo traído a este mundo! Tuya por tentarme, mía por caer; tenemos la sangre sucia de pecado, ¿o es que se te ha olvidado?

—¡Estás loco! —dice Amparo y empieza a llorar.

¡Al fin la verdad! Veo a David sobre su cojín, arrastrándose fuera del baño, llorando. Salgo de la habitación, pensando en lo que acabo de decir.

En este cáncer, muerte interrumpida y antinatural, veo una penitencia: una lenta y despiadada condena, una corrupción absoluta del cuerpo. Los síntomas se asemejan más a una maldición que a una enfermedad. Una muerte, sucia, impura, que corrompe los cuerpos e impide el descanso de las almas. Una muerte que no trae renovación ni limpieza. En medio de ese pensamiento viene a mi mente un episodio de mi juventud: la primera vez que maté un chivo. El animal colgando patas arriba, el humo elevándose hacia el cielo en oscuras espirales, el miedo de que un tajo débil o mal colocado le causara un sufrimiento insoportable a la criatura, que la condenara a un eterno instante de agonía. La decisión con que le hundí el filo en el cuello. Mi fascinación al ver como el brillo de la vida abandonaba sus ojos. Los gorgoros de sangre espesa, manando hacia un balde. La carne aún caliente del animal destajado, el olor succulento de las brasas y la gratitud de los

cuerpos vivos ante el preciado alimento. Una fiesta en torno a la carne pura, a la muerte limpia.

David, en cambio, es como un chivo mal matado y convulsionante, al que la agonía le ha estropeado la carne y del que nadie se quiere alimentar. Su cuerpo se destruye a sí mismo, como si fuera consciente de que no pertenece a este mundo. ¿No es esa la verdadera justicia? Ahí es donde percibo al espíritu de Dios, ofreciéndome una segunda oportunidad, arrancando de mi vida lo único que me separa de Él. No puedo sino contener el llanto al pensar en la belleza de tal castigo.

Amparo termina de organizarse y de vestir a David. Llamamos a un taxi que no tarda en llevarnos al hospital. La tristeza del niño es reemplazada por un gesto de orgullo cuando ingresa al Instituto en su nueva y colorida silla de ruedas. En el consultorio de preparación para la cirugía nos aborda un médico con cara de jirafa, y nos advierte que usarán anestesia general, a pesar de que en principio habían dicho que el procedimiento era ambulatorio. No somos capaces de preguntarle el motivo, y le decimos que está bien, pero entendemos la gravedad de un cambio de tal magnitud. Tras la revisión del anestesiólogo trasladan a David, y Amparo se queda esperando junto a la sala de operaciones, mientras yo fumo en una pequeña terraza no muy lejos. Pasan más de tres horas de angustia total, entre las cuales me muevo entre la terraza, los cigarrillos y los avisos desalentadores de mi mujer, hasta que recibimos noticias del paso de David a la sala de recuperación. Cuando intento entrar para ver a mi hijo, un guardia me retiene en la puerta. A Amparo sí le permite entrar.

—Por ahora que entre la madre que es más importante, caballero. Usted entiende —dice el celador.

Me siento incapaz de enfrentarme a su lógica. Tras unos minutos, Amparo se asoma por la puerta, y me dice que el niño parece estar bien, pero que no ha despertado. Regresa al interior de la sala y no vuelvo a saber de ella, no se interesa por dejarme ver a

David; no me necesita. Es su forma de desquitarse conmigo por lo de esta mañana. Fumo hasta el anochecer, y vuelvo al pasillo de la sala de recuperaciones donde me quedo dormido sobre una hilera de sillas plásticas.

Despierto muy temprano, aturdido por el ruido de los altavoces del hospital, y me doy cuenta de que alguien me ha echado una cobija encima. El vigilante de la puerta me saluda moviendo la cabeza, ¿habrá sido él? No, ha sido Amparo, a quien veo sentada frente a mí, masticando un barquillo de arequipe, dejando caer azúcar pulverizada sobre sus piernas.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—El Negro me lo trajo. Está terminando de hacer la facturación, Jota. Te trajo uno a ti también. Ve y dale las gracias —dice, sosteniendo una bolsa de papel marrón manchada por la grasa del hojalдре. Miro hacia la ventanilla del fondo del pasillo, desde donde se acerca el Negro, papeles en mano, la cara deformada en una sonrisa inaceptable. Me levanto y lo saludo. ¿Quién le dijo en dónde estaríamos? ¿Amparo? ¿Nos ha seguido? Me pone la mano pesada en la espalda y nos alejamos de mi mujer, hacia la terraza, yo sintiéndome casi arrastrado, intimidado ante el tamaño y el olor del Negro. No puedo evitar preguntarle:

—¿Cómo le voy a pagar todo esto?

—Uno tiene que estar dispuesto a hacer lo que sea por sus hijos.

Me quedo callado, pensando en lo que acaba de decir. Ante mi silencio, continúa hablando:

—Yo no te estoy prestando plata, Jota. Te estoy haciendo un favor. Eso significa que tú me debes un favor, pero ahora mismo no necesito nada de ti. ¿Está bien?

—Sí señor. Usted ha sido casi como un ángel de la guarda para David —le digo, pero en realidad estoy horrorizado: no solo me he sometido a otro hombre, a un infame pecador, sino que además soy su propiedad—. No he podido ver al niño, debería ir.

Cuando intento volver al pasillo, el Negro se interpone en mi camino y dice:

—Lo que está escrito no se puede cambiar, pero se puede corregir; enmendar los errores. Yo no puedo cambiar el pasado, pero sí puedo reconocer las oportunidades que desperdié, ¿me entiendes? No quiero decirte lo que es la muerte de un hijo, mi hermano. Por eso no entré en detalle el otro día.

—No me imagino —le digo, pero él sigue hablando, con sus palabras cuidadas y claras, como si leyera un discurso escrito.

—Tú eres la última persona que necesita escuchar eso. Ni pensemos en lo que sería una recaída de Davidcito, hermano. Que Dios nos libre. Cuando uno siente el dolor que nosotros hemos sentido lo único que aspira a buscar es justicia. Al menos eso es lo único que yo busco: justicia, un sentido, un orden en las cosas.

—Sí, entiendo.

—Y así no se pueda cambiar el pasado, podemos cambiar el futuro. Aunque no se puedan cambiar los hechos ni evitar las heridas, nos queda el tiempo. Y nada escapa al tiempo... Cuando pasó lo que pasó, yo lo único que quería era que Stella sintiera la mitad del dolor que yo sentí. Es lo justo, ¿no? Más que justo.

—Sí, me imagino.

—Pues claro que sí. Y pensaba yo que mientras más le doliera a ella, menos me iba a doler a mí. Pero que, si ella dejara de sentir dolor, yo también dejaría de sentir dolor, ¿me entiendes? La sanación es posible, yo sé que me entiendes. En fin, nadie como tú va a entender lo que uno es capaz de hacer por sus hijos, ¿cierto?

—Sí señor —le digo, y siento las manos heladas y empapadas de sudor.

—Ahora ve a ver a tu hijo —dice y camina hacia Amparo, que nos espera en el pasillo. Yo camino detrás de él. Se despide de mi mujer con sonrisa, abrazo y beso en la mejilla. Cuando paso junto a ella no la miro a los ojos. Las palabras del Negro resuenan en mi mente en mi recorrido hacia la sala de recuperación. Cruzo

la puerta, veo a David y siento que me envuelve la nada, el vacío. Está pálido, con la mirada ausente. Veo el conducto del suero salir de su brazo, siento el olor de la enfermedad emanar desde su cuerpo. Abre un poco los ojos y al verme dice delirando:

—Estaba con la vaca señora —y suelta una débil risita.

Tengo la impresión de estar soñando, de que toda esta situación pertenece a otro tiempo, a otra persona. Pienso en la pasividad de las vacas, de las señoras, de los animalitos domésticos, de David, de mí mismo, hasta que una gruesa voz me sobresalta: es Cara-de-jirafa, quien le retira el suero a David y comienza a explicarme los cuidados que hay que tener, pero lo interrumpo y le digo que espere a Amparo para decirle esas cosas. El tipo hace una mueca de disgusto y con su ayuda levanto al niño y lo pongo en su colorida silla de ruedas. Amparo nos está esperando en la puerta. El médico se acerca a ella, y mientras hablan yo me alejo, indispuerto y desorientado, pensando en lo que el Negro me acaba de decir, en el honor, el pecado y la expiación. Amparo termina de hablar con Cara-de-jirafa, se me acerca y pregunta:

—¿Por qué no atiendes lo que dice el doctor?

—Tú sabes... después me explicas. ¿Cómo pasaron la noche?

—No pude dormir; David se quejó hasta la madrugada y tuvieron que aplicarle morfina.

Percibo un cambio en ella, pero no logro identificar qué es. ¿Acaso su mirada? ¿Su voz? ¿El Negro le habrá dicho algo? No, es obvio que no. Está inquieta; me abraza y me dice al oído que, por primera vez, tiene miedo. Respiro aliviado.

—¿Qué dice el doctor? —le pregunto.

—Que ya nos podemos ir, pero a mí no me parece buena idea.

Siento una inesperada satisfacción ante la duda de Amparo. Aprovecho para llevar a cabo una pequeña venganza.

—Los médicos saben lo que dicen. David estará bien.

Cuando llegamos a casa noto que una gota de sangre atraviesa el vendaje de la pierna del niño. El color rojo irrumpe con violencia en la blanca pulcritud de la casa, y el insoportable efluvio cancerígeno envuelve al pequeño. No soy capaz de acercarme. ¿Para qué una biopsia?, me pregunto, pues solo con sentir ese olor es evidente lo enfermo que está. ¿Qué hay que comprobar? Todo ha sido una pérdida de tiempo y dinero. Ni siquiera hemos comenzado el tratamiento y ya no tengo nada que ofrecer, estoy prácticamente esclavizado, sometido a los caprichos del Negro, como si los de Amparo y David no fueran suficientes. Nos controlan los médicos y los hospitales, y a mí parecen controlarme todos; todos tienen poder sobre mí, menos yo. Incluso un niño moribundo, por ser mi hijo, es capaz de dominarme. ¿Por qué el peso del destino solo parece aplastarme a mí? ¿Dónde está esa fuerza inexpugnable, esa voluntad divina, ese sentido y orden en el mundo? ¡Es tan difícil conservar la fe con tan escasas señales!

No puedo hablar con Amparo, ni siquiera verla a los ojos. Paso de largo, hacia el baño, en donde me desnudo y me meto al jacuzzi. Pienso en sumergirme y quedarme para siempre allí, que el agua bendita me llene los pulmones de paz, pero esos pensamientos suicidas son tan ligeros y efímeros como la presencia de Dios. Me esfuerzo por no pensar, ignorar el paso del tiempo, la creciente presencia de la muerte. Duro casi una hora en el agua. Oigo que al otro lado de la puerta Amparo mueve muebles, posiblemente acomodando el cuarto para la tediosa tarea de bañar, vestir y acostar al niño recién operado. No quiero salir a ayudarla, no quiero verlos; a ninguno de los dos. Pero sé que tengo que hacerlo y me levanto de la tina, cargando el peso insoportable de la vida. Intento dejar en el agua la toxicidad de mis pensamientos, pero se adhieren a mí como una capa de aceite. Los ruidos cesan. Me miro al espejo por unos minutos, incapaz de reconocermme en la imagen de un viejo con piel de capacho de uchuva. Cuando salgo a la habitación para vestirme, veo a David sentado en su silla de ruedas, mirándome con frialdad desde una esquina de la oscura habitación.

**CUANDO LLEGAMOS
A CASA NOTO QUE
UNA GOTA DE SANGRE
ATRAVIESA EL VENDAJE
DE LA PIERNA DEL NIÑO.**

**EL COLOR ROJO IRRUMPE
CON VIOLENCIA EN LA
BLANCA PULCRITUD
DE LA CASA, Y EL
INSOPORTABLE EFLUVIO
CANCERÍGENO ENVUELVE
AL PEQUEÑO. NO SOY
CAPAZ DE ACERCARME.**

—¿Dónde está su mamá? —le pregunto.

—En la cocina.

Me visto con una sudadera, salgo de la habitación y siento un delicioso olor a hierbas, pan y carne, que me trae una profunda sensación de bienestar; aunque me temo que será la última vez que me sentiré así. Me acerco a la cocina. Amparo revuelve una olla, arrullada por el sonido burbujeante de la sopa succulenta. Sé que ha sentido mi presencia, pero permanece de espaldas sin inmutarse; frágil, reducida, terrenal. Veo su cuerpo firme y pequeño, y me pregunto en qué momento le he permitido adquirir tanto poder, cuándo dejé que ella impusiera su voluntad sobre mí. Miro sus talones pálidos, la frontera blanquimorena entre la planta del pie y el pie, y sus tobillos, ¿habría sido alguna vez su deseo terminar aquí, con un niño y con alguien como yo? Miro sus pantorrillas, llenas aún de brillo juvenil; yo he envejecido mucho más rápido, quizá por la melancolía o por andar esperando milagros. Miro sus caderas y sus nalgas, envueltas en el suave oleaje de la delgada tela de su batola; percibo su fertilidad, el calor de su cuerpo, la vitalidad de su presencia, pero a la vez sé que esas virtudes ya no me pertenecen. El que siembra escasamente, segará escasamente; y el que siembra abundantemente, abundantemente también segará. Observo su cabello seco, descuidado, y de repente ella voltea a verme, con ojos de víctima, con los mismos ojos con los que me podría mirar cualquier otra mujer. El caldo continúa bullendo, emanando un humo aromático que se extiende por la casa, y soy yo quien se atreve a romper el silencio sublime.

—¿Sabías que el Negro tuvo un hijo que nació muerto?

Cada día que pasa, David empeora. Visitamos el Instituto con frecuencia durante las semanas posteriores a la biopsia, para que le hagan las curaciones, pero vemos cómo la herida se oscurece, supura y desprende coágulos negros. Casi veinte días después del procedimiento, me atrevo a preguntar.

—¿Por qué quedó así?

—Fue trabajo de estudiantes —dice la doctora Gretty, liberándose de cualquier responsabilidad.

—¿Sus estudiantes?

—No, cirugía es otro departamento. Hoy llegaron los resultados, y el diagnóstico no es alentador. Osteosarcoma fibroblástico de tibia izquierda con alto grado de malignidad; la pierna está comprometida —nos explica—. El problema es la tendencia de estos tumores a propagarse en los pulmones, y está en una etapa tan avanzada que es posible que ya haya afectado otras partes del cuerpo. Sugiero iniciar un tratamiento de quimioterapia tan pronto como sea posible y hacer exámenes generales: revisar el fémur, los riñones, hígado y pulmones.

El objetivo de la quimioterapia preoperatoria, dice la doctora, es buscar que disminuya la inflamación y se frene la propagación de la enfermedad en el cuerpo. Una vez extirpado el tumor, serían necesarias sesiones adicionales de tratamiento para asegurar la completa eliminación de las células cancerígenas. Nosotros atendemos en silencio, convencidos de que si omitimos una sola recomendación, una sola palabra, las posibilidades de supervivencia de David disminuirán, pero la jerga me es ajena, estéril, palabras desconocidas que se pierden en el aire, mientras a nuestro lado un cuerpo convulsionante, el cuerpo de mi hijo, lucha contra sí mismo para no ser devorado. La doctora sigue hablando, dice que en un niño tan pequeño hay altas probabilidades de que los vasos sanguíneos no soporten la carga química de los medicamentos. Lo miro, acostado en la camilla, pesando la mitad de lo que pesaba cuando llegamos a la ciudad, incapaz de caminar y asearse por su cuenta, convirtiéndose en una manifestación orgánica de todo lo que está mal en mí. Mientras las dos mujeres hablan, yo me levanto, con la visión aturdida por el llanto, y salgo del consultorio hacia el pasillo. Las ventanas están sucias, las iglesias se ven pequeñas. ¿Por qué tengo que deberle tanto al pasado, al Negro, a David, a este hospital, a un Dios desaparecido? Quisiera tener la seguridad de que soy una víctima, de que, aunque he pecado, me he mantenido fiel a mis

principios, pero no es así. Durante todos estos días no he esperado la recuperación de David, sino su muerte liberadora. Amparo sale del consultorio y me toca con una mano fría que parece un pequeño anfibio. Trato de recordar cuándo fue la última vez que estuvimos lejos del niño, como ahora, y me siento obligado a no mirarla, pues temo que en el momento en que lo haga ella se transforme en otra mujer, en cualquier mujer.

—La doctora hizo unas llamadas y pasarán a David a hospitalizaciones de una vez —me dice con frialdad.

Volar, como paloma engrasada, hacia la cúpula de una iglesia y mucho más allá. Perderme en el monte, entre los árboles y el cielo.

—¿Me escuchaste? —pregunta Amparo, levantando la voz.

—Sí...

Si creo en lo que dice un médico, ¿para qué cargar con el peso de la fe? Gretty sale del consultorio, empujando la silla de ruedas de David. El niño tiene un vendaje nuevo y limpio, en el cual se puede ver una nueva manchita de sangre impura. Amparo vuelve a ser Amparo, yo vuelvo a ser yo, y reaparece el destino, la máquina del deber, empujándonos a otro de los edificios del Instituto: el edificio de hospitalizados residentes. La estructura es completamente blanca, diferenciándose del ladrillo expuesto que cubre el resto del hospital. Es breve el camino, y al llegar subimos por el ascensor hacia el piso donde tienen a los menores de edad. Durante el trayecto me llama la atención el hecho de que Gretty empuje la silla de David, y que haya decidido acompañarnos por voluntad propia, y me pregunto si acaso ella, Amparo y el Negro están a gusto con lo que hacen, si no se ven afectados por el estado del niño o por la inexistencia de la voluntad humana, si creen que actúan bajo sus propios intereses o también son manipulados por alguna fuerza divina u oscura. ¿Qué es lo que me aleja de ellos, lo que me hace tan diferente? Recorremos el piso, llevando a David

a su nueva habitación, y noto dos cosas: que los cuartos no tienen puertas y que la mayoría de los niños están solos. El pasillo principal parece extenderse hasta el infinito. Veo las paredes blancas del interior, sin decoraciones hipócritas, pues ya no hacen falta las mentiras: es tarde para ellas.

Una vez en la habitación acostamos a David. Gretty se despide y se va, y una enfermera joven y bonita canaliza al niño con la primera de muchas bolsas de quimioterapia. Antes de salir nos dice que solo puede quedarse a dormir un acompañante por habitación, y que si necesitamos algo se lo hagamos saber. Amparo enciende un televisor diminuto que hay en un rincón, pero no funciona, y arrullado por la estática y el goteo constante del suero, David se queda dormido.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta ella.

—El Negro me dijo que ahora le debo un favor —le digo.

Porque ya no hay tiempo para mentir. Ambos sabemos lo que eso significa, ambos sabemos lo que se dice en el pueblo. Nadie se atreve a hablar. Percibo la intención de Amparo de acercarse a mí, abrazarme y descargar su llanto reprimido, pero ninguna de esas tres cosas sucede. Me quedo junto a la camilla, observando la cara suave y apacible del niño, hasta que el cielo se oscurece.

La enfermera bonita se asoma a la puerta y nos dice que uno de los dos se debe ir. Me tiembla el cuerpo, giro la cara y veo a Amparo, mirándome fijamente, y así nos quedamos, conscientes de la finitud de este momento. El silencio es inquebrantable. Me inclino sobre la camilla, beso a David y dibujo, con mi dedo pulgar, una cruz en su frente. Amparo tiene los ojos rojos, la mirada llena de miedo y odio, pues sabe lo que haré, pero no le salen lágrimas, no dice nada, es incapaz de materializar lo inminente. Salgo de la habitación desconocida, tratando de imaginar lo que pasa por la mente de esa mujer ajena, que debe cuidar de ese niño ajeno. Observo por última vez el pasillo de hospitalizaciones. Al bajar las escaleras, me siento ascender. Salgo del Instituto sintiendo la visceral libertad de un mártir; una paz moribunda, la tranquilidad de un condenado. Soy consciente de que he dejado

**TRATO DE RECORDAR
CUÁNDO FUE LA ÚLTIMA
VEZ QUE ESTUVIMOS
LEJOS DEL NIÑO, COMO
AHORA, Y ME SIENTO
OBLIGADO A NO MIRARLA,
PUES TEMO QUE EN
EL MOMENTO EN QUE
LO HAGA ELLA SE
TRANSFORME EN
OTRA MUJER, EN
CUALQUIER MUJER.**

a mi familia, pero me siento libre de toda culpa, de toda deuda. Le he devuelto la familia a un hombre perdido, he castigado el ciego orgullo de una mujer pecadora y he liberado a mi hijo de la agonía, ya sea que reciba el abrazo de la vida o el de la muerte. Camino entre la basura y los escombros, hacia las iglesias que vi por la ventana, anhelando que la presencia sagrada confirme el sentido de mi sacrificio. Echo un vistazo al interior de Nuestra Señora del Carmen, y veo a los pocos feligreses en silencio, oyendo sin entender la voz de un sacerdote diminuto que se distorsiona y se descompone en el viento. Entonces percibo un miedo naciente y, antes de que pueda afianzarse dentro de mí, paso de largo y sigo caminando.

UN HOMBRE DE AFIRMACIONES



Autor

Marilly Ocampo



Editor

Andrea Sánchez

*Nunca se pagaba demasiado por las sensaciones.
Oscar Wilde, El retrato de Dorian Gray*

Antes de dormir me gusta leer lo último que anoté ese día en la agenda. *Confesión número 02: Asesiné a mi único amigo. Lo que hace de esto una confesión es que no me importó. La amistad es un pacto humano y los pactos, a veces, se rompen.*

Los tres días previos a esta última nota fueron extraños. Antes del contacto con el Ecosistema número 01 era solo un desgraciado. Tal vez porque no fui lo suficientemente humano, o bien lo suficientemente estúpido, me convertí en un ser vivo que perdió por completo la capacidad de asombro. Mientras ciertas experiencias en algunos producen un “¡Oh!” como respuesta, en mí, esas mismas experiencias producen interrogantes en lugar de exclamaciones: “¿Y esto qué?”, “¿por qué se supone que debo maravillarme?”. Lo reconocí mientras leía una investigación de Levick sobre el comportamiento de una especie de pingüinos. El explorador descubrió algunas “extrañezas”: *Los pingüinos Adelaida tienen sexo entre machos, violan a las hembras, matan a las crías y practican necrofilia.* Leí dos veces el mismo hallazgo y seguía sin impactarme. De seguro una versión antigua de mí mismo se habría emocionado al leer esto.

Desde que me abandonó casi nada me resultaba interesante, pero el tiempo no se detuvo y los recuerdos torturaban a no ser que los silenciara ocupando mi mente en cualquier cosa. Restaba una hora antes de que Tafur tocara mi puerta. Intenté agotar ese tiempo mirando una fotografía en la que me encontraba al lado de una tortuga dormida en las islas Galápagos. Ningún animal en estado

de vigilia quiso fotografiarse conmigo. Así que, para lucir igual de feliz que las personas cuando viajan, traté de tomar muchas fotografías como evidencia de la experiencia. Cuando los animales se quedaban dormidos yo aprovechaba para fotografiarme con ellos. Incluso recordé que una tortuga aceleró su paso cuando traté de captarla con la cámara. Recordar el origen de la foto me entristeció.

Perder la capacidad de asombro es como sumergirse en el lodo y salir limpio. Incluso esta aséptica simpleza llegó a ser tormentosa pues no me permitía disfrutar nada, para bien o para mal. Pocas veces me atrevo a hacer algo; solo busco en qué gastar el tiempo mientras la simpleza me abandona y regresa el desespero por no sentirme solo. Ahora no es fácil discernir si me encontraba mejor antes de conocer la compañía humana, o si la anhelo aun cuando ya sé de su hipocresía; consciente, en todo caso, de que se trata de un falso acompañamiento. Todavía no lo sabía, pero ese día Tafur provocaría el regreso de la perplejidad a mi vida. La observación de la foto tan solo ocupó veinte minutos; todavía tenía que consumir los cuarenta restantes. Por fortuna, cuando observar objetos no funciona siempre queda una opción. Por lo menos en algo coincido con los de mi especie al decidir perder mi tiempo viendo televisión. Suelo relajarme observando programas sobre veterinarios de animales indefensos. Es de las pocas cosas que logran conmoverme. Sin embargo, esos programas suelen transmitirse en la mañana; el resto de la programación son documentales sobre ciertas especies y su vida animal. No me molesté en pasar el canal. Estaba dispuesto a ver lo que proyectaran, así fuera publicidad pagada.

Después de tres segundos de pantalla negra apareció un plano general de un hermoso paisaje africano, un cielo limpio, un prado verde, todo acompañado de una suave brisa, sonidos naturales y un cervatillo de pocos días de nacido. El cervatillo, todavía de paso torpe, balanceaba su colita mientras su madre le lamía la cabeza. Los ciervos y sus crías convivían en el mismo hábitat que los babuinos. Sin embargo, para esta ocasión, en la que justamente yo era el espectador, un babuino dominante decidió tomar por cena al cervatillo inocente. La madre ciervo golpeó inútilmente el enorme

y rígido cuerpo del babuino, quien logró confrontarla con un manotazo contundente en la cabeza. El cervatillo atrapado por la otra mano gigante del babuino zapateó en vano tratando de liberarse.

La madre ciervo, desorientada por los manotazos, intentó una última vez liberar a su bebé ciervo; después de un puñetazo que la derrumbó, se recuperó. Frustrada y herida, se alejó para ver, desde la distancia, al babuino que se devoraba a su hijo. No podía creer lo que veía. Se rindió, la mamá cervatillo se rindió ¿Por qué no peleas por tu bebé?, quise preguntarle. La cámara enfocó el rostro de la mamá ciervo, su mirada respondió mi pregunta: dos ojos negros y profundos como el vacío. ¿Quién era yo para juzgarla? La incapacidad de retener lo que se quiere no es solo un defecto de los hombres, como tampoco lo es rendirse. Percibí su frustración, su inutilidad. Se parecía tanto a mí: ambos estáticos, desde la distancia, mirando cómo los demás se llevan lo que queremos y, en su lugar, nos dejan residuos de eso que se llevan, como para reemplazar su ausencia, por caridad. Cuando perdí lo que quería me dejaron las minucias de una vida falsa, por caridad. Cuando la madre ciervo perdió lo que quería le dejaron un pequeño cuerpo infantil destrozado, por caridad. Es en ese momento, cuando estamos alejados de lo que queremos, que podemos reconocer nuestra propia invalidez.

El babuino tomó de las patas traseras al cervatillo como si agarrara un traje con pinzas en busca de arrugas, clavó sus caninos en un profundo mordisco. El cervatillo parpadeó mientras estaba siendo devorado, pasó del sufrimiento al vacío de la muerte. Después de tener las patas traseras y el vientre carcomidos, frente a los últimos mordiscos solo movió sus patas frontales. El espasmo desapareció junto con su corta vida. Las últimas imágenes se grabaron en mi cabeza: el babuino regresó a su manada satisfecho, la madre ciervo regresó con su hijo y se sentó a su lado. A continuación, se proyectó un corte comercial sobre sartenes antiadherentes en los que la carne no se pega ni se quema.

Quedé algo perturbado, para mi sorpresa. Luego supe que los babuinos suelen quebrantar el pacto de convivencia no tanto por instinto de supervivencia sino, más bien, por capricho; una

vanidad por ratificar su superioridad ante los ciervos, un gesto para mantener el orden y eliminar cualquier atisbo de rebelión animal. Esto me hizo pensar que los animales se parecen bastante a los humanos por mucho esfuerzo que concentremos en desligarnos de esta herencia: algunos humanos parecen babuinos egoístas; otros parecen cervatillos inválidos o mamás ciervo frustradas, y sin embargo, algo es común para todos: establecemos pactos y algunas veces los rompemos.

Este corto episodio de vida animal me generó el primer pensamiento de ese día. Tomé mi agenda, primero anoté la fecha, luego consigné la idea. *Consideración número 01: Vivir es, en todos los casos animales y humanos, una prueba de la naturaleza. Evidencias: Morir, que sería no pasar la prueba.* Debo admitir que pocas veces me aterra la feroz belleza de la naturaleza. No es bestial sino perfecta porque funciona según reglas que, aunque parezcan crueles, permiten mantener un equilibrio en el mundo, a diferencia de las reglas humanas que desequilibran el todo simplemente en beneficio de la parte.

Este programa activó una serie de pensamientos que daba por extintos. De repente, inferí algo y de nuevo tomé mi agenda para anotarlo. *Hipótesis número 01: La perfección de la naturaleza también está en la muerte. Evidencias: Ninguna.* Por eso es solo una hipótesis. Señalé el pensamiento con un asterisco para en algún momento tratar de comprobarlo. Días después lo comprobé. Y, de nuevo, me apagué, se agotó el atisbo de emoción. El documental no fue lo suficientemente fuerte como para agotar más tiempo, pero por suerte escuché el motor de un carro aproximándose. Tafur suele llegar temprano: es puntal, es para lo único que parece tener modales. Todos los que conocemos a Tafur tenemos la costumbre inconsciente de llamarlo por su apellido en lugar de llamarlo por su nombre, Francisco. Así ha sido desde que nos enlistamos en las Juventudes Comunistas. Al parecer el régimen militar se quedó impregnado en él; para los demás ese evento fue solo una experiencia como cualquier otra.

Transcurrieron tres minutos desde que se detuvo el sonido del motor y Tafur no había tocado la puerta. Salí a indagar. Sus modales

**DESDE QUE ME
ABANDONÓ CASI
NADA ME RESULTABA
INTERESANTE, PERO EL
TIEMPO NO SE DETUVO
Y LOS RECUERDOS
TORTURABAN A NO SER
QUE LOS SILENCIARA
OCUPANDO MI MENTE
EN CUALQUIER COSA.**

se exhibieron en plenitud: Tafur perseguía a una de mis marranas, que había escapado de la pequeña granja. La cerda, muy inteligente, lo hacía correr en círculos para agotarlo.

—No la molestes, Tafur —le grité, pero era inútil desdibujar la sonrisa infantil en su rostro, producto del correteo con la cerda.

—No la estoy molestando. Se escapó de la granja y la voy a coger —respondió Tafur.

—Ella no pasa de ahí. Déjala y entremos. —Tafur confesó:

—No güevón, quiero ver qué tiene puesto.

Para mi infortunio Tafur notó algo extraño el cuerpo cubierto de lodo de la marrana. De allí su diversión. Era la mirada que adquiría cada vez que descubría algo potencialmente humillante en los demás. Él era una especie de cazador de vergüenzas; yo

siempre era una presa fácil. Mi amigo tardó un poco en reconocer que la cerda corría en círculos, apenas lo descifró dejó de perseguirla y esperó a la marranita apenas esta terminó de dar la vuelta. Conchita cayó en su trampa, Tafur la atrapó y allí empezó mi degradación.

—¡Ay! Tiene ropa. Mario ¿por qué la marrana tiene una blusa puesta, ah?

—Tafur, eso no te incumbe.

— ¿Por qué? Quiero saber.

—Después te explico, con más calma.

—Ay, no me digas que la sacaste a vivir.

—No digas bobadas, Tafur.

—...

—Tafur ¿en serio lo crees?

—Sí —dijo con seguridad—. De pronto ya no te entiendes con las de tu especie y deseas probar cuerpos más exóticos.

—Tafur, qué estúpido, no me estoy follando a Conchita, solo le puse una puta blusa y ya.

Mi amigo, sorprendido por mi abrupto pero débil enojo, se comportó como un babuino dominante, es decir, con mera vanidad por mostrar su superioridad sobre mí, solo que Tafur no lo hacía devorándome físicamente sino en pequeñas dosis de humillación.

—¡Oh! Hasta tiene nombre. Discúlpeme *mademoiselle* Conchita. Se ve *spectaculaire* esta noche *mademoiselle* Conchita. Permítame llevarla a su mansión, *mademoiselle*.

Tafur improvisó una calle de honor para la cerda. No me parecía necesario llevar a la marrana a su cochera, se lo hice saber. No le importó, igual lo hizo. Mi humillación fue contundente. Tafur se acercó a la casa de las cerdas para encerrar a Conchita, y al hacerlo descubrió que todas las demás cerdas también usaban blusa. No logró contener la sorpresa y de nuevo me confrontó. Reconoció la ropa. A Tafur le causó gracia

ver a las marranas en la cochera usando la ropa de Vanessa. Desde luego, deformó la intención.

—Mucho enfermo, Mario —dijo esto con agrado. Interpretó mal el significado de las prendas.

—Debes estar pensando una cochinada.

—Pues son marranas ¿Qué quieres que piense, señor puerquito?

—Tafur, las vestí así para ver a Vanessa como una cerda y... odiarla.

—¿Y también les das por el culito de vez en cuando?

—No entiendes, tú no entiendes nada, déjame solo.

—No te pongas así, mira que me parece muy buena la idea. Solo no te vayas a casar con ellas y a tener un harén como los árabes, pero de marranas.

—Cállate.

Tafur tomó la bufanda con la que cubría su cuello y la sujetó en su cabeza, simulando un turbante.

—Hola amigos, te presentos a mis esposas cerdas.

Este episodio lanzó a mi mente un problema sencillo: ¿Cuántas marranas con blusa se necesitan para hacerme quedar como un zoofílico? Respuesta: solo una. Me acerqué a su rostro aún sonriente, desenterré de mi interior la poca dignidad que tenía reservada y se la mostré con toda mi furia: "Quiero que te vayas", le dije. Sí, todavía no sé cómo me llené de valor, aunque siendo honesto me sentí grosero. Reconocí en su rostro la sorpresa, mas no por el requerimiento, sino por aquello en lo que esto se convertía: un reto. Ahora Tafur debía reconocer que el débil a pesar de estar en desventaja no se defiende por resignación, como él creía, sino por todo lo contrario: autoconservación. Las especies inteligentes no gastan su energía en esfuerzos de los que no deriva una ganancia, así sea consumiendo una vida o una sencilla sensación de bienestar. Una especie como Tafur gasta toda su energía en ratificar su superioridad sobre los otros, de modo que cuando un aparente debilucho

sale a confrontación, no puede defenderse, pues toda su fortaleza es una coraza de cartón.

Descubrir esta actitud de Tafur me generó un pensamiento nuevo. Lo sentí importante, era una consideración, pero tenía potencial de hipótesis. Necesitaba anotarlo en mi agenda. Empecé a correr en dirección a la casa, repetí el pensamiento en mi cabeza para no olvidarlo. *Consideración número 01: Los humanos se mueven por un motor de egocentrismo que es una nueva encarnación del instinto de supervivencia.*

Alcancé a anotar el pensamiento que ya empezaba a imbricarse y desfigurarse en mi cabeza. La cabeza no es un lugar seguro para las ideas: se deforman o se extinguen para siempre. Tafur entró a los pocos segundos. Cruzamos miradas. Siempre se hacía su voluntad. Le lancé mi mirada de “en verdad quiero que te vayas porque me ofendiste mucho” y él me devolvió su mirada de “no me importa, soy tu amigo y te daré algo para que hoy no te mates y me generes cargo de conciencia”. Nos sentamos en el sofá que ahora hace las veces de mi cama. Tafur notó el desastre que tengo por casa, me miró inquieto, no me sorprendí; él notó mi falsa naturalidad y fingió aceptarla.

—Mario, eres mi amigo y te tengo mucho aprecio, en serio.

—Sí, te creo amigo.

—Entonces ¿no hay raye por lo de ahorita? Pero es que en serio es muy raro, güevón, pero no voy a presionarte, cuando me quieras contar, ¿ok?

—Gracias por no presionarme.

—Te tengo una sorpresa para subirte el ánimo, pero la sorpresa se demora un poquito.

—Está bien.

—¿Quieres hablar de algo mientras tanto?

—Sí, me gustaría mucho.

—Pero nada de maricadas deprimentes ni de Dagerman ni Borges y menos Camus —simulando mi voz—. “Estoy atrapado en el absurdo, Tafur”.

¿Cómo lo supo? Es mi amigo, me conoce demasiado. Bajo esas condiciones no tenía mucho de qué hablar. Él era el especialista en filosofía. Me gustaba hablar con él porque me explicaba muchas ideas que me parecían atractivas, pero él ya se cansó de hacer las de maestro.

—Entonces podemos hacer otra cosa.

—Sí, ¿qué quieres hacer Mario?

—¿Quieres ver documentales de animales?

—¿Qué?

—Sí, por ejemplo, ver cómo es el día a día de los canguros rojos australianos... no mentiras, es ver la vida de todos los mamíferos que habitan en el desierto rojo australiano.

—...

—Empieza a las ocho, es muy interesante.

—Hum, me imagino.

—¿Qué dices?

—¿Y si mejor vemos porno?

—Bueno, si tú quieres.

Tafur se emocionó ante la idea de ver pornografía, tomó unos vasos de la cocina y una botella de ron de la licorera heredada, junto con la casa, de mis abuelos alcohólicos. Tafur preparó dos tragos aun sabiendo que él terminaría tomándose el mío, lo hace para parecer cordial y disimular su “alcoegoismo”. Beber solo le molesta pues siente que observan su compulsión por la bebida. Sacó del bolsillo de su pantalón un sobre transparente con perico. Pensé que lo había dejado. Acercó la mesa de centro, que no estaba en el centro sino en una esquina olvidada y acomodó todo. Empezó a pasar los canales buscando los de porno. Estaban desactivados. Me incriminó con su mirada, me culpaba de algo. “No consumo porno”, le dije. “Entonces conecta el wifi al televisor y ponemos”, me contestó reveladoramente. “No he pagado el internet”, dije para terminar. El rostro de Tafur reveló su desilusión.

—Mejor hablemos.

—¿De cualquier cosa? —pregunté ilusionado.

—Hum, pues solo no te pongas muy pesado con eso de que quieres morirte y esas vainas mentales que tienes.

—Tafur ¿qué es el tiempo?

—¡Ay no! Mejor hablemos de tus pensamientos suicidas.

—Solo quieres saber de mis problemas para esquivar mis inquietudes. Quiero saber algunas cosas que tú entiendes mejor.

—Pero tú ya sabes qué es el tiempo, lo vives, te afecta.

—Pero qué dicen los filósofos. ¿Qué es sucesión?

—Tú ya lo sabes o algo has escuchado. Recuerda que faltabas a Biología y te infiltrabas en las clases que yo veía.

—Fue hace mucho. Recuérdame.

—Sí, eso lo hablamos cuando estábamos en clase de... de... el cacorro calvo ¿cómo se llamaba? Pachecho.

—Pachecho es un gran tipo. Es la persona más agradable e inteligente que he conocido.

—¡Sí, Mario! Pachecho era genial. Así son los maricas, geniales... y sidosos, como Foucault.

Ese último comentario perforó mi sensibilidad, que también parece ser una capa de agua. La manera en que Tafur pervierte todo me resulta atractiva, extraña. Logra destruir las virtudes de todo y rebajarlo al estado más básico, el de los humanos. Se me ocurrió un pensamiento sobre eso. Debía anotarlo rápido. Busqué mi agenda y descubrí que Tafur estaba sentado en ella. "Tafur, párate, rápido", dije ansioso. Tafur se divertía al ver mi desespero. No se paró. Lo empujé y cayó del sofá hacia el suelo. Abrí la agenda apresuradamente, puse el esfero sobre el papel para escribir la idea pero esta había desaparecido de mi mente. Se esfumó. Tafur se paró algo extrañado del suelo y tomó asiento nuevamente en el sofá, le inquietaba mi agenda aunque nunca me había presionado para hablarle sobre ella, aunque era evidente su curiosidad.

—¿Qué es lo que tanto anotas ahí, Mario?

—Cosas —dije con recelo.

—¿Solo cosas?

—Ideas.

—¿Sí? Dime una.

—Bueno, son más bien afirmaciones.

—Bueno, dime una.

—No quiero, todavía no estoy preparado.

—Mario, nunca he sido invasivo con lo de tu agenda, solo tengo curiosidad.

—Son anotaciones sobre cosas que pienso y que escribo en forma de afirmaciones.

—Está bien, no juzgaré.

—Consideración número 01: Los humanos se mueven por un motor de egocentrismo que es una nueva encarnación del instinto de supervivencia.

Tafur se quedó mirando hacia un punto fijo en la pared, tenía la mirada extraviada pero su mente enfocada, lo sé. Tal vez sí le importa lo que escribo. Tal vez me ayudará a comprender mejor estas cosas que pienso. Su expresión se modificó, adquirió la mirada de un especialista interpretando una pintura que no es de su agrado.

—Pues, Mario, no estoy de acuerdo. Tienes mucha razón en lo del egocentrismo como motor, pero no sé si el deseo de supervivencia sea su encarnación.

—¿Puedes ser más claro, por favor?

—Me parece interesante lo de la agenda, me compraré una.

—Y sobre lo que pensé.

—Pues no me parece tan buena la impresión pero es entendible, tú no te mueves en el campo de la filosofía, de las ideas, güevón. También tengo una afirmación sobre el motor de la humanidad, pero para mí no es el egocentrismo en los humanos, ni tampoco algo tan básico como la supervivencia de los animales.

—¿Estás negando el instinto de supervivencia?

—No, Mario, nada de eso. Mi afirmación aplica para humanos y animales y me parece una tesis de mayor envergadura, qué pena decírtelo así, solo que no la tengo formulada como la tuya.

TAFUR SE EMOCIONÓ ANTE LA IDEA DE VER PORNOGRAFÍA, TOMÓ UNOS VASOS DE LA COCINA Y UNA BOTELLA DE RON DE LA LICORERA HEREDADA, JUNTO CON LA CASA, DE MIS ABUELOS ALCOHÓLICOS.

—Dime la idea y la vamos acomodando.

—Ok. Es simple, tengo la sospecha de que todas las especies, humanos y animales, por igual, se mueven por un motor que no es el egocentrismo o la supervivencia, sino la muerte. Sí, es la muerte. Porque la certeza ante la muerte es la que provoca todos los males en el mundo, al igual que todas sus virtudes, pues es la muerte el verdadero motor de la vida. ¿Qué tal? Brutal, ¿no?

—Me parece que suena bien.

—¿Suena bien? No solo suena bien, es real o ¿acaso eres ciego? Tal vez no tienes mis lecturas, no puedo culparte.

—Sí, tal vez no las tengo, pero igual ninguno de los dos puede hacer nada con esto. No hay cómo probarlo.

Tafur parpadeó sorprendido. El haber puesto en duda su recién concebida afirmación era algo que no podía permitirse. Nunca perdía una pelea intelectual. En eso se convirtió nuestra charla para quemar tiempo, así terminan siempre todos mis intentos de quemar tiempo para no sentirme un solitario: en desastre.

—Y es que la reacción de las personas cuando van a morir no es prueba suficiente ¿Has visto morir a un ser humano, Mario?

—Vi morir a un cervatillo.

—Micos, marranos, canguros no. Hu-ma-nos, hu-ma-nos —recalcó Tafur mostrando algunos síntomas de molestia.

—Humanos no —respondí abatido.

—Hum... pues creo que he reformulado mi afirmación y ahora tiene la estructura de la tuya. Mira, cuando una persona sabe que va a morir es frágil, animalesca, regresa a sus estados más básicos, en eso te doy la razón, pero la certeza frente a la muerte es una encarnación del verdadero motor humano que es vivir.

—¿A qué quieres llegar? —pregunté.

—Es más bien un gusto estético. Mira, para mí, no hay nada más bello que ver la impotencia de alguien que cree que va a morir, o mejor, que está seguro de que morirá, porque ahí está ese motor de muerte haciendo presión sobre la vida, para conservarla.

—Nunca he visto algo así. Pero Tafur, como te digo: son solo pensamientos, no hay cómo probarlo.

Ante mi insistencia en la imposibilidad de corroborar las hipótesis, Tafur chirrió sus dientes. Conseguí desesperarlo, se pone muy pesado cuando se desespera, pero era tarde para remediarlo.

—Te lo voy a probar —dijo desafiante.

Sellamos el pacto con la mirada. Tafur metió su dedo meñique en el sobre para probar el perico: su rostro mostró aprobación. Se dio dos pases por cada orificio nasal. Se puso eufórico. Yo solo quería seguir quemando tiempo. Tafur es el tipo de persona que funciona

por un motor de competencia cuya recompensa no es material sino emocional: la ganancia para él consiste en alimentarse de los egos que destruye. Mi ego es tan frágil por el alimento que le ha provisto durante tantos años a Tafur que no entiendo por qué se esfuerza en superarme. Es un hombre incapaz de perder, pensé después.

Ese no es el mejor ejemplo de una charla, sin embargo, desde hace mucho que no es posible hablar conmigo. Tafur se esfuerza en soportarme. Yo trato de hacer lo mismo. En eso se basa nuestra amistad. Somos como dos imanes que muy cerca se repelen. Ambos sabíamos manejar la distancia: no muy cerca como para sentir la repelencia, pero tampoco muy lejos para extrañarla. Se me ocurrió algo sobre nosotros y traté de anotarlo rápido mientras Tafur se servía el segundo trago de ron. *Hipótesis número 02: Toda amistad está mediada por el caos, que en sí es una forma de equilibrio. Así y todo, es mi amigo. El único.*

Tocaron a mi puerta. Tafur se sobresaltó de emoción: “Tu sorpresa”, me dijo. Abrió la puerta y entró una mujer con un gabán que le llegaba hasta los tobillos. Se lo retiró y pude ver el pelo largo, color negro, que terminaba justo en la línea en la que empezaba la forma delineada de sus nalgas. Tafur la saludó de beso en la mejilla. La mujer acomodó dos bolsos de considerable tamaño en mi comedor. Se quedó parada con las manos en la cintura sobre un tapete persa que era de mi abuela y que no limpio desde el abandono de Vanessa. “Dominatrix Ducati”, dijo. Tafur se presentó con un nombre falso pero, al presentarme a mí, dio mi nombre verdadero. “¿Tienen algo en mente chicos?”, interrogó la mujer. “Le prometí a mi amigo una sorpresa, así que sorpréndenos”, dijo Tafur algo coqueto.

Ducati instaló sus cosas en mi sala desordenada. Tafur y yo observamos a la mujer desde el sofá. Algo se dibujó en la mirada viciosa de Tafur, pero no era obscenidad. Parecía ansioso. Yo no lo estaba. Presentí que con lo puto que es mi amigo en cualquier momento podría sacarse la verga y empezar a masturbarse olvidando nuestro pequeño altercado intelectual. Sin embargo, no ocurrió: lo recordó. “Te lo voy a comprobar”, me dijo.

Ducati tenía cierta actitud animalesca que suele ser un afrodisíaco para básicos reproductores como yo. Cejas marcadas le agregaban cierta aura de fiera, tacones de diez centímetros, traje de látex con orificios estratégicos en sus senos, perforados por argollas. Tafur descubrió mi sorpresa por sus *piercings*. Ducati también usaba un collar negro, como los que se colocan en las mascotas; el collar también tenía una argolla. “¿Por qué?”. “Es para el maestro, para dominarla como perra”, susurró Tafur.

Al parecer, era una dominatrix capaz de alternar su figura de poder con un maestro. Era un acuerdo interesante. Lo que importaba era el placer prescrito en altas dosis de dolor. Ducati extendió en mi alfombra sucia su kit sexual. Reconocí succionadores de penes, látigos, consoladores, esposas, pero ninguno llamó mi atención. La dominatrix se puso cómoda. Tafur adquirió una mirada metálica que no comprendí; hace un instante lucía emocionado. Ducati colonizó mi sala y no ofrecí resistencia alguna. Tafur sostuvo su mirada de reproche, pero ¿qué reprochaba? Ella conectó su celular a mi equipo de sonido, se reprodujo una música extraña, modificó el ambiente de toda la sala. Me gustó. De hecho, es lo más parecido a un estado de relajación que tendré.

♪ I don't know her from another miss
I don't know you from another
See me run now you're gone...dream on ♪

Abrió una pequeña maleta de la que extrajo una batería pequeña. ¿Para qué?, me pregunté. Se sentó en mi tapete sucio con su equipo sexual. Conectó dos cables pasacorrientes a la caja eléctrica, luego engarzó las pinzas de los cables a las argollas en sus pezones. La electricidad invadió su cuerpo. Sufrí pequeños espasmos. Me agradó ver sus contracciones. Sus senos se ocultaban y se revelaban constantemente. Más convulsiones. Después, cerró sus ojos y dejó la boca entreabierta, se quedó así por unos segundos, parecía disfrutarlo, me agradó. La música siguió sonando. En cierto momento, mordió sus labios y la sangre manchó su dentadura brillante. Me envió un beso rojo, igual a Tafur. Aumentó la carga

eléctrica en su cuerpo, después escupió en su pecho y la saliva hizo chispear sus pezones. Di unos pequeños saltos en el sofá por la impresión del chispeo.

♪ Toy-like people make me boy-like
 Toy-like people make me boy-like
 They're invisible, when the trip it flips
 They get physical, way below my lips ♪

Miré a Tafur. Tenía esa expresión despectiva en su rostro, una que suele mostrar a las cosas que le parecen vulgares. Llegué a sentir, pero no quiero pasar por mal amigo, que el propósito de traer a la prostituta era más una sorpresa para él que para mí, una que ahora no disfrutaba. Su apetito por el sexo es mayor que el mío; bueno, el mío es prácticamente nulo. Sin embargo, Ducati logró generar algo en mí, y despertar algo donde no hay nada es la salvación. Mi atención desviada regresó a la mujer. Esta se retiró una pinza de su pezón. Tafur continuó con su mirada de concreto. Cara de póker, pensé. Hará algo con esa pinza, lo presentí. Me lanzó un beso y con el cabezal de la pinza sobó su clítoris hasta que por fin se lo pinchó. Me capturó. Ahora, acostada, su respiración se agitó y las convulsiones aumentaron. Se sostuvo con fuerza del tapete mugriento y... ahhhhh. Un líquido blanco y pesado descendió por la abertura de su culo. Ella deslizó su dedo índice por el camino que conducía hasta su ano y, persiguiendo el fluido que se escapaba de su vagina, recogió una muestra, se llevó el dedo a la boca: la saboreó y sonrió. También sonreí con ella. Tafur no sonrió, parecía no haberle gustado.

—¿Eso es todo? —Tafur interpeló a Ducati.

—¿No es suficiente para ti? —contestó la dominatrix, poniéndose de pie y guardando sus cosas.

—Le prometí a mi amigo algo especial.

—Pues él parecía muy a gusto.

—Él no sabe lo que quiere; yo sí. Estaba pensando en hacer otra cosa.

**TOCARON A MI PUERTA.
 TAFUR SE SOBRESALTÓ
 DE EMOCIÓN: “TU
 SORPRESA”, ME DIJO.
 ABRIÓ LA PUERTA Y
 ENTRÓ UNA MUJER
 CON UN GABÁN QUE
 LE LLEGABA HASTA
 LOS TOBILLOS.**

—¿Cómo qué, hermoso?

—Juego de roles ¿Qué dices?

—Solo me someto a mi maestro, hermoso.

—Y ¿qué te podría hacer cambiar de opinión?

—De pronto lo hago por quinientas razones más.

—¿Quinientos mil? Es demasiado. O ¿es que acaso tienes la vagina enchapada en oro o es que recitas poesía o haces obras de caridad?

—Mira, hermoso, no te pongas pesado ¿ok? Eso es lo que valgo. ¿Puedes pagar o no?

Tafur cambió su tono. La estrategia del cazador brusco no funciona con todas las especies.

—Belleza, yo pensaba en trescientas razones. ¿Qué te parece?

Ducati estiró sus labios y bajó una de sus cejas como si estuviera contemplando una oportunidad que cambiaría su vida. Tal vez sí lo fue.

—Trescientos me parece bien —resolvió algo coqueta.

Tafur abandonó el sofá. Se acercó a Ducati lentamente, parecía un ritual extraño. Se retiró los zapatos y luego la camiseta, dejó al descubierto un torso de deportista ocasional y algunos tatuajes de joven irresponsable. A Ducati le agradó ver la tinta en el cuerpo de Tafur, tal vez le hizo pensar que también él encontraba placer en el dolor de un tatuaje. Tafur la tomó del pelo y acercó bruscamente la cabeza de la prostituta a su vientre. Ella mostró ganas de querer morderlo, él la detuvo. “Todavía no tienes libertad, eres mi rehén”, le dijo Tafur a Ducati, quien apenas empezaba a comprender su juego.

Interesante. Tafur involucró el concepto de libertad al juego. Me agrada lo poco que sé del concepto, aunque todavía no es muy claro para mí por qué me resulta sexy. ¿Por qué se supone que esto debe erotizarme? No me imagino una pareja de gorilas jugando al secuestrador y al rehén. Ducati sugirió crear una palabra de seguridad. Tafur no lo consideró necesario pero igual lo aceptó. Ducati solicitó que yo escogiera la palabra de seguridad. “Babuino”, dije entusiasmado. “¿Bambino? ¿Beduino?”, trató de acertar la mujer. Tafur la regañó por consultarme: “Calor”, resolvió. “Dices calor y yo me detengo, ¿bueno?”, preguntó mi amigo a Ducati, quien aceptó de mala gana.

Tafur ató sus manos, puso cadenas en sus pies (para simular a los secuestrados encadenados), tendió una sábana limpia en el tapete persa y allí la acostó. Seguía sin entender qué era lo que debía parecerme sexy. Tafur susurró cosas al oído de Ducati que no logró escuchar. Me imaginé que eran cosas eróticas, palabras clave para esos rituales. Tafur inició sus movimientos de vientre a la vez que rodeó el cuello de la mujer con sus manos grandes. Aplicó fuerza, lo noté por la tensión en sus brazos, Ducati solo curvó su cuerpo un poco al sentir la fuerza.

Aplicó más presión y Ducati se inquietó aunque no lo retiró. Tafur adquirió ritmo en su penetración, le insertó los cinco dedos

de su mano derecha en la boca intentado ahogarla. Ducati mostró signos de atragantamiento pero Tafur, en lugar de parar, clavó su mano con mayor brusquedad hasta que ella la mordió y tuvo que retirarla acompañando la acción con un grito: “perra”. “¿Qué hijueputas le pasa?”, interpeló la prostituta. “Estamos jugando, tranquila, estamos jugando”, dijo Tafur mientras colocó ambas manos sobre el cuello de Ducati, pero ahora ella trató de quitarlas de su garganta. Entendí lo que estaba haciendo. Ducati me miró, sabía que iba a morir. La frustración tiene cierta particularidad en su expresión porque refleja, además de la incapacidad, el temor y la resignación.

Ducati se me pareció al cervatillo que vi ser devorado. Pasaría de un estado de sufrimiento a la simple muerte, tampoco experimentaría la agonía, para bien o para mal. Tafur tenía la concentración de un cazador. Mientras movía su vientre entrando y saliendo del cuerpo de Ducati no dejó de mirarla y de hacer presión con sus manos en el cuello. “Calor, calor”, gritó la dominatrix, pero mi amigo continuó. “Mario, mírala, mírala”, me ordenó Tafur. “Lo sabe, lo sabe”, dijo Tafur mirándola con sus ojos exorbitados como dos planetas que se salieron de su órbita. “Cagoggg, Cacagogg”, trató de pronunciar Ducati hasta que no dijo nada más. Cuando Tafur retiró sus manos, pensando que estaba desmayada, la cara de la mujer quedó perfilada mirándome: cómplice, dijo su rostro.

Tafur se apartó del cuerpo de Ducati con la esperanza de que su inmovilidad fuera a causa de un estado de inconciencia por falta de oxígeno. Tafur intentó reanimarla aplicando respiración artificial pero Ducati era una prostituta y no Jesucristo. Pasaron veinte segundos y Ducati no despertó. Tafur se cubrió la boca con una de sus manos para que no pudiera escuchar su llanto, la retiró y pateó en repetidas ocasiones el cuerpo de la prostituta. “Mario, no despierta, Mario”, dijo a punto de entrar en una crisis. “Es porque está muerta”, contesté mientras impedí que siguiera golpeando el cadáver.

Era bastante obvio, solo que Tafur no quería aceptarlo. Tafur parecía una tierna cría de erizo, porque incluso en estado de vulnerabilidad trataba de protegerse con sus púas infantiles. Trató de perforarme con una de sus púas al decirme “Si está muerta eres cómplice”.

No le encontré el caso en tratar de regresarla a la vida. De hecho, la mujer lucía mucho mejor ahora. Me resultó más simpática muerta, como entrando en confianza. Antes, era un personaje llamado Ducati dentro de otro personaje con un nombre creado por sus padres y que ella creía representar. Pero ahora parece más natural porque la muerte como el hecho más auténtico arrebató la simulación de vivir. Quise observarla un poco más, era más que simple morbo, aunque la mera aparición del deseo era bastante para alguien asexuado como yo.

La desesperación, ayudada por el alcohol y las drogas, desestabilizaron a mi amigo, quien pateaba, lloriqueaba a la vez que me amenazaba, para después pedir mi ayuda sin dejar de insultarme. No me importó lo que hizo porque, de alguna manera, lo hizo por una razón respetable: la de comprobar una idea. Observé el vacío en el rostro de Ducati y noté que la muerte le imprimió algo. Ahora yo no la encontraba vulgar. Mientras contemplé a la víctima, ensimismado, sentí el puño de Tafur en mi cara. Me culpó por no haberlo detenido. Logré sujetar sus manos y abrazarlo, después sentí los mocos traspasar la tela de mi camiseta. “¿Qué vamos a hacer?”, preguntó en medio de las lágrimas. En cualquier otro contexto él ya tendría una solución; en este contexto el liderazgo recaía sobre mí, así que traté de estabilizarlo.

—Tafur, cálmate, ya pensaremos algo.

—¿Que me calme? Claro como no eres tú, no es tu maldita vida la que se va a joder.

—¿Qué te hace pensar que no me voy a joder?

—No importa, cuando nos cojan me vas a echar toda la culpa a mí.

—No, Tafur, no es necesario llegar a eso.

—Entonces ¿cómo piensas solucionar esto?

—Pues...

—¿Pues qué?

—Hay que... desaparecerla —dije, dudoso.

—Loco de mierda. Todo esto es tu maldita culpa.

—No me trates así.

—Quería ayudarte, pero todo lo vuelves mierda. Es que ni siquiera te importa, mírate como estás de calmado ¿Cómo es posible que estés tan calmado?

Tafur escupía por la ira que lo invadía en esos momentos. Parecía un perro rabioso. No es bueno estar cerca de perros rabiosos; pueden morder. Traté de ser el razonable de la situación y verlo de la manera más objetiva.

—Pues porque está muerta y ya. No podemos hacer nada para que viva.

—¿Y ya? Mario, dime algo diferente maldita sea.

—Yo me encargo.

—¿Qué?

—Que yo me encargo. Es mi culpa y yo voy a solucionarlo todo.

La expresión de Tafur cambió a raíz de lo que dije. Empezó a tomarse confianza de nuevo, vi cómo invertía los papeles. No me importó. Ahora él parecía querer consolarme como si yo fuera un niño arrepentido después de cometer una travesura.

—En parte también es mi culpa, Mario, de alguna manera.

—Pero ahora no tienes cabeza para esto. Lo primordial es que te calmes y que nadie descubra lo que pasó aquí. El resto lo hago yo. ¿Ok?

—¿Y qué piensas hacer? ¿Se la vas a echar a los marranos?

—¡No! Cuando los animales prueban carne humana pueden volverse violentos.

—¿Entonces?

—La voy a estudiar un poco para resolver la mejor manera de desaparecerla. Debe ser lo más limpio posible, así que buscaré un lugar cerca del río para desaparecer las huellas y todos tus rastros. Bueno, no importa, porque no sabes nada, te vas a ir para tu casa y tratarás de olvidar esto. Yo me encargo de todo, absolutamente todo.

—¿No me vas a delatar?

AHORA ÉL PARECÍA QUERER CONSOLARME COMO SI YO FUERA UN NIÑO ARREPENTIDO DESPUÉS DE COMETER UNA TRAVESURA.

—No, porque nunca nadie lo sabrá. ¿Bueno?

—Amigo, confío en ti, no tengo cabeza para esto, no soy un asesino.

—Así es. ¿Puedes manejar?

—Sí.

—Recoge tus cosas y vete que yo me encargo.

—¿Y si mejor te ayudo?

—¿En qué me vas a ayudar? No sabes de terrenos ni tiempo de descomposición, ni siquiera de cómo hacer abono humano, no es un campo que conozcas. ¡Vete! Yo me encargo.

—No tengo cabeza para esto.

Tafur recogió su camiseta, sus zapatos y se vistió. Me dio un último abrazo, ya había disminuido su desespero. Me miró pero su rostro no decía “gracias”; parecía más un “no la cagues”. Después de que Tafur abandonó mi casa no pude sentirme más triste. Tenía razón en todo. Reconocí que estaba equivocado: no es él quien tiene la capacidad de pervertirlo todo sino yo. Ese último pensamiento adquirió cierta estructura en mi mente, sentí que debía anotarlo. Ese día consigné en mi agenda mi primera incongruencia. *Incongruencia número 01: Mi mayor capacidad*

es pervertir las virtudes de las cosas, arrebatando la vitalidad de todo lo que toco. Evidencias: mi estado de soledad.

Tafur lloró por dos minutos en el asiento de su auto; yo revisé los objetos personales de Ducati; Tafur lavó su cara para borrar la evidencia de la culpa; yo guardé en una bolsa las pertenencias de la prostituta; Tafur entró en su apartamento; yo limpié el desorden; Tafur se acostó al lado de su novia; yo acosté a Ducati en mi antigua alcoba; Tafur se quedó dormido después de un rato abrazando a Sara, sintiendo su calor humano, sus latidos, no quería estar solo; yo me acosté a lado de un cadáver, nadie quería estar solo.

Traté de dormir unas pocas horas antes de pensar qué hacer con el cuerpo. Merecía disfrutar de su compañía un rato más. Al fin y al cabo ella era mi regalo. Tenía cierta inocencia ahora que la contemplaba en silencio. Sin el ruido de su erotismo, parecía una mamá agotada después de parir ¿Suena ridículo si digo que sentí apego hacia esta mujer? Desde su entrada, Ducati parecía un animal indefenso, esos que son devorados al partir de la manada buscando independencia. Eso me parecía: una cría extraviada.

Si Tafur tiene razón con que tengo la capacidad de pervertirlo todo, entonces valía la pena ensayar cuánto tardaría en pervertirse Ducati a mi lado. Él se queja de que conmigo todo pierde la vida, dice, incluso, que desde que soy su amigo se siente más viejo. Pero si todo conmigo pierde su vitalidad entonces algo que no tiene vida no puede perder nada, o bien, puede empezar a ganar algo. Eso último se convirtió en mi experimento personal y en la única razón para vivir ese día y los siguientes. Si Ducati está muerta, entonces no hay nada de vida que pueda arrebatarme con mi presencia; por lo tanto, puedo compartir con ella sin quitarle nada de lo que ya carezca. Al día siguiente busqué mi agenda, anoté la fecha y a continuación mi nuevo proyecto. *Experimento personal: Compartir con un cadáver femenino en reemplazo de la mujer ausente.*

Antes del abandono de Vanessa tenía muchos planes para nosotros, más bien ideas de citas. A Vanessa no le gustaba la vida rural. Se vio obligada a vivir allí cuando recibí la herencia de mis

abuelos. Siempre estuvo en mis proyectos vivir fuera de la ciudad, pero en los de ella no estaba oler a mierda todo el tiempo ni estar desconectada del mundo, pero yo quería mostrarle aquello que me resultaba atractivo de lugares como estos. No alcanzó el tiempo ni la paciencia para eso. Pero ahora con Ducati que estaba disponible para todo sí podría hacerlo. Regresé algunas páginas en la agenda en busca de esas actividades:

Modelo cita número 1:

- *Montar a caballo.*
- *Picnic al aire libre.*
- *Alimentar a los cerdos.*
- *Jugar en el lodo.*

Encontré una ropa de chica *western* que alguna vez compré para Vanessa por si se decidía a cabalgar. Nunca la usó pero la ropa existía todavía. Ducati estaba algo rígida, lo que dificultó el plan de montar a caballo. En los primeros intentos cayó del sillín a los pocos galopes del animal. Resolví atarla con una soga y también le puse un sombrero de vaquera. Realizó dos vueltas perfectas hasta que la soga se desató y quedó suspendida de una pierna mientras yo la perseguía para enderezarla. Hecho. Taché la actividad de mi agenda.

Modelo cita número 1:

- *Montar a caballo.*
- *Picnic al aire libre.*
- *Alimentar a los cerdos.*
- *Jugar en el lodo.*

La primera actividad resultó bien. No estoy enloqueciendo como para preparar comida para ambos. Para el picnic extendí un tapete para sentarnos y una cesta con frutas y algo de vino; su copa la dejé vacía porque está muerta y no puede beber, pero sí brindamos dos veces, aunque nos detuvimos cuando me sentí mareado

por el alcohol. El calor acumulado en mi cabeza me agradó. Después seguía alimentar a los cerdos. Ducati no me acompañó en la cocina mientras preparaba el alimento; ella me esperó en la cochera. Llevé un único recipiente, dimos de comer a los cerdos directamente de su mano. Pancho, el más ansioso, casi devoró uno de los dedos de Ducati. Me hizo gracia. Ya estando en la cochera fue fácil pasar a la guerra en el lodo, que estuvo mejor todavía; el cuerpo tieso de Ducati impidió que yo pudiera hacerle una llave de lucha y, por ende, ella ganó la batalla. Antes de terminar lo que parecía un día perfecto, limpié nuestros cuerpos y dejé a Ducati en el cuarto. Fue un día productivo. Terminé de diligenciar mis notas en la agenda para ese día:

Modelo cita número 1:

- *Montar a caballo.*
- *Picnic al aire libre.*
- *Alimentar a los cerdos.*
- *Jugar en el lodo.*

Conclusiones: El modelo de cita número 01 satisface las necesidades de socialización y entretenimiento en contextos rurales, a partir de los elementos brindados por el medio.

Posdata: Decirle a Tafur que lo haga con Sara.

Me acosté con la imagen de su rostro pálido en mi mente. Hay personas que parecen conclusiones, es decir, pueden resumirlo todo en un instante, pueden provocar las experiencias más memorables en un solo momento y que cualquier otro no lograría en toda una vida. Esto incluso resulta problemático, sobre todo para mí ¿Podría decir que mi vida valió la pena por un único momento de absoluta felicidad así este pudiera no repetirse? ¿Vale la pena vivir solo en espera de ese único momento? Respuesta: No lo sé. De momento, puedo decir que valió de algo la nostalgia que cargué todos estos años solo para esto.

**AL DÍA SIGUIENTE
BUSQUÉ MI AGENDA,
ANOTÉ LA FECHA Y
A CONTINUACIÓN MI
NUEVO PROYECTO.
EXPERIMENTO
PERSONAL: COMPARTIR
CON UN CADÁVER
FEMENINO EN
REEMPLAZO DE LA
MUJER AUSENTE.**

Me preparé algo de comer antes de dormir. Prefiero no comer a tener que comer en soledad, pero la presencia de Ducati activó mi apetito. Por comer poco me parezco, según Tafur, a los niños de La Guajira. Eso es exagerado porque no soy tan barrigón ni flaco en las extremidades. Apenas mi mente dejó de alimentar mis fantasías y me dispuse a quedarme dormido, sonó el celular. Corroboré la hora: 3:15 a.m. Me imaginé que era Tafur quien esperaba en la línea. Tal vez algún atisbo de culpa.

—Hola Tafur.

—¿Cómo sabías que era yo?

—¿Quién más podría llamar a las tres de la mañana?

—Es que tenía que esperar a que Sara se durmiera.

—Y ¿cómo está Sara?

—Está bien. Bueno, enojada pero es porque está menstruando.

—A Vanessa cuando menstruaba le daban calambres en el recto.

Silencio en la línea. Tafur cambió el tono de su voz.

—Mario, no me importa. Sabes para qué llamo.

—Me imagino.

—¿Ya hiciste lo que tenías que hacer?

—¿Qué se supone que tenía que hacer?

—¿Acaso eres retrasado? ¿Cómo que qué tenías que hacer, ah? ¿Tengo que repetirlo? ¿No te acuerdas o no te quieres acordar? O quieres que lo repita porque me estás grabando. ¿Estás pensando en delatarme, Mario? Hijueputa, contéstame, ¿cómo que no sabes, Mario?

—Cálmate, sé de qué hablas.

—Entonces ¿por qué la hijueputa vaciladera?

—Quería jugar un poco.

—¿Jugar? Mario, tienes que ser un estúpido para jugar con eso.

Los nervios se me afloran hasta por el culo.

—Tienes miedo de tirarte un pedo y delatarte.

—¿Qué?

—Es un chiste, Tafur. Tranquilízate.

Tafur empezó a calmarse y en esa misma medida a bajar sus mecanismos de defensa.

—Mario, discúlpame. Es que sabes todo lo que puede pasar si alguien se entera. Se me jode la vida, Mario.

—Sí, a mí también.

—Pues tú no tienes familia y de por sí no te gusta ser profesor. Así que no sería tan grave. Pero Mario, yo ya soy profesor de planta y pienso casarme con Sara, ella no me va a perdonar una más y menos una... no quiero quedar como un asesino porque fue un accidente, ¿cierto?

- Tienes un futuro por delante.
 —Correcto. Pero tú sabes que lo que pasó fue un accidente, yo no quería.
 —Claro que sí.
 —Y bueno, ¿qué hiciste con ella?
 —Me parece mejor que no sepas para que no te tortures.
 —Sí, pero... ¿ya está lejos o está muy abajo?
 —Estoy en esas.
 —¿Qué quieres decir? ¿No lo has hecho?
 —Todavía no.
 —Y ¿qué esperas? Voy ya para allá.
 —¿Y qué le vas a decir a Sara cuando despierte y no te vea?
 —No sé, le digo que te ibas a suicidar otra vez.
 —Tafur, espera, tranquilo, mañana lo hago, no desesperes.
 —Mario en serio, si no haces algo voy a volverme loco.
 —Mañana lo hago. Duerme tranquilo.
 —¿En serio?— llorando
 —Sí, duérmete, yo me encargo.
 —Gracias, te quiero amigo.
 —Sí, adiós.

Tafur dijo quererme antes de colgar. Tuve ganas de contestarle que no le creía. Nunca tuve valor para enfrentarlo. Ahora que lo hice al mentirle, la victoria no la percibí como creía. Mi triunfo sobre él se siente como la recompensa de un cazador cuando regresa a su casa con un ciervo en los hombros. Creo que me salté la caza y ahora lo que tengo es una presa despellejada que no representa ninguna conquista sino la ruina. Reanudé mis intenciones de dormir.

Desperté sin planes para nosotros. Antes de entrar en la habitación sentí un fuerte olor, parecido al almizcle, perforando como agujas mis pulmones. Después de tres bocanadas se tornó soportable. La acción de la naturaleza sobre el hombre es evidente; pero la acción humana en la naturaleza es solo miserable. Incluso siendo el hombre un ser insignificante para el mundo, la naturaleza se toma la molestia de embellecerlo, convertir su cuerpo sucio, corrupto y egoísta en un lugar lleno de vida,

**TAFUR DIJO QUERERME
 ANTES DE COLGAR. TUVE
 GANAS DE CONTESTARLE
 QUE NO LE CREÍA.
 NUNCA TUVE VALOR
 PARA ENFRENTARLO.**

**AHORA QUE LO HICE AL
 MENTIRLE, LA VICTORIA
 NO LA PERCIBÍ COMO
 CREÍA. MI TRIUNFO SOBRE
 ÉL SE SIENTE COMO
 LA RECOMPENSA DE
 UN CAZADOR CUANDO
 REGRESA A SU CASA CON
 UN CIERVO EN
 LOS HOMBROS.**

donde habitan organismos que se aprovechan de esa porquería que alguna vez se llamó humano. El pensamiento que provocó esa primera imagen debía consignarse en mi agenda, el primer pensamiento del día que regresó mi capacidad de asombro. *Consideración número 01: La naturaleza invierte los valores de la muerte humana. Morir se convierte en una reconciliación con el mundo.*

Intuí que el calor, en general, y los componentes del lodo afectaron en alguna medida el estado de Ducati. En el rostro de la mujer empezaban a desaparecer los tejidos blandos. En apariencia, su cara se desprendía; pero, en profundidad, lo que estaba ocurriendo era la revelación de su verdadero rostro, se eliminó la máscara de su humanidad por una que mostró las perfectas leyes bajo las que se gobiernan: los ciclos. Empieza, termina, pero se repite. El hombre nace de la naturaleza y regresa a ella obsequiando vida como disculpas por todos los atropellos. La vida de los organismos en los cuerpos, más que una acción de las bacterias, es una disculpa con el mundo natural. Eso me parecía: una reconciliación.

Deslicé mi mirada un poco más abajo, acompañé el traslado con el tacto de mi mano en su cuerpo. Su estómago lucía árido como el desierto, pellizqué su piel dura ahora y esta no volvió a su estado original, presioné en otros lugares y se formaron pliegues en su cuerpo como cordilleras en un paisaje. Proyecté lo que vendría después, esos tejidos blandos no se desprenderían más, sino que se volverían líquidos, Ducati se convertiría en líquido, es decir: en algo libre, sin recipiente, sin forma. Pero a la naturaleza también la afecta el tiempo, supe que no me quedaba demasiado con ella antes de que alcanzara su estado de libertad líquida. Esto no fue lo que me perturbó, la mujer no me interesaba, sino en lo que se había convertido: un paisaje hermoso, como una réplica personal de la naturaleza, una maqueta del mundo natural solo para mis ojos. Ella era mi universo personal. Uno que podía extinguirse. Regresé a la sala para escribir las observaciones del cuerpo, noté la deshidratación en ella y también algunas moscas que salían de su boca como escapando de una oscuridad que las hacía prisioneras. Cada vez me pertenecía menos, lo que se traduce en que me acerco, de

nuevo, a la soledad. La desaparición de su cuerpo era el reflejo de mi abandono y mi incapacidad de retener lo que quiero.

Localicé la caja fuerte camuflada en uno de los entrepaños de la mesa de televisión. En ella mis abuelos guardaron lo que consideraron objetos de valor; después de ser asesinados heredé la casa con la caja fuerte incluida y pasé a guardar en ella lo que para mí cumplía el criterio de valor. La frustración por la cercana desaparición de Ducati generó un deseo de conservar algún recuerdo material de ella. Desde hace tiempo no guardaba objetos en la caja; por eso la impresión al abrirla y poder verlos en su totalidad: labiales usados por Vanessa, sus uñas cortadas y abandonadas en el baño, el Rolex de mi abuelo, la caja dental de mi abuela y el punzón para sacrificio de cerdos con el que fueron asesinados ambos. Acomodé junto al reloj un mechón de cabello que tomé de Ducati. Luego descifré que esos objetos estaban allí por una razón: ya no estaban en mi vida las personas a quienes pertenecían, y ese último descubrimiento incrementó mi frustración.

Anhelé tener la posibilidad de guardar más momentos, ya sean como recuerdos o tormentos. Terminé la descripción técnica del cuerpo de Ducati. De nuevo observé el interior de la caja, noté que el punzón todavía era funcional y lo guardé en mi bolsillo derecho. El punzón estaba allí y funcionaba por alguna razón. Así que lo único que me importó en ese momento fue idear una manera de conservar mi naturaleza minimalista, el pequeño universo natural en mi habitación. Se me ocurrió una única cosa. Vida por vida. Una única acción para conservar mi ecosistema. Era necesario llevarlo a la acción sin sentimentalismos, como una mamá canguro que abandona su cría cuando escasea el agua. En la mañana dejé un mensaje a Tafur confesando que no había realizado la desaparición del cuerpo, aunque este desaparecería por su cuenta muy pronto. Imagino que se molestó y se impacientó, lo conozco. Por eso vino a hacerse cargo.

Después de perturbar la tranquilidad de Tafur comprendí mi situación. Ducati todavía existía físicamente pero su presencia no

me importaba, sino lo que podía hacer con ella. Imaginé que si el agua no acababa con ella las bacterias lo harían. Esto perjudicaría nuestros planes. Por ejemplo, no podríamos estar expuestos a la temperatura del ambiente, tampoco conseguiría tocarla. Solo imaginar que podría desvanecerse en mis brazos me trastornó. No quería un cuerpo para contemplar sino uno para querer, un acompañante silencioso y disponible. Ese simple deseo se vio amenazado por el posible efecto de los gases en su materia, la hinchazón, la imposibilidad de moverla, en últimas, de hacer cosas juntos. Entendí que dejó de pertenecerme.

Leí la primera hoja de observaciones de ese día; Tafur entró en la casa insultándome; leí la segunda hoja sin prestarle atención; Tafur reconoció el olor del cuerpo; pasé a la tercera hoja de anotaciones para ese día. Tafur descubrió el cuerpo de Ducati en mi habitación; pasé a la última hoja del día, miré lo que escribí; Tafur lloró y gruñó como una cría indefensa. Sentí sus manos grandes zarandeándome, lo empujé y recogí mi agenda del suelo, escuché sus protestas por mi aparente tranquilidad en el estado de avanzada descomposición del cadáver, me generó gracia su posición frágil, se me ocurrió algo sobre eso. Abrí mi agenda para anotarlo; Tafur se enfureció: “¿Qué putas está anotando ahí?”, reclamó. Trató de arrebátarmela de las manos, conseguí zafársela. Luego lo reconsideré. Sí, sería mejor que él lo supiera. “Lee lo que anoté”, le dije. Tafur leyó mentalmente lo último consignado en la agenda para ese momento.

Confesión número 01: Hoy mataré a Tafur.

Localicé mi bolsillo derecho y agarré el punzón. Apenas Tafur levantó su mirada se lo clavé en la yugular. Se desangró como un cerdo. Un ciclo termina y empieza otro. Así funcionan las cosas. Ahora sí podía hacer la disposición final del Ecosistema número 01, dado por extinto a las 11:00 p.m. de ese mismo día, dos metros bajo tierra, junto al árbol de naranjos. Dentro de poco, debería planificar las actividades y experimentos para el Ecosistema número 02, algo que haría al día siguiente. De momento, anoté la fecha en la agenda para no escribirla al otro día

al despertar. Experimenté ansiedad y por eso sentí que el sueño duró los segundos que tarda un guepardo en capturar su presa. Me despertó el sonido del teléfono, hora: 6:00 a.m.

—Aló.

—Hola, ¿sí?

—Hola Mario, soy Sara, ¿me recuerdas?

—Sara, claro. ¿Cómo estás?

—Bien Mario... bueno, no muy bien, es que quiero saber si Francisco está contigo.

—Eh no, no está.

—¿Sabes algo de él?

—Sí, Sara, pero no sé si quieras saberlo.

—¿Qué? ¡Dime!

—...

—¿Otra vez?

—Sí, pero esta vez parecía muy decidido.

—¿Te dijo por qué?— Llorando

—Dijo que estaba cansado de ti y de su vida.

—Pero...

—Es mejor que te resignes.

—¿Muy joven?

—Cinco años menor que tú. La embarazó y está enamorado.

—Pero, ¿cómo?— Llorando

—Lo siento, debo colgar y por favor no me preguntes nada sobre él porque también dejó de ser mi amigo.

—Está bien. Entiendo, eres una buena persona, Mario.

—Trata de llevarlo.

—Está bien.

—Descansa, Sara.

—No merecías lo que Vanessa te hizo.

Tuve ganas de decirle que Tafur tampoco. Pero los humanos crean pactos y los pactos se rompen. La amistad es un pacto; por tanto, puede romperse. Así fue como volví a vivir. Vida por vida.

VUELTA A LA PÁGINA



Autor
Solange Rodríguez



Editor
Camila Palacios

El lunes en la tarde Ángel escuchó que su hija llegó a la casa. Bajó a la sala y, cuando fue a saludarla, Mariana arrugó con rapidez una hoja que tenía en las manos. Ángel alcanzó a ver las letras EZ en el papel de color azul claro y preguntó:

—Mija, ¿está enferma? Ese papel es del consultorio de Márquez.

—No, papá, ¿cómo se le ocurre? Esto es otra cosa —dijo, y apretó aún más la hoja en su puño—. Aunque ya que menciona el tema, ¿usted se ha vuelto a enfermar?

Ángel sintió el peso de la mirada de Mariana sobre los párpados. “¿Recibió el certificado?”, pensó. “¡Sí, eso es! Cayó la primera: la función ya comenzó”. Entonces se pasó la mano por el cabello, sonrió de forma sutil y le respondió que no. Luego salió de la casa.

Ángel era un mecánico de motos de gran prestigio en el barrio pese a la pequeñez de su taller. Era muy preciso para detectar las fallas de sus mamasis, como las llamaba: le bastaba con hacer crujir el motor o echar un vistazo al humo del exosto o echarle un ojo a la vibración para detectar el problema. Ángel decía que esas mujeres nunca le quedaban grandes; las de su casa sí. Por ejemplo, cuando Berta, su esposa, decía que sí, significaba que no, aunque a veces quería decir que sí, pero lo peligroso no era eso, sino que Ángel creyera que ella decía que sí, cuando en realidad era un rotundo no.

Cuando llegó al taller ya había clientes esperándolo: unos de la casa, que venían a hacer sus mantenimientos periódicos, y otros que llegaban por recomendación. La mayoría de los mecánicos no se comprometían a arreglar motos *fuel injection*, ya que era necesaria la compra de herramientas especializadas de alto valor. Ángel había comprado el *fuel injector tester and cleaner* de \$25 millones hace dos años. Ese dinero salió del bolsillo de Mariana gracias a

un préstamo que pidió a la empresa, pues creía que el crédito se pagaría con el trabajo que le empezaría a llegar a su papá. Tras la vitrina, Ángel sacó el celular, activó la pantalla y se dio cuenta de que tenía una llamada perdida de Mariana. Borró la notificación y entró a la lista de contactos.

—Márquez, ¿cómo va todo?

—Aquí en el consultorio con jjuemil vainas.

—Gracias, hermano, por lo del certificado. Ahí vi a Mariana con él.

—¿Está seguro de seguir con esto?

—¡Cómo no! La causa es justa: con tres viejas en la casa es para enloquecerse.

—¿Y qué pasó con su princesa Berta? Eso no decía cuándo estábamos en el pueblo. ¿Se le convirtió en sapo?

—En mi pesadilla, Márquez. Además, ya me llegó la cuenta regresiva y sería un descaro desperdiciar mis últimos años de vida así.

—¡Ay no, pues! El toche tiene ínfulas de adolescente: *jlibre, como el ave que escapó de su prisión...!*

—¡Deje de joder! ¿Y ahora qué sigue?

—Tranquilo. Yo le aviso.

Ángel respiró y sonrió. Abrió la billetera y encontró una foto de Berta a los dieciocho años: “mírela, tan mamásita, tan tierna, tan inocente. ¡Ay!, ¡cosa bella! ¿Tiene hambrecita? No se preocupe que yo saco prestado para pagar. Amorcito, Angelito, venga, no se estrese. Ya tenemos la bendición de Dios, él nos ayudará. ¿Quién iba a creer que los cuentos de hadas también funcionan a la inversa? Y sí: *no vivimos felices para siempre*”, pensó. Por el otro andén pasó la señora de los tintos; la llamó y le pidió uno bien cargado. Ella le dijo que si estaba muy trabajoso. Ángel le respondió que sí, que gracias a Dios tenía mucho trabajo. Continuó en el oficio hasta llegada la noche, solo descansó en su hora de almuerzo, pues para él era un sacrilegio trabajar con el estómago vacío. Ese día los ingresos fueron de quinientos mil entre las ventas de accesorios y repuestos para motos, las sincronizadas y los mantenimientos preventivos. Ángel guardó

el producido junto con otro montón de dinero que tenía tras dos bloques de ladrillo sueltos en la pared del baño. Desde que cumplió sesenta ese ahorro había ido creciendo hasta convertirse en una cifra con siete ceros: un accidente y el arribo de la tercera edad le habían susurrado la cuenta regresiva de su vida.

Al llegar a la casa encontró a su esposa sentada en el comedor.

—¿Y esos papeles, Berta? —Se sirvió un vaso de jugo y se sentó en el sofá.

—¡¿Cómo así que esos papeles, Ángel?! ¡Juemadre vida! Pues los recibos del agua y la luz. Por su culpa nos van a cortar los servicios.

—¡¿Por mi culpa?!

—¡Sí! ¡Usted los tenía que pagar!

—¿Yo? ¿Y con qué? Venga, Bertica. Páguelos esta vez que yo me encargo del otro mes.

—¡¿Cómo?! Eso me dijo el mes pasado. ¿Y lo que gana en el taller?

—¡Cuántas veces le tengo que decir que no hay trabajo! Entonces qué dijo: el Ángel caga plata pulpita.

—¡Cierre eso, entonces!

—¡Ay, sí jode! ¿Sabe qué? Tome estos billetes y estas monedas que es lo único que tengo. Y tranquila que Diosito nos ayudará. ¿Sabe dónde está el control del televisor?

Berta frunció el ceño, exhaló con fuerza y se fue para la habitación. Al poco tiempo se escuchó el golpe de la puerta. Ángel tomó un sorbo de jugo y pensó: “¡qué iba a pagar esa mierda! Ya mucha plata le di todos estos años; Ángel, ya llegó el recibo del agua, Ángel, ya se acabó el mercado, Ángel, la pensión de la niña, Ángel, ya no tengo zapatos, Ángel, Ángel, Ángel. ¡Ya no más, Bertica!”. En la sala, hasta media noche, Ángel estuvo cambiando de canales en el televisor; antes de dormir, recordó programar la alarma del celular a las 6:00 a.m., pues aún tenía motos por entregar. De repente le llegó un mensaje de texto al celular: *Papá, el doctor Márquez me llamó para avisar que mañana tenemos cita a las 3:00 p.m.; ya sé lo que le está pasando. No se preocupe, todo va a salir bien.*

Al día siguiente, Ángel inició labores temprano; comenzó a sincronizar la primera moto: le quitó las tapas, retiró el inyector, lo calibró y lo limpió en el escáner, descarbonizó el contorno de la rosca con un cepillo metálico, comprobó el paso de gasolina y lo instaló de nuevo. Desempolvó el motor, engrasó los tornillos y armó de nuevo la moto. La encendió: problema arreglado. Luego llegó don Pacho para que le calibrara cinco inyectores para unas motos de una empresa de seguridad, pues las tenía que entregar antes del mediodía. Don Pacho le pagó por adelantado quinientos mil y Ángel hizo el trabajo con la agilidad de un adolescente. Cuando Mariana pasó a recogerlo en el carro, se sorprendió al ver a su papá con tanto trabajo; le dijo que gracias a Dios le estaba yendo bien y que la compra del escáner había sido una buena inversión. Ángel le respondió que no se alegrara tanto y que eso eran trabajos de garantía.

—¿De garantía?! ¿Y no se supone que compramos el escáner para ganar más dinero? ¡Papá, el préstamo no se paga solo! Haga mejores contactos. Colabóreme, por favor.

Ángel no replicó. Mientras se cambiaba el overol, pensó: “¡Ay, Marianita! Cómo cambian las cosas. Cuando usted nació sentí que mi felicidad era completa: mis dos mujeres. Que la muñeca necesita leche, fruta, ropa, juguetes, jardín, colegio, universidad, que dinero para esto y dinero para aquello. Y yo trabaje aquí y trabaje allá. ¿Y la plata que hacía para dónde iba? ¡Toda para usted y su mamá! ¿Y ahora usted me viene a cobrar? Hasta que peló el cobre mi muñequita”.

De camino al consultorio tomaron la Avenida de Las Américas, la calle 34 y la carrera 16 al norte. Mariana no pronunció palabra; tenía la mirada fija en el tráfico de las calles y las manos rígidas sobre el volante. Por su parte, Ángel hacía cuentas en su cabeza del dinero que tenía reunido: treinta millones ahorrados y, más lo de los últimos días, treinta y uno. La meta era más alta; por eso no podía bajar el ritmo aunque fuera desproporcionado para su edad: “la felicidad estaba cerca”.

Al llegar al consultorio, el doctor Márquez los esperaba en la puerta.

—¿Quihubo! ¿Cómo va este paciente? Sigan, sigan.

**ESE DINERO SALIÓ DEL
BOLSILLO DE MARIANA
GRACIAS A UN PRÉSTAMO
QUE PIDIÓ A LA EMPRESA,
PUES CREÍA QUE EL
CRÉDITO SE PAGARÍA
CON EL TRABAJO QUE
LE EMPEZARÍA A
LLEGAR A SU PAPÁ.**

Mariana entró al consultorio, evitó mirarlo a los ojos mientras trataba de sostener las esquinas de los labios que se le desplomaban.

—¡Entonces qué, Márquez! Usted sí no sale de estas cuatro paredes, ¿no? ¡¿Y esas cartas de póker?! ¡No diga que volvió al ruedo!

El doctor Márquez no le respondió. Mientras lo llevaba a la camilla, le hizo señas a Mariana para que tomara asiento.

—Mariana, ¿pudo leer el diagnóstico que le envié?

—Sí, doctor.

—Ángel presenta un deterioro cognitivo leve. Lo más probable es que la memoria de su papá se verá afectada con el transcurso del tiempo. Las pruebas que se le hicieron dicen que tiene un daño

neurológico causado por un golpe. ¿Se acuerda cuando se cayó hace dos años?

“¡Y qué totazo!”, recordó Ángel. “Estuve a un pelo de pasar el túnel, ¡pero mamola! Le hice pistola a esa voz que se escuchaba a lo lejos; ¡ja!, no me extrañaría que hubiese sido la voz de Berta. Además, ¿ustedes saben qué es estar a punto de morir y reconocer que han estado cuarenta y dos años bajo las faldas de una vieja? ¿Cómo iba llegar donde San Pedro y decirle: soy Ángel, un hombre infeliz que no hizo ni mierda en vida? ¡No señores! ¡A papaya puesta, papaya partida!”.

—Sí, sí. Pero, los exámenes salieron bien, ¿no?

—Eso creímos, pero lamentablemente esta enfermedad apareció poco a poco. Deben tenerle paciencia. Yo voy a tratar de comunicarme con otros colegas a ver si podemos hacer algo por él. No se asuste si de pronto presenta el episodio de no recordar el nombre.

—¿Cómo así, doctor?! ¿No va a recordar cómo se llama?

La exaltación de Mariana hizo que Ángel retuviera en su mente esas últimas palabras. Entonces cerró los ojos y pensó que en su nueva vida también cambiaría de nombre.

—¿Y esas cartas de póker, Márquez?

—¡Otra vez, Ángel! Ya está igual que Ber... Que Bermúdez.

Sin embargo, Mariana lo miró con sospecha.

—El ruletista. ¿No me venga a decir que no se acuerda de él, toche?

—Ah sí, sí. El viejo Bermúdez.

Afuera del consultorio, el doctor Márquez le pasó a Ángel una hoja con recomendaciones de alimentación y de actividad física.

Cuando llegaron a casa, Berta estaba esperándolos en la sala. Mariana no dio espacio a que su mamá le hiciera preguntas, sino

que optó por distraerla con otros asuntos: cómo se comportó Salomé, si llegó doña María a recoger el pantalón, si había pagado los recibos, si había algo para cenar y finalmente, que ya se iba para el apartamento.

—¿Y qué le dijo el doctor, Mariana? Fijo es otra chochera de su papá, ¿no?

—¡Mamá!

La mirada de Ángel se agazapó sobre los ojos de Mariana: “hágale Marianita, dígame la noticia, no la retenga más. De por Dios, ¡dígalala!”.

La humedad en la frente, la inquietud de los pies y el movimiento torpe de las manos torturaban el cuerpo de Ángel.

—Mamá, lo de mi papá es grave: está perdiendo la memoria

“¡Eso!” —estallaron de júbilo las palabras en la mente de Ángel—. “Ahí tienen para que se entretengan. Casi que no la suelta, Marianita”.

—¡Qué belleza! Sí ve, por esa jartadera de cerveza, Ángel. Tanto que se le dijo, pero no. Y una necesitando plata y el caballero botándola en esas cantinas.

“¡Ay no, Berta! Espere. No venga otra vez con esas maricaditas”.

—¡Mamá!

—¿¡Mamá qué?! ¿Ahora lo va a defender? Déjeme preguntarle, ¿quién va ser la paganini cuando esté en un hospital, ah?

“Tampoco sea tan extremista y sufrida, Berta”.

—¡Uich, mamá! No le desee eso a mi papá.

“Si ve Salomé, mire: la belleza de mamá y abuelita que tiene, ¿ah?”.

—¡Él se lo buscó!

LA MIRADA DE ÁNGEL SE AGAZAPÓ SOBRE LOS OJOS DE MARIANA: “HÁGALE MARIANITA,

DÍGALE LA NOTICIA, NO LA RETENGA MÁS. DE POR DIOS, ¡DÍGALA!”.

“Ah no, un momentico. ¿Y yo por qué? O sea que les salí a deber. Ah bueno”.

**

Quihubo! Ya pasaron quince días. Simule poca atención y concentración. Saludos. M. Ángel despertó el domingo con ese mensaje en el celular. Intentó dormir de nuevo, pero el ruido de la cocina y el equipo a todo volumen no le permitió ese placer. “¡Eeeepal, lo que faltaba. No pueden ver a un pobre acomodado”, pensó. Cuando bajó, encontró a Mariana, Salomé y Berta sentadas en el comedor; el desayuno estaba servido sobre la mesa: caldo de costilla, chocolate, queso, pan y huevos pericos. Junto a la comida había un ramo de flores con un globo de helio que tenía impreso *Feliz aniversario*.

“¡No pues, lo que me faltaba!”, pensó. “¡Qué manía de estas viejas de vivir en fechas! ¿Cómo les digo, recordatorios? Y qué,

¿celebramos los cuarenta y dos años de matricidio?, ¿de cantale-
tas?, ¿de escunchadero?, ¿de encarcelamiento?, ¿de...?”.

—Venga, papá. Siéntese aquí, al lado de mi mamá.

—A ver, ¿y qué estamos celebrando?

—¡Cuarenta y dos años de casados! ¿No le parece bonito, papá?

—¡Esto está salado!

—¿El caldo? ¡No, papá! Está apenas de sal. Además, mi mamá dejó la papa desleída como a sumercé le gusta.

“¿Como a mí me gusta?! ¡Qué va a saber ella de mis gustos!”.

—¡Agüelito!, ¿y sí le gustaron y las flores y la bomba?, y mi mamá y yo la compramos allá en la tienda y tocó caminar mucho y es que donde la señora no había de ese su color favorito y la conseguimos y toca que la ponga en la habitación y mi mamá dijo que no se pinchaba, y pero si se pincha deja de volar y toca comprar otra, ¿cierto, agüelito?

“Y ahora este parlanchín chiquito, ¿de dónde se apaga? Otra que se cree sabihonda en gustos. Sí ve que uno les da la mano y le cogen el codo”. Ante las miradas expectantes de Mariana y Berta, Ángel se mantuvo en silencio.

—¡Papá!, ¡la niña le estaba preguntando algo!, ¡papá!, ¡papá!

—¿Qué fue?! ¡¿Cuál es la pendejada de gritar tanto?!

—¡Ay, nada! Sí, mi amor, al abuelito le gustó tu adorno.

—¡Sí ve, Mariana! ¡Su papá pasó de ángel a ser el diablo!

—¡Mamá!

—Cuidado, Berta, con esas palabras —agregó Ángel—. No sea que Diosito la castigue.

—¿Más?! Si esta casa ya es un infierno. Maldita la hora en que me casé con usted.

—¡Mamá!, ¡Papá! ¡Por favor! Esto no es un buen ejemplo para la niña.

Berta lanzó la cuchara sobre la mesa y se fue al garaje. Luego se escuchó el ruido de la máquina de coser.

—Papá, ¿cuál es su verraco malgenio?

- ¿Malgenio, yo?! ¿De qué o qué?
 —¡Ay, papá! Por favor.
 —¿Qué?! ¡Ehhh, ahora usted! Mejor me voy para el taller.
 —¿A qué? A seguir perdiendo el tiempo.
 —¡No sea desagradecida, Mariana! Ese taller nos ha dado de tragar por más de treinta y cinco años.
 —A ver, ¿cuándo ha vuelto a pagar las cuotas del crédito que le saqué?! Si no fuera por los remiendos de mi mamá y lo que yo les doy, ya tendríamos la casa hipotecada.
 —¿O sea que les salí a deber?
 —¡Uy, papá!, con usted ni se puede.
 —¡Déjelo! No pierda más el tiempo con un viejo terco como ese
 —se escuchó el grito de Berta desde el garaje.
 —No, pues; ¿a cuánto joden la hora, ah?

Ángel subió, se arregló y salió para el taller. En el camino, mientras compraba unas cajas, recibió una llamada.

- ¡Quihubo! Ya está lista la joda.
 —¿Qué dijo?
 —Usted sabe que el Beto tiene en los ojos el signo pesos, igualito que en el colegio. Ya tiene el taller vendido en Villavicencio, ¿ah?
 —¿Y la plata?
 —Ya tengo los setenta paquetes acordados. Van incluidas las motos, ¿no?
 —Tranquilo, las compré en un remate. Y entonces, ¿abro la cuenta en el banco?
 —¡No sea atolondrado! Usted no puede tener registros bancarios porque ahí sí las viejas le quitan todo. Aquí están seguros.
 —¿Y cuándo va a trastear Beto?
 —Esta noche a las once. Ole, pingo ¿y las llaves para abrir el taller?
 —Se las dejo donde le dije.

En el taller, Ángel comenzó a guardar todas las herramientas y la mercancía en cajas. “Hasta aquí lo pude honrar, papá. Ya es

—¡PAPÁ!, ¡LA NIÑA LE ESTABA PREGUNTANDO ALGO!, ¡PAPÁ!, ¡PAPÁ!

—¡¿QUÉ FUE?! ¡¿CUÁL ES LA PENDEJADA DE GRITAR TANTO?!

—¡AY, NADA! SÍ MI AMOR, AL ABUELITO LE GUSTÓ TU ADORNO.

hora de que este viejo abra su propia puerta, que viva y respire tranquilidad. Adiós los otros, bienvenido yo, bienvenida la vida”, pensó. Luego, sacó el dinero que había guardado en el baño y desactivó la alarma. Salió del taller, echó un vistazo y bajó la reja. Miró para ambos lados de la calle, tomó las llaves y las puso detrás del contador del gas.

En la mañana de ese lunes, las puertas no soportaron la oleada de golpes que recibieron de los vecinos. La angustia en los gritos interrumpió el sueño de Berta, pero para los oídos de Ángel fue una dulce melodía.

- ¡Don Ángel! ¡Doña Berta! ¡Salgan! ¡Salgan!
 —¡Virgen Santísima!, ¿cuál es la gritadera?! —Berta se asomó por una ventana.
 —¡Doña Berta! ¡Es el taller! ¡El taller de don Ángel!

—¿Y ahora cuál es la pendejada, ah?! —Ángel se asomó por la otra ventana.

—¡Don Ángel se le llevaron todo!

—¿Qué?! ¡Ay jueputa!, ¡cómo así?!

Ángel y Berta salieron de la casa directo para el taller. Las habladoras eran ciertas: el taller ahora estaba ocupado por el vacío. En las paredes se dibujaban las siluetas de la ausencia de las herramientas; en el suelo las marcas de aceite delimitaban el espacio que en algún momento estuvo ocupado. Sobre la pared del fondo, una nota pegada con cinta decía: *fuera de aquí, perro hp!!!*

Berta agarró a Ángel de los hombros y lo zarandó con violencia:

—¡Dios mío, Ángel!, ¿quién nos pudo haber hecho esto? ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—¡Ya, Berta! ¡Cálmese!

—¿Y la plata?! ¡De qué vamos a vivir?!

—¡Eso fue lo único que le importó todo este tiempo: la plata! Claro, y uno de joven mete la jeta de bajo de cualquier falda como un marrano.

Cuando llegaron a la casa, Mariana los estaba esperando. Berta llegó con la cara pálida, las manos temblorosas y la espalda empapada en sudor. Mariana le preguntó si estaban bien, qué cosas del taller habían robado y si se sabía quiénes habían cometido tal hecho. Entonces, entre llanto y desespero, Berta trató de explicarle, pero Mariana, al verla tan angustiada, se la llevó para la cocina y le preparó una infusión de aromáticas con valeriana. Por su parte, Ángel subió a la habitación y se percató de que en su celular había un mensaje de texto: *La vuelta quedó hecha. Acá le tengo lo suyo. Cómo vio ese comodín? Supongo que no esperaba el mensajito. M.* Ángel se recostó sobre la cama, cerró los ojos y comenzó a hacer cuentas: ya hay ciento un millones. Aunque el Alcides ya está por pagar los dos millones que le presté y el perro del Crisanto también, serían ciento seis. ¿Cuánto pedirá por la finca? Bueno, lo que falte de algún lado saldrá.

En la tarde, Berta subió a la habitación y habló con Ángel; le propuso que le ayudara a entregar los arreglos de costura mientras él conseguía dinero, así ella tendría más tiempo para hacer los trabajos en la casa. Ángel asintió, aunque estuviera convencido de que nunca más iba a volver a trabajar. Ya eran suficientes los treinta y nueve años entre tornillos, grasa y herramientas, ya era suficiente de trabajar para solo mantener a Berta y Mariana. Esa no era la vida que imaginó de joven: ¿dónde quedaron los viajes, las vacaciones, las salidas con los amigos, las aventuras, las mujeres? ¿Dónde quedó él? Todo se quemó. Ángel quería revivir de las cenizas.

Los primeros días, Ángel disfrutó de los paseos entre calles, la visita a los vecinos y uno que otro tinto acompañado de una charla sobre el acuerdo de paz. No obstante, a la semana siguiente el pedido de los arreglos de costura aumentó y Berta tuvo que pedirle que también se encargara de los quehaceres de la casa.

—¿Lavar la loza, Berta?! No sea así. El agua está muy fría.

—Ángel, son tres platicos y dos ollitas. Eso no se demora nada. Además, cuando termine ahí le echa una lavadita al baño y una trapeadita a la sala, por favor.

—¿Qué?! No pues. ¡Y me pongo el delantal también!

—¿Y qué más va a hacer todo el día?

—No puedo desmandarme, eso dijo el doctor.

—¡Qué desmandarse! Más bien colabore, ya que le quedó grande sostener la casa.

—¿Cómo?!

—O vaya y trabaje.

—Pero no se enoje, va y le da un patatús y me la cobran por nueva. Tranquila, Bertica. Yo le colaboro.

Entonces cuando Ángel limpiaba el polvo colocaba todas las cosas al revés: las porcelanas, los floreros, los portarretratos, la caneca de la basura y las sillas. Cuando entraba la ropa seca del patio, guardaba la ropa interior en los gabinetes de la cocina, los pantalones debajo de las camas, las medias en la caneca del baño

y las camisetas sobre las ventanas de la sala. Para librarse de estas tareas, Ángel la convenció de que mejor le ayudaría con las compras, así él saldría y cambiaría de ambiente, quizás hasta la enfermedad se le curaría. Las dos primeras semanas se ganó la confianza de Berta, pues todos los mandados fueron recibidos a satisfacción. La tercera semana comenzó a hacer de las suyas: aumentaba el precio de lo que le mandaban a comprar o decía que el dinero restante se le había refundido. Berta miraba los ojos de Ángel, mientras él se excusaba como un niño que acaba de cometer alguna pilatuna y le decía que no estaba enfermo por capricho, sino que era una prueba colocada por el Altísimo y, además, que todos deberían estar unidos. Ante esto, Berta se convencía de que la enfermedad estaba consumiendo a su esposo.

**

—¡Mire a ver si contesta ese puto celular!

—A mí no me acose, toche.

—¡Deje la maricada que no tengo tiempo! ¿Qué averiguó?

—El precio es de trescientos setenta millones. La finca está bien ubicada y tiene una sola dueña.

—¿Y no le rebaja?

—Nada.

—¡Noooo!, ¡ahora sí me llevó el putas, hermano!

—¿Está arrecha la joda?

—Con lo que usted tiene y lo que tengo acá, reúno ciento cinco palos

—¡Uy, no, no, no! ¡Ta' joche mijo! ¿Y la casa?

—¿Qué?! ¡Nooooo, tampoco tan hijueputa!

—¡Es su herencia, toche! Las escrituras están a su nombre ¿o no?

Ángel guardó silencio.

—No me diga que le afloró el corazón.

—No puedo dejar a Berta en la calle, la vieja se merece un techo. Y Mariana, ya basta con el marido que tiene.

—A ver, pingo: ¿o es chicha o es limonada? Aquí aguas tibias no. ¡Deje la cursilería!, ¿o es que ya se arrepintió? Además, Mariana ya tiene cómo responder por la vieja. ¡Piénselo! Tendríamos una *escalera real*.

—¿Una qué? ¡Y dele con esa güevonada de las cartas!

—¡Oiga! Y si...

—¡¿Y si... Qué?!

—Tranquilo. Como en los viejos tiempos, yo lo voy a liberar de las feas. Esté pendiente.

El sábado en la tarde el doctor Márquez llamó a Mariana, le preguntó cómo seguía Ángel, ella le respondió que las cosas se estaban empeorando y lo puso al tanto de lo ocurrido en los últimos meses. Él le pidió paciencia, justamente a eso la llamaba. Había contactado a un colega que ofrecía un tratamiento que podía contener la enfermedad de Ángel: un mes costaba un millón seiscientos mil pesos, y más medicamentos, dos millones. El doctor Márquez le insistió tomarlo, pues el tiempo les estaba jugando en contra.

Luego de unas semanas, Mariana fue al consultorio del doctor Márquez. Allí conoció al doctor Ruiz, quien le explicó que el tratamiento que recibiría el papá consistía en terapias cognitivas para entrenar la memoria, terapias de estimulación intelectual, un programa de actividad física regular y un plan de alimentación. El tratamiento sería continuo los primeros ocho días, luego ya se encontrarían médico y paciente cada diez días. El doctor Ruiz le mostró videos de pacientes del hospital que habían mejorado con el tratamiento. Así, Mariana se convenció, pagó y regresó más tranquila a la casa.

—¿Cuál era la urgencia, Márquez?

—Le presento al chino Ruiz, Ángel.

—¡Al doctor Ruiz!

—Deje la pendejada que ya no está actuando. El Ruiz trabaja aquí como mensajero, pero hoy descubrimos que también es actor.

—¿De qué me está hablando, Márquez?

—Esta mañana vino Mariana para conocer a Ruiz, el supuesto doctor que está encargado de su tratamiento. A propósito, Ruiz ¿cómo se consiguió esos vídeos?

—¡Fácil mi doc! Unos doctores de acá me los ayudaron a hacer, les dije que era para una tarea de mi hija.

—¿Y qué dijo Mariana, Márquez?

—Ya pagó.

—¿Y cómo vamos ahí, mi doc?

—Fresco que a usted le llega la bonificación, Ruiz. Ya se puede ir.

—Márquez, ya puse en venta la casa. Ya conseguí quién me va a ayudar, ¿se acuerda de Toño?

—¡Se regresó del pueblo! Ese toche es bueno para los negocios.

Mariana llevó a Ángel al consultorio los primeros ocho días para que no llegara tarde a las terapias. Él, por su parte, aprovechaba las visitas para jugar parqués con el celador, tomar tinto con la recepcionista y mirar las noticias en la sala de espera. Una tarde, pasado el tiempo del tratamiento, tras las escaleras de la sala, Ángel escuchó la conversación de Mariana: ‘Sí, sí señor. Qué más, doctor Márquez. ¿Cómo va todo? ¿Sí? ¿Y qué dice el informe? ¡Gracias a Dios! ¡Qué bueno! Mi papá va a estar más tranquilo, y nosotras también’.

“¿Tranquilo? Vea a ésta. Voy a estar tranquilo cuando esté solo en la finca, acostado en la mecedora, tomando cerveza, en calzoncillos, sin ustedes. ¡Ah vida buena esa!”.

—Como que le cogió la tarde, ¿no, toche?

—¡Eeepa, Márquez! No ve que casi no puedo salir de la casa; esa Berta comenzó con la preguntadera de para dónde me iba. Bueno, ¿y lo mío?

—Aquí, en la caja fuerte. ¿Trajo más?

—Treinta y siete de ahorros. Oiga, Márquez, ¿está seguro de dejar esa plata ahí?

—Tranquilo, esta caja fuerte es segura.

—¿Segura como la que tenía Rojas en el colegio?

—¿De verdad se le están cruzando los cables, pingo?

—¿Ah sí? No se haga el toche. ¿Acaso no se acuerda que usted le tumbó los ahorros?

—Pero eso fue cosa de chinos, Ángel. Además, usted también comió de ahí o ¿con qué compramos las empanaditas? ¡Deje la pen-dejada! ¡¿Cómo se va a comparar con Rojas?! Está tratando con gente adulta. Mejor dicho, si no confía siga usted solo con esto.

—¡Epa!, pero está en esos días. Relájese.

—¿Y lo otro?

—¿La casa? Ya hay un cliente.

—¡Así es que es! Entonces ya podemos pasar a la demencia senil. Escuche.

Las sugerencias hechas por el doctor Márquez fueron acatadas al pie de la letra durante la siguiente semana. Ángel comenzó a mezclar los tarros del mercado: el azúcar y la sal, la leche en polvo y la harina de trigo, el café y el chocolate, las lentejas, el frijón y los garbanzos, el arroz y los condimentos. Cuando Berta llegó a la cocina, gritó a Ángel y lo dejó paralizado. Él le dijo que necesitaba tarros para ayudarle a organizar esas chucherías que tenía en el garaje, así encontraría todo más fácil cuando tuviera que coser. Berta apretó los labios, frunció el ceño y subió a la habitación.

El viernes en la noche, Ángel le dijo a Berta que descansara, que él revisaría que la casa quedara en orden antes de dormir. Entonces bajó, dejó la puerta principal a medio cerrar, la nevera abierta e hizo un camino de pedazos de pan que iba desde la entrada de la casa hasta la cocina. Hacia la media noche se escuchó un fuerte ruido. Berta se despertó, zarandeó a Ángel y le dijo con voz temblorosa que se habían entrado los ladrones, que fueran a mirar. Bajaron en silencio. La puerta principal estaba abierta. Ángel, con un palo de escoba, y Berta, con un florero, se acercaron a la cocina, de donde provenía el ruido. Al llegar, encontraron a Tobi, el perro de la vecina, devorando la comida que estaba en la nevera. Berta le gritó a Ángel que por qué no había cerrado la

puerta, que cogiera juicio, que no la hiciera rabiar; que gracias a la Virgen sólo había sido un perro y no un ladrón, que pensara en ella, que pensara en los dos, por amor a Dios.

El sábado en la mañana Mariana llegó con Salomé de visita a la casa. Al entrar, Ángel estaba desnudo acostado en la silla de la sala.

—¡Dios mío! ¡Papá! ¡Salomé, ve a la cocina donde la abuelita! ¡¿Papá?! ¡¿Qué es eso?!

—Un banano que trajo su mamá ayer de la tienda. ¿Quiere? El potasio me ayuda.

—¡Qué bananos ni qué nada! ¡Vaya vístase! ¡¿Cómo se le ocurre andar sin ropa por toda la casa?!, ¿ah?

—No, el banano está bueno.

—¡¿Qué?! ¡Suba más bien y vístase!

Cuando Ángel iba a subir las escaleras, se detuvo al lado de la matera, se paró en frente y comenzó a orinar, diciendo: ¡Uyyyyy! Orine feliz, orine contento, pero orine por dentro.

—Papá, ¿qué está haciendo?

—Papá está haciendo pipí —replicó Ángel.

Mariana le dijo a su mamá que la demencia senil de Ángel era insoportable, y llamaron al doctor Márquez. Cuando lo pusieron al tanto de los hechos, aparentó sorprenderse y entristecerse. Él les recomendó internar a Ángel en un asilo para adultos con demencia, ya que no había otra solución. Les dijo que conocía un instituto en Fusagasugá en donde las veinticuatro horas cuidarían más paciente y humanamente la enfermedad.

**

—¡Jueputa, Ángel! Casi que no llama.

—¿Sí le llegó el paquete?

—¡¿De dónde sacó toda esa joda?!

—La casa se vendió el martes pasado. Doscientos setenta millones. Hicimos papeles esta mañana. Aproveché que Berta salió a pagar unos recibos al banco. En una semana la toman.

—¡Esa era! Apenas. En tres días ya será libre.

—¡Por fin, hermano!

—¿Y va a invitar cuando esté allá?

—¡Claro, Márquez! Con unas frías, comidita y quién quita, hasta una jugadita de póker. Pero no me va a pelar como antes, ¿no?

—No, hermano, eso era cuando estábamos jóvenes. Ya le perdí el ritmo.

—Oiga, no se le olvide llamar a la señora y decirle que ya le tengo la plata. Adelante los papeles.

—Listo, toche.

El miércoles Mariana empacó las cosas de Ángel en una maleta; Berta lo abrazó, lo miró a los ojos y le dijo que eso era lo mejor. Mariana no pudo contener las lágrimas. Ángel sintió por primera vez un nudo en la garganta, pero después lo desató diciéndose: “¡como güevón yo!, ¿no? Para qué tristezas si ya comienzo una nueva vida. Guillermo, ese será mi nuevo nombre”. Al llegar al instituto, el doctor Márquez estaba ultimando detalles con la jefe de enfermeras; ella tenía en sus manos la historia clínica de Ángel, los exámenes y los tratamientos autenticados. La jefe le mostró a Mariana la carpeta y le explicó cómo iba a ser el proceso para tratar a su papá. Mariana asintió y fue a abrazarlo, le dijo que iba a estar muy bien, que no se preocupara, que allí tendría todas las comodidades que en la casa no tuvo. Le dio un beso en la frente y se fue. El doctor Márquez le pidió a la jefe un espacio para hablar con Ángel.

—Listo, toche. Ya se hizo el negocio de la finca, estas son las escrituras, firme acá rápido antes de que llegue la jefe. En unos días vengo por usted.

—¡Gracias, Márquez, por esa echada de mano!

—Para eso estamos, ¿no? Además, me debe una jugadita.

**—¿PAPÁ QUÉ ESTÁ HACIENDO?
—PAPÁ ESTÁ HACIENDO PÍPÍ —REPLICÓ ÁNGEL.**

—¡Va pa' esa!

El doctor Márquez abrazó a Ángel, le guiñó el ojo y salió de la habitación. Ángel lo siguió con la intención de acompañarlo a la puerta, pero se detuvo cuando lo vio abordando a la jefe de enfermeras.

—Jefe, ¿me permite?

—Dígame, doctor Márquez, ¿en qué le puedo ayudar?

—Quisiera hacerle unas recomendaciones respecto a Ángel.

—Claro, lo escucho.

—La demencia senil está muy avanzada, al punto de presentar episodios de violencia severa. En este caso será mejor aislarlo, ponerle una camisa de fuerza y...

—Comenzar tratamiento farmacológico; memantina 5 mg/día, perfecto. ¿Algo más?

—Sí. Ángel aún no tiene conciencia de su problema, por eso suele decir que no está senil, y pide constantemente la práctica de pruebas para comprobar su lucidez. En la historia clínica que tiene en sus manos está todo perfectamente especificado.

—Entiendo, doctor Márquez. Déjeme ver. Acá dice que ya presenta cambios cognitivos, ¿en qué consisten exactamente?

—Confusión y desorientación. Afirma que yo le robé una gran suma de dinero y que con eso compraría una finca. ¿Lo puede creer? ¿Hasta dónde va esta demencia?, ¡Dios mío!

Ángel salió enfurecido:

—¡Este es mucho granhijueputa! —dijo Ángel mientras embestía a Márquez. Sobre el suelo, Ángel le pegó un puño en la cara que le hizo escupir sangre— ¿Y entonces me va a robar, gran maricón? ¡Me devuelve la plata ya o lo mato!— Ángel apretó el cuello de Márquez, obstruyendo su respiración.

—¡Camilleros! ¡Camilleros! —gritó la jefe, mientras activaba la alarma.

—¡Se lo dije, jefe! —dijo Márquez cuando le quitaron a Ángel y lo sedaron— ¡Dios mío!, la demencia acabó con él.

—No se preocupe, aquí estará bien. Es mejor que se retire del instituto.

Cuando Márquez salió, sintió que algo se clavó en su espalda.

—¡Así me lo quería encontrar, doctorcito! Como Mahoma no va a la montaña...

—¡Esperen! ¡No me hagan nada!

—Quédese quietico que así el fierro no chilla. Vengo por los \$400 palos, amiguito.

—En el consultorio.

—No se ponga con pendejadas, al jefe no le gustan los faltones. ¡Ah! ¡Y no se haga el marica que son diecisiete palos de intereses!

—¡¿Intereses?! ¡No me haga esto! ¡¿De dónde los voy a sacar?!

—¡A mí me importa un culo si tiene que ir a robar a su propia madre!

—Deme un plazo, ¿sí?

—¡Qué plazo ni qué hijueputas! No pues, se le hizo el favor de prestarle ¿y ahora se le sale a deber? Quién le manda de güevón ir a apostar todo. No más diga si quiere ir a visitar la iglesia con las patas por delante.

—No, no. Espere.

—Esa percha tan chimba de pingüino que tiene y se la va a hacer manchar. ¡Apúrele, maricón!

elipsis

